

# Xavier Sardà

## Adiós, muy buenas



Prólogo de Santiago Segura

  
ESPASA

# Índice

Portada

Sinopsis

Adiós, muy buenas

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Mi agradecimiento a

Listado de canciones y autores

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**iRegístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## Sinopsis

«Este escrito tiene la vocación de dibujar la vida cotidiana en un pequeño cementerio del litoral. Puestos, supone también un cierto divertimento casi escolar de escribir con un pseudo y pésimo clasicismo. Total, poca cosa».

Novela coral que se desarrolla en un cementerio en torno a varios personajes delirantes, como Recasens, el sepulturero, alto, cebado y desgalichado, o Tato, el jardinero, que vive esperando una imposible sonrisa de su esposa, que contarán pequeñas historias de lo más extravagantes.

Un *noir* que habla de cotidianidad y buena escritura.

XAVIER SARDÀ

ADIÓS, MUY BUENAS



*Para Ana, mi mejor correctora textual y argumental*

Yo veo, solo, a veces, ataúdes a vela  
zarpar con difuntos pálidos, con mujeres de trenzas muertas,  
con panaderos blancos como ángeles,  
con niñas pensativas casadas con notarios,  
ataúdes subiendo el río vertical de los muertos,  
el río morado, hacia arriba, con las velas hinchadas  
por el sonido de la muerte,  
hinchadas por el sonido silencioso de la muerte.

PABLO NERUDA, *Solo la muerte*

Este escrito tiene la vocación de dibujar la vida cotidiana en un pequeño cementerio del litoral. Puestos, supone también un cierto divertimento, casi escolar, de escribir con un pseudo y pésimo clasicismo. Total, poca cosa.



## PRÓLOGO

¿En qué consiste el prólogo de una novela? ¿Es una carta de amor al autor de la misma? Puede. ¿Se trata de una especie de reflexión *a priori* para prevenir al lector de lo que le espera? Sí. ¿Una especie de destripamiento o *spoiler* de lo que está por venir? También. Muchos prologuistas aprovechan el prólogo que les ha sido encomendado para hablar de su relación con el autor, y a veces para acabar hablando de sí mismos, el tema favorito de algunos. También se puede entender como un apadrinamiento, una recomendación o una prescripción de la obra por parte del prologuista. Un prólogo puede acabar siendo, en definitiva, todas esas cosas.

En este caso mi intento de prólogo es dar una primera impresión tras la lectura. Lectura que, además, me ha impresionado porque en esta obra se habla constantemente de la muerte. Y la muerte —a mí al menos— me sigue impresionando.

Xavier Sardà vuelve a la carga con el Eros, el Tánatos y su puta madre, y como Recasens, el sepulturero «hilo conductor» de esta novela, nos acerca a los difuntos que albergan su imaginado cementerio.

Son personajes que viajan en globo, en barco o en avión, pero irremediablemente acaban en el mismo sitio. Y viven historias, en su mayoría de amor, que desembocan —como todas a poco que les des tiempo—, en el hoyo.

Xavier escarba, hurga, analiza, disecciona y se recrea en un tema tan poco festivo como la muerte. Es algo que escapa a mi faceta de prologuista. En cambio, en mi faceta de psicoanalista —que practico con la misma nula pericia que la del señor que escribe prólogos—, diría que Xavier es un ser humano inteligente y reflexivo, que ha visto su vida rodeada y salpicada de muerte, y que ha intentado buscar una lógica o una respuesta al asunto. Pero, como persona cabal que es, ha renunciado, hace más tiempo aún, a seguir haciendo cábalas sobre este tema, tan insondable, buscando despejar

incógnitas indespejables. Ha decidido afrontar la muerte, enfrentarse a ella, mirarla de cara y, con muy buen criterio, salpimentarla de humor.

La vida es sin duda una broma cósmica y la muerte la peor de las inocentadas. La única defensa posible es la risa.

En esta novela vemos la fragilidad de nuestras voluntades, lo volátil que es el destino y la impotencia ante la parca, entre sonrisas y acompañados de una preciosa banda sonora con Chavela, Moncho, José Alfredo, y con versos de Lorca y Espronceda... todo ello se mezcla como un apasionante cóctel a lo largo del recorrido por este cementerio y sus lápidas, adornadas de nombres imposibles.

Nuestro autor nos avisa de su juego con el lenguaje y, en un alarde de modestia —y de ya-lo-digo-yo-y-así-no-hace-falta-que-lo-diga-el-crítico-de-turno—, dice haber escrito «con un pseudo y pésimo clasicismo». A mí, particularmente, me ha seducido el estilo y me ha maravillado con frases como «sepultar a una madre es un desnacer enojoso y un cisma umbilical».

*Adiós, muy buenas* nos deja pensando en cosas como saber si el ataúd en el que nos van a enterrar habrá sido ya construido o aún está por fabricar, y una nos produce una especie de gozo y congoja, tras la lectura, que me recuerda a lo que me provocaba en mi adolescencia el poema del alma de Gustavo Adolfo Bécquer «Dios mío, que solos se quedan los muertos...».

Así que, mientras esperamos todos a la muerte, que llegará —a pesar de la poca prisa y el poco interés que tenemos en que lo haga—, disfrutemos del ingenio y la imaginación de este hombre, al que quiero, respeto e incluso admiro.

(Al final, como han podido ver, el prólogo ha acabado sirviendo también para que vieses mi relación con el autor, para prescribir la obra y para, en alguna medida, hablar de mí mismo... y es que somos tan predecibles como nuestro futuro fenecimiento.)

SANTIAGO SEGURA

Hay sol y sombra y ricos y pobres y hombres y mujeres y niños, y hay unas pocas estatuas modernistas muertas, para muertos ricos. Están los ángeles desolados y una muerte esquelética y alada besando al moribundo, y, casi siempre, dos viejas delgadísimas sentadas en un banco. Las llamaremos «viejas» porque así las refiere el personal del cementerio.

Se dice que aquí se descansa en paz, a pesar de las muecas grotescas de las calaveras sin sedación. Recasens ha visto de todo. El cementerio es de los pequeños, pero ávido y colmado. Abajo, el mar y sus brisas, con las que danzan aquí los enormes cipreses, y en el cielo, las gaviotas orbitando como drones carnívoros.

—Buenos días...

El sepulturero habla a los difuntos por consideración y con sincero respeto. Los muertos son aquí una inmensa mayoría, y su ausencia percute en memorias y creencias. Cierto que los muertos nada pueden, pero el cementerio es el reino entre tiempos, en el que la realidad centellea anémica ante el despeñadero. Es el piélago en tierra. Recasens les habla en el más concurrido de los soliloquios.

Recasens ha cumplido los cuarenta y seis. Más de veinticinco años como enterrador y responsable del camposanto. Alto, cebado y desgachado, se balancea entre la capacitación y la impasibilidad. Vivo excepcional entre difuntos. Al no tener hijos, y estar rodeado siempre de tanto tránsito y degollina, ha sentido a veces una cierta desafección a su propia existencia. Como si los nichos, de tenebroso aliento, le exhortasen a hospedarle. Coqueteo de calaveras.

Un oblicuo y mustio sol de octubre juguetea al reflejarse en los acristalados columbarios. Las dos viejas ocupan su banco preferido en esta época del año. Cuando se abre un nicho, parece que a las fauces de la muerte les falte un diente. Sepultura mellada.

Hoy se entierra. Encaramado en la escalera, el joven ayudante de Recasens se encarga de reubicar los restos. Adel sabe que, incluso muertos, molestan los muertos. Hay que enchironar hacia el fondo y a los lados la osamenta, y sacar quizá las sobras de madera. Crujidos hiperrealistas que ignoran trascendencias, evangelios y místicas.

Un entierro es el ingreso definitivo en la oquedad de la nada. En el difunto reciente reverbera todavía su crónica medular, y su corazón de neocadáver se cree aún en apnea transitoria, sin saberse devastado. Ignora el muerto que ha muerto, e ignora que, por muerto, jamás nacerá.

Ya llegan. El brillantísimo coche fúnebre tricoronado acarrea el ataúd Unique, en el que yace doña Consuelo G. I., fallecida de revieja anteayer, a sus noventa y dos años. Decía que todos los minutos hieren, pero solo el último mata.

Doña Consuelo nació en 1920. Fue el año bisiesto en el que se firmó el Tratado de Versalles, se creó la Legión y el Papa canonizó a Juana de Arco. Luego, vino lo que vino en su juventud. Se casó dos veces y enviudó dos veces. Su primer marido mal murió de escarlatina a los pocos meses de contraer matrimonio. El segundo marido —comerciante retriturado hoy en el nicho— fue lo suficientemente longevo como para darle tres hijos varones.

Doña Consuelo vivió sin apenas privaciones, gracias a las propiedades que heredó de su padre, que era médico rural y numismático. El padre de doña Consuelo sabía bien lo de la demanda, la cantidad acuñada, el estado de conservación y el tipo de metal.

Doña Consuelo vio morir a su hijo mayor (también hoy molido en el nicho abierto). Se mató con una moto con sidecar en un impropio, poco audaz y fatídico adelantamiento en la carretera nacional. El autocar de una orquesta lo arrastró más de cien metros como a un pelele. Ella llevó la desgracia con una especie de aflicción contemplativa, Diazepam Qualigen y mucha lectura. En su escritorio ha quedado la carta manuscrita dedicada a su hijo fallecido:

*Querido Luis:*

*¿Por qué nos hemos hecho esto? Te traje al mundo en el que ya no estás. ¿Por qué piensan que los viejos no sentimos el dolor con la misma exasperación? ¿Por qué nos hemos hecho esto? ¡Dios, qué dolor! ¡Te envidio! Ya no eres. Ya no estás. Quiero desaparecer contigo. Pronto estaré en tu oscuridad y dejaré de envidiarte, y de envidiar a los que*

*descansan sin sangre en las venas ni lágrimas en los ojos ni alma en los tendones. ¿Qué castigo inmerecido podría ser más lacerante? ¿Por qué esta obcecación del destino? Nunca nos gusta lo suficiente vivir. La muerte de un hijo es un terror mil veces imaginado antes de que se convierta en realidad, y, cuando sucede, el dolor supera a cualquier terror supuesto. Tu madre, que te envidia.*

Los tres Audis negros desencochan a los hijos, los nietos, las nueras y la hermana de doña Consuelo. Dos muletas entrecruzadas, como de zahorí gigante, anuncian la salida de la anciana monja, a la que aparatosamente ayudan a descender del vehículo. Sor Luciana, hermana de la difunta doña Consuelo, es mujer hombruna y de carácter espinoso. Es carmelita descalza y experta en la transverberación de santa Teresa. Sus sobrinos le piden, a veces, que recite. Ella ignora que luego hay risotadas imitándola:

*Divino Imán en que adoro:  
hoy, que tan propicio os miro,  
que me animáis la osadía  
de poder llamaros mío;  
hoy que en unión amorosa  
pareció a vuestro cariño,  
que si no estabais en mí,  
era poco estar conmigo.*

A los pocos minutos, el estilizado Adel, el joven albañil al que Recasens ha apartado de las peleas ilegales de perros, recementa de nuevo el nicho. Sor Luciana reza una Salve con los ojos en blanco y las manos místicamente abiertas a la divinidad:

*Rosa mística, madre de Jesús,  
tú eres nuestra esperanza, nuestra fortaleza y nuestro consuelo.  
Danos desde el cielo tu maternal bendición,  
en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Los pequeños intercambian los floreros de los nichos más bajos. Sus madres les riñen abúlicas:

—Niños, ¡ya está bien!, que este no es un sitio para jugar, me parece a mí. Dejad las flores tranquilas.

—¿Son de los muertos?

—Son de los muertos.

—Pero ellos no las ven.

—Eso tú no lo sabes.

—Pero cómo van a ver, si les tienen tapados aquí dentro.

—Bueno, pues por respeto a su familia. No se tocan las flores. Díselo tú.

Uno de los padres repite la admonición distraído.

—Que no se tocan las floooooores.

No se llora a los muertos viejos. Se les certifica emocionalmente bajo mínimos y en silencio. Sentadas en su banco, las dos viejas se santiguan y esparcen migas, formando una nube de gorriones frioleros.

\*

En el columbario esquinado, y a parecida altura, están enterrados los Zurita, que, sobre todo él, se llevaban muy mal con la recién sepultada doña Consuelo y, especialmente, con su segundo marido. Más de veinticinco años sin hablarse por una discrepancia política, con trasfondo amatorio. No es fácil contarlo. Zurita era alcalde de la flamante dictadura. Bien, tenemos un alcalde. Luego, tenemos al esposo de la hoy inhumada doña Consuelo, que era un comerciante bien parecido.

El esposo de la recién enterrada doña Consuelo puso un sobre con quinientas pesetas en la mesa del alcalde para conseguir la recalificación de unos terrenos. Un soborno, vamos. El alcalde le dijo que eso era un insulto, y que cómo se atrevía a comprarle. Le amenazó con denunciarlo, y le dijo que él no era de ese tipo de políticos que se venden a la primera de cambio, y que el asunto podía ocasionarle seriecísimos problemas con la justicia. Vamos, que esto no iba a quedar así. Aceptó mil quinientas. Se dice.

Lo que son las cosas y sus desvaríos y los delirios imprevisibles del destino. Un año después de la tropelía del soborno, el marido de la recién enterrada doña Consuelo y la mismísima esposa del tal dicho alcalde Zurita mantuvieron una relación amorosa, dicen las viejas, durante más de un año.

Amantes, sí. La esposa del alcalde sobornado se convierte en amante del sobornador. Un alcalde de la dictadura con cuernos cornigachos, y su esposa,

coima del corruptor. Nunca se probó nada, ni se les pilló en lance ni relincho alguno, pero la robustez del rumor acabó etiquetando y timbrando sus crónicas vitales. Se dejaban encontrar, se dice, en la capital comarcal. La gente medio imaginaba a los dos jóvenes y embrujados amantes. Los unos —dicen las viejas—, les medio vieron en un restaurante, sonriendo y musitando.

—Te echo en falta hasta el desmayo. Dios, es un dolor que se siente en el aliento y respirando y en el alma y por dentro. Cierro los ojos y te veo. Da igual la hora del día y de la noche.

—Mi mujer me pregunta que por qué estoy tan pensativo. Solo sé una cosa, y es que estando a tu lado soy más yo... Me siento yo de verdad, como nunca me he sentido. Solo soy en ti.

—Duele verte, es así de sencillo y de complicado. Intento que no me pase. Lo intento. Pero es así. No me des lo que me das... No te me des. No me hables con clemencia ni amabilidad, te lo ruego.

—¿De dónde has sacado esos ojos, si puede saberse?

—Son los normales de una mujer, excepto cuando tú los miras. Por lo que dices, los debes mejorar. Puede que sean más bellos cuando te miran. ¿Qué se yo?

—¿Y no te voy a querer? Dime cómo puedo evitarlo y seguiré el consejo.

Ella, vestida en granate, miró las manos de su amante sabiendo que no podía tocarlas en público. Vio los dedos larguísimos y sus uñas imperfectibles, y su reloj erosionando el vello de la muñeca, y las mangas de la camisa asomando de su elegante americana.

Algunos otros, según dicen, les medio vieron entrando en un hotel, y medio oyeron gritos de placer. Él entró en la carne y en la turbación y en la exaltación. Ambos unidos de pura pasión y enternecimiento. Ella mordía suavemente, goteando lágrimas, y ambos exudaban hasta calar las limpiísimas sábanas. Hicieron el amor durante horas, como solo pueden hacerlo los enamorados que malviven relaciones gélidas en sus desquiciados hogares. Seguir pasiones, sin cartografía conocida, nos recuerda que «aventura» significa dejarse llevar por el viento.

Fueron solo unos meses de devaneo, y ambos se sintieron, dicen las viejas, por siempre más imantados. Pero pasaron los años, pasó la vida, y cada uno falleció en su aflicción, su trance y su expiración. Toda su amorosa lascivia y todas sus formas, y sus caderas y sus mejillas y sus labios y su fiereza pectoral, y sus lágrimas y sus ojos y sus cejas expresivas, y sus músculos, y su

sistema tegumentario y su genésico palpitante, y su deseo y sus amables palabras... ya han desaparecido. Si están en la nada o en el vacío, resulta difícil de dilucidar. Las dos palabras se disputan nuestro destino, sin aceptarse mutuamente como sinónimos. Es como si dos abismos recelasen entre ellos. Dos horrores compiten para desollarnos primero.

—Venga, al vacío.

—La nada es su paraíso.

Los dos amantes apasionados yacen cerca, pero cada oveja con su pareja. En los nichos se guardan eternamente las formas. ¿Cuántos difuntos hubiesen deseado otra sepultura? ¿Cuántos la perpetuidad exaltada junto al esqueleto adúlteramente reverenciado? Pocos metros separan el amor irresistible e incontestable del soporífero decoro. Aquí, por dictado de los vivos, se condena a los muertos a mantener las formas, el recato y la compostura.

Cuando estaban vivos, los enamorados proscritos podían robarle instantes eróticos al desespero, y podían parapetarse en breves encuentros vivificadores. Pero ahora, ya en el tedio eterno, si acaso sus huesos se escudriñan errantes en la oscuridad de la nada, para no atinarse jamás.

Si los columbarios fuesen gigantescos tableros de ajedrez... ¡cuánta ficha descolocada para tanto jaque mate!

\*

—La lápida ya la pondremos cuando seque el cemento. Las coronas las ataremos con un alambre.

Sepultada la recién llegada, la familia se marcha ralentizando los pasos, muy a la funerala. Sor Luciana (que nunca le perdonó a su hermana doña Consuelo la ingenua cornamenta que llevó) transmigra con enormes dificultades al asiento trasero del Audi, en el que incrusta coleópteralemente sus muletas. Uno de los niños se lleva una flor de plástico morada y descolorida. Su madre, anoréxica, se la quita y la tira al suelo.

—¿Qué te ha dicho tu madre de las flores?

—Que son de los muertos...

—Pues eso mismo te digo.

—Pero ahora que hemos dejado a la abuela aquí...

—¿Qué?

—Es amiga de los muertos. ¿No?



—Venga, vamos al coche.

Hasta cruzar la verja, se simula que no hay prisa, por respeto y cortesía, como si los muertos pudiesen ver. Fuera, se recobra el ritmo desatento y resuelto de la vida y se retorna al ordinario desprecio del espacio-tiempo, y de nuevo nuestro cerebro nos narcotiza haciéndonos creer que solo mueren los demás.

Recasens se dirige a su mínimo cubículo —diríase un nicho grande— y, una vez archivados los documentos del Ocaso, se dispone al ritual casi diario. Toda una ceremonia. Son diecisiete metros de cable que le hicieron a medida. Deshilvanándolo, lo hace llegar a un nicho muy asequible de tercer nivel. En la cornisilla de la sepultura, donde reposa su madre, coloca con cuidado el pequeño reproductor que compró, también a medida. Le da y... ahí están las rancheras:

*Es como la vida  
y el devenir.  
No quiero olvidar nuestro amor,  
que no sé dónde acabó.  
Qué amarga es a veces la vida  
y qué dulce revivir el recuerdo.*

Su elegante madre enloquecía con esas canciones de desamor y nostalgia. Murió de repente, a los setenta y dos años, sin estertores ni aspavientos. Fue un desmayo en el que le desertó la vida. Se le fue el color y el alma. Recasens enterró a su propia madre con aflicción y profesionalidad. Sepultar a una madre es un desnacer enojoso y un cisma umbilical. Colocó el ataúd centradísimo, ni muy adentro ni muy afuera. Lo anegó luego con lágrimas, y las flores del centro y la corona que le entraban por el seguro.

La cuestión es saber si el ataúd de uno ya está construido. Recasens ha tenido tiempo de pensar en todo lo referente a lo fúnebre y a sus pompas. ¿Cuánto tiempo vive uno con su ataúd en *stock*? ¿Qué modelo será? ¿Gama estándar o en madera de cedro? ¿Cómo sabe el carpintero que el ataúd que clavetea en un instante preciso no será para él mismo?

*El tiempo que te quede libre,  
si te es posible,  
dedícalo a mí.*

*A cambio de mi vida entera  
o lo que me queda  
y que te ofrezco yo.*

Su madre adoraba a Moncho... Recasens sabe bien que, en lo referente a la muerte, se desdobra una normativa completa e impertinentemente exhaustiva. Resulta bufo que, al dejar de existir, se dé tan enorme argumentario jurídico y procedimental. Se pretende burocratizar lo indómito y eterno del incesante obituario. El enterrador tiene varios documentos en su obesa carpeta de cartón y doble goma. De vez en cuando, los ojea mientras piensa en minucias. En la escala musical existe una gama de cuatro octavas, luego está la de colores... y también la gama de ataúdes:

a) Común: estará construido con tablas de madera de 15 milímetros de espesor mínimo y unidas sólidamente entre sí, sin abertura alguna entre ellas. La tapa encajará convenientemente en el cuerpo inferior de la caja. Podrá ser sustituida la madera por otros materiales, siempre que hayan sido aprobados por la Dirección General de Sanidad, mediante resolución publicada en el *Boletín Oficial del Estado*.

Suena *La llorona*, punto y aparte en las preferencias maternas:

*No sé qué tienen las flores,  
las flores del camposanto  
que cuando las mueve el viento  
parece que están llorando.*

Recasens mira sus manos, sabiendo, como pocos mortales, en qué quedarán algún día. Mira sus dedos, que, con sus venas, tendones y falanges, serán pinzas exangües. Abre la micronevera y se sirve un *limoncello*... Le consuela que su esposa prepare hoy libritos de lomo. Le consuela que su mujer sea una buena persona y una gran trabajadora, y le consuela pensar que quizá él también es un buen tipo. ¡Qué vivo se puede sentir uno en un cementerio, cuando la cáscara de limón macerada en alcohol da ese toque levísimo, pero

briosa y encarecidamente carnal! Por puro contraste censal y emocional: ¡qué vivo se está entre tanto difunto!

b) De traslado: estará compuesto de dos cajas. La exterior de características análogas a las de los féretros comunes, pero de madera fuerte, y cuyas tablas tengan, al menos, 20 milímetros de espesor. Además, será reforzada con abrazaderas metálicas que no distarán entre sí más de 60 centímetros.

Tato es el jardinero del cementerio. Alto, sesentón y nervudo, recompone la buganvilla encandilado con la música. Tato tiene ese conocimiento completo de cuándo podar cada tipo de planta y de cómo debe hacerse. Sabe de las naturales recompensas de la luna vieja y menguante, y cómo sacarle provecho a la nueva. Tato distingue el agudo canto del herrerillo, el arrullo de la paloma torcaz y sabe, además, que entre las plantas aromáticas está la relevante progenie de lagartijas. Los que más silencio piden para entonar son los estorninos y los vencejos. Tato vive esperando una imposible sonrisa de su esposa, y cultivando lo que es más importante para él: un leal y rotundo amor por sus hijos y su nieto. Es, además, gran amigo de Recasens. No es menos relevante que cuando se entierra a alguien que en vida fue prudente, amable y juicioso, Tato le apaña un ramo temporero.

El interior de las cajas, podrá ser:

1. De láminas de plomo, de 2,5 milímetros de grueso mínimo, soldadas entre sí.
2. De láminas de zinc, también soldadas entre sí, y cuyo espesor, al menos, sea de 0,45 milímetros.

Recasens sabe del esfuerzo de familias humildes para pagar sepelios por encima de sus posibilidades, y de la ruindad de algunas sagas pudientes, que demuestran roñosería hasta el final. Cuanto menos se gastan las familias acomodadas es más estentóreo el plañir en el sepelio. Es el gimoteo que guarece la cicatería. Después vienen las marchitas frases huera:

- Ya nada será igual.
- Es una hecatombe.
- Nos quedamos solos.
- ¡Le debemos tanto!
- La casona quedará vacía sin él.
- Siempre se van los mejores.

Recasens recuerda el entierro del acaudalado duque Gerard en el ostentoso panteón principal. Sus sobrinos le enterraron en el ataúd más económico, conocido como «la caja de huevos». Siguen los boleros en el nicho de su madre:

*No...*

*Ya no debo pensar que te amé;*

*Es preferible olvidar que sufrir.*

*No...*

*No concibo que todo acabó.*

*Que este sueño de amor terminó.*

Los modelos autorizados serán comprobados por las jefaturas provinciales de sanidad, en los almacenes de las empresas funerarias, en el acto de las visitas de inspección a las mismas.

Las dos viejas han visto enterrar a los suyos y, además, a un par de hornadas generacionales de la comarca entera. Se saben longevas, como si la muerte las hubiese detraído al estar tan cerca de los difuntos. En el cementerio, ambas comparten vestigios, impresiones y memorias, de tal modo que son ya la una como la mitad de la otra. Sentadas en sus bancos, sus silencios son elocuentes y sus mustios recuerdos casi cabales, y puede que parcialmente verídicos.

Las cajas de restos: serán metálicas o de cualquier otro material impermeable o impermeabilizado. Sus dimensiones serán las precisas para contener los restos, sin presión o violencia sobre ellos.

*Espérame en el cielo, corazón,*

*si es que te vas primero,*

*espérame que pronto yo me iré*

*allí donde tú estés.*

*Espérame en el cielo, corazón,*

*si es que te vas primero,*

*espérame que pronto yo me iré*

*para empezar de nuevo.*

En función de los vientos, los boleros se adormecen o se encaraman más

allá de los cipreses. Para Recasens, escucharlos es como rebrotar la imagen de su madre, cuando la mujer se dejaba llevar por añoranzas y requiebros.

El padre del enterrador Recasens, en cambio, se llevaba bastante mal con su hijo. Temperamentos distintos. Recasens padre se dedicaba al comercio de jamones al por mayor por todo el país. Se le enrareció el temperamento hasta el punto de anidar en un mutismo absoluto. Se lanzó al mar desde la popa de un buque, volviendo de las islas. Siempre le había dicho a su hijo que a él no le iba a enterrar. El cuerpo no se encontró jamás. Dos años después, se comentó que en Porto Vecchio, de Córcega, apareció un húmero, pero por lo visto era de señora.

El sepulturero vive con su adorada esposa Noe, que trabaja como cocinera en el centro terapéutico diurno. Recasens y Noe no tienen hijos. Les dijeron que por incompatibilidad. Recasens siempre ha pensado que «incompatibilidad» debe de ser una forma amable de referirse a la risible esterilidad. Toda una paradoja para un enterrador el hecho de que, rodeado de tantísima muerte, arrostre la inviabilidad de la procreación. Si fuese supersticioso o agorero, pensaría en evanescentes sortilegios de difuntos. El único consuelo de no tener hijos, piensa a veces Recasens, es que jamás morirán.

Acaso por lo dicho, su trato con el joven albañil tenga acentos paternales. Adel luce cabello negro, es chocarrero y ordinariamente fibroso.

—Adel, recógelo todo y ya te llamo. Y no te metas en líos.

—Que no, señor Recasens, que le digo que tranquilo.

—Ni tranquilo ni hostias. Mírame a los ojos. Están rojos.

—¡No se invente!

—Si apuestas alguna vez, te juro que te corto los huevos.

—Si igualmente no me cree, apostaré.

Recasens le muestra, amenazante, el puño cerrado.

—¡Le digo yo que confíe!

—No soy yo el que debe confiar Adel... La cuestión es si tú confías en ti mismo. No estás en tu país, y ya sabes cómo se las gasta la Guardia Civil. Yo una vez te he podido ayudar. ¡Una vez!... Pero si cometes una locura, no habrá señor Recasens ni Dios que te saque de la cárcel. Mírame...

—¡Que le miro, cojones, que le miro! ¿No ve usted que le miro, o qué?

—Me miras, pero no me miras... Yo ya sé lo que me digo.

—Le miro mirándole. ¿Cómo quiere que le mire?

- Miras sin mirar, y me estoy cabreando.
- ¡¡¡¿Quiere que me saque los ojos y se los dé?!!!
- Menos teatro..., menos teatro.
- Yo no hago teatro.
- Tranquilo. Calma. Preparémonos, que viene la gripe y tendremos trabajo.

El fogonazo parece alumbrar el despertar del Masái Mara. El aerostato se hincha lentamente mientras seis operarios keniatas mantienen la cesta equilibrada en el suelo. Los ruidosos y abrasadores dragonazos despiertan la giba contrahecha del globo. De amorfo a henchido. Tras la primigenia liturgia aeronáutica, y con todo dispuesto, se inicia el elegantísimo vuelo y se vislumbra al minuto la panorámica del todavía perezoso y leonino parque natural. En la barquilla del aerostato del African Balloon, el piloto y cinco turistas admiran el panorama, sintiéndose aventureros del National Geographic con forfait. Calma total y levísimas e imperceptibles corrientes anabáticas. Los móviles centellean, verificándolo todo ávidamente.

Uno de los pasajeros es Oriol Acuña, que vive una segunda juventud a sus setenta y tres años, desde que su esposa murió de repente y sola.

La sensación de tener África a sus pies le reconforta, pero no tanto como las miradillas que cruza con la también madura y bellísima Dominique. La *grenobloise* viaja con Margot, una amiga acondroplásica, que solo puede disfrutar del paisaje encaramada a la caja de herramientas.

\*

Oriol Acuña trabajó toda su vida en una sastrería militar, en la que también se vendían efectos castrenses. La proximidad de su establecimiento, El Corte Marcial, con la Capitanía General y el Gobierno Militar, le aseguró una clientela fiel y disciplinada, que siempre aceptaba sus consejos de pernera, tiro y cinturilla. Se decía, además, que sus galones bordados no tenían competencia en todo el país. Como colofón del buen trabajo durante sus primeros veinticinco años, El Corte Marcial recibió una distinción especial por sus metopas, fajines y charreteras. El diploma decía: «En reconocimiento de la calidad, apostura y refinamiento de los complementos».



Oriol se casó con Marisa, la educada hija de un brigada de Artillería a la que había contratado como costurera. A ella la llamaban «la Sardineta», que tal es el nombre que se da, como es bien sabido, a los galones del brigada. El matrimonio se celebró aceleradamente porque, por lo visto, entre patronaje y hechuras, Marisa quedó embarazada. En total, tuvieron tres hijos varones, aunque uno de ellos salió «muy sensible y muy sastre», según decía su madre. A pesar de que la muerte nunca tiene prisa, y nos da una vida de ventaja, la de Marisa se le escabulló de repente hace once años, a sus cincuenta y nueve.

\*

Oriol y la *grenobloise* Dominique se piden fotos mutuamente.

—Una, que se vea un poco el globo, y otra, más del paisaje... *comme ça*. Así. Y usted, ¿cómo *voulez* la foto?

La francesa le pide una foto con la amiga mínima, Margot, y otra de ella sola.

Al final, la reducida amiga acondroplásica acaba haciéndoles fotos a Oriol y a Dominique, sonrientes y juntos. El francés y la sonrisa de Dominique le resultan a Oriol vivificadores y excitantes. Incluso le enardece su elegantísima madurez.

Cenaron juntos los dos últimos atardeceres. La pequeña gran Margot ha sabido retirarse oportunamente para legarles la soledad que sus delicadas sonrisas parecían suplicar. La segunda cena se irrigó con vino tinto Sidi Brahim, frutas y algo de queso.

—Creo que eres una mujer, perdona si... No sé. Única.

—Todos lo somos. Tú también eres *unique*.

—Me refiero a única para mí. No me había pasado desde que enviudé. Ayer, cuando nos despedimos, pronunciaba tu nombre y era sugestivo y...

—*Ecoute...*, si te digo que *des que je me suis divorcé, je suis... sola aussi*. Brindemos.

—¡Brindemos!

Fue un instante incontenible. La vida desatina y es armónica a la vez. La propensión concupiscente fue irresistible, pero sus manos todavía no se habían tocado. El aún era presente..., hasta que sobrevino el roce centelleante.

Apenas han dormido, y están ahora juntos en la sosegada nave suspendida sobre el Masái Mara.

Oriol experimenta un alboroto sensitivo casi olvidado, mientras el cabello de Dominique balsea suavísimo. El globo sigue su mayestático itinerario, sobrenadando los aires levísimamente ondulantes y ya decididamente diurnos. Seis elefantes caminan absortos y en fila.

Mientras suena Javier Solís en el nicho de la madre de Recasens, el jardinero Tato va barriendo después de podar:

*Te he buscado por doquiera que yo voy,  
y no te puedo hallar,  
¿Para qué quiero otros besos  
si tus labios no me quieren ya besar?*

Tato, lo mismo perfila los setos que rodean la ermita central que iguala la dormida buganvilla de la entrada, o se sube a la escalera para descolgar coronas y flores marchitas. Luego hay que escobar, contra brisas y soplos, las aceras de los columbarios.

El jardinero se sabe de retentiva los nichos de las dos filas más bajas. Las viejas le cuentan mil historias. Ahí están los Molleja-Otálora, con un Cristo sufriente que ocupa casi toda la lápida. El abuelo era falangista, alférez provisional y notable ciclista. Después de la Guerra Civil, en el bando nacional, y de ciertas vicisitudes, alucinaciones y peleas, que aconsejaron medicación severa, se casó con doña Rita, la hija del director de una Escuela de *Chauffeurs*.

Doña Rita, elegante y curvilínea, se convirtió con el tiempo en una gran repostera, hasta el punto de que abrió su propia confitería llamada La Dulcísima. En Navidad, nunca faltaban los afamados polvorones que doña Rita preparaba con idéntica liturgia. La víspera tostaba en horno suave la harina, las almendras y la avellana. Después pasaba por un colador la harina y el azúcar en polvo para evitar posibles grumos. Más tarde, y con indiscutible facultad, mezclaba todos los ingredientes con ayuda de un amasador y disponía el resultante en latas, en las que reposaba hasta el día siguiente. Por último, estiraba la masa con un rodillo hasta que tenía el grosor de dos dedos,

espolvoreándola con ajonjolí, y al asador de nuevo. Como colofón, azúcar y cortapastas.

Esa Navidad, como ya era tradición, su marido, Pedro Molleja, iba a probar el primer polvorón del año. El hombre lo sostenía entre dos dedos, con el cuidado del que pinza una sagrada forma recia, que tal parecía; como una hostia oronda.

Ante la atentísima, y casi ardorosa mirada de su esposa, Pedro arrimó el polvorón a su boca con animosidad epicúrea. Lo degustó cerrando los ojos, como quien cata la ambrosía, y todo vaticinaba aprobación y beneplácitos. Fue en la última dentellada cuando le sobrevino una tos interna y sorda, que le amarató en apenas un minuto. El polvorón ni bajaba ni subía, obstinadamente obstruido y atrampado en laringes y bronquiolos. Doña Rita golpeaba desesperadamente, y con todas sus fuerzas, la espalda de su ya casi extinguido esposo, dándole el redoble de gracia con el rodillo amasador. Fue el final. Tal era la tumefacción congestiva que presentaba el alférez provisional tras su muerte, que nadie fue capaz de cerrarle la boca.

La confitería cerró durante una semana por defunción, y doña Rita dio a luz, tres meses después, al pequeño Pedrito. Ella murió veintiséis años más tarde, de una caída fortuita, un día de aguanieve.

Tato sigue barriendo al son de Javier Solís:

*Si Dios me quita la vida antes que a ti,  
le voy a pedir ser el ángel que cuide tus pasos.*

Subido al elevador, Adel golpea la pared de un nicho casi al ritmo de la canción. Diríase que se deja llevar por su cadencia:

*Para evitar que (toc, toc, toc) pueda entrar otro querer (toc)  
a saborear lo que es tan mío (toc, toc, toc).*

Al ceder los ladrillos, la luz cegadora estalla atronadora en el nicho, que parece berrear de fotones.

—Adel, ¿a quién se entierra hoy?

—No lo sé...

—Por cierto, Adel, que me alegro por ti, que te veo más serio y mejor, y como más...

—No me pegues tú también el rollazo, Tato, que no estoy yo de humor. Mira aquí dentro —dice señalando el nicho— y verás cómo acaba todo el mundo por bien que se porte, y por más centrado que esté, y por más considerado que sea.

—Ya callo chico, ya me callo.

—Mucho mejor. Jardinero a tus jardines.

Recasens llega con papeleo del tanatorio.

—Por el nombre no sé quién es el difunto. Viene en lata de conserva, eso sí. Viene de fuera, me parece. Vamos, prácticamente seguro. La comitiva está al llegar y cargaditos de coronas. Venga Adel, baja y llévate todo esto.

Adel hunde los restos de Marisa, la hija del brigada y esposa de Oriol, hasta dejar espacio suficiente en la sepultura. El destrozado maderamen de lo que había sido un ataúd, queda en el elevador para ser incinerado.

Ha rulado el viento a gregal, y Tato, que pronto será abuelo de nuevo, se afana en atrapar las últimas hojas, que, ya en rebeldía, forman pequeños círculos. Las dos viejas delgadísimas se marchan cogidas del brazo para que no se las lleve el viento, como le sucedió a María Sarmiento.

En el trasfondo, y en un segundo nivel, está el nicho en el que reposan los gemelos Triguero y sus ancestros. Los hermanos Triguero eran trapecistas del Circo Checoslovaco de Praga, que, en realidad, era de un empresario malagueño de Torrox. Todos los que actuaban eran españoles, a excepción de una contorsionista marroquí. El maestro de ceremonias, natural de La Alberca, hablaba con acento pretendidamente checo, para simular la procedencia eslava de la *troupe*.

A los hermanos Triguero les presentaban como si fueran turcos, cuando en realidad eran de Salou. Su número en el trapecio era inquietante y bastante vertiginoso, aunque desigual. Algunos días todo salía dentro de la corrección, pero otros días el salto mortal quedaba amorfo, como una especie de mala caída salvada *in extremis*, que el público apreciaba especialmente.

Antonio era el que se encargaba de balancearse boca abajo, y Severio, de hacer las piruetas. Sus nombres artísticos eran Meleck y Zeynep. Ambos eran admiradores de la afamada trapecista María del Pino Papadopoulos Vaquero, *miss* Mara, de Jerez de la Frontera.

El circo siempre congregaba a una cierta cantidad de público, aunque de temperamentos muy variables. En cierta ocasión, una compañía de soldados de Artillería se comportó de forma tan impropia que los leones, asustados, se tumbaron en el suelo de la pista para pasar desapercibidos. Los gritos de los soldados, burlándose del domador, resultaron del todo descorazonadores.

Cuando salió el chimpancé en bicicleta, los soldados saltaron a la pista persiguiéndole, y el aterrorizado simio pedaleaba como para ganar el *maillot* amarillo. Al final, la mujer barbuda y el forzudo Zass pusieron las cosas en su sitio.

Los gemelos murieron sin descendencia, por lo que su nicho está descuidado y sin flores. Sobre su muerte hay versiones para gusto y disgusto del rumor y la maledicencia. El circo hacía largas temporadas en las

principales ciudades. Dicen las viejas delgadísimas que ambos se acostaban alternativamente, como si fuesen uno solo, con una espléndida, madura y muy dadivosa condesa. Todo fue bien hasta que la dama se enteró de que eran dos. Su indignación fue ciclópea y desmedida.

Se dice que la mujer no pudo concebir un doble pecado ni un escarnio exponencial. Por lo visto, la aristócrata se enteró de todo por el moratón que pasionalmente estampó en el cuello de su supuesto amante único. El moratón aparecía y desaparecía en días alternos. Cuanto más enardecía la dama el cuello amoratado, más se percataba de la extraña evanescencia intermitente.

En sus lúbricas añoranzas, la señora siempre recordó lo que, en su momento y antes de conocer la verdad, le pareció un miembro viril voluble, mutante y desigual. Les hizo apuñalar a los dos hasta la muerte. Tras el crimen, jamás resuelto, la condesa dudó siempre respecto a su fálica preferencia, y sintió en sus entrañas la dolorosa ausencia del inagotable amante dual. Se dice.

En el cementerio hay cruces y crucifijos en una imploración geométrica a las veredas de la vida eterna. Por fortuna o intercesión, aquí no ha sucedido lo que en otros camposantos, en los que las cruces son usurpadas por saqueadores de cobre y bronce. Hasta tal punto han llegado la profanación y la irreverencia que el Ayuntamiento de la capital ha redactado un airado comunicado:

Ante los lamentables hechos acaecidos recientemente en el recinto del Cementerio Municipal, y para evitar que en el futuro se repitan actos de esta índole, el Ayuntamiento ha encargado a los servicios técnicos municipales un estudio para analizar las posibilidades de instalar en dicho recinto algún sistema de videovigilancia.

Según han confirmado los responsables, se ha registrado el robo de más de un centenar de crucifijos.

En la cafetería La Nao, el guardia civil Estébanez le cuenta a Recasens que por uno de los crucifijos de mayor tamaño —de algo menos de un metro de alto— pueden sacar hasta ciento cincuenta euros. Los más pequeños, de cerca de dos kilos de peso, se pagan a cincuenta o sesenta euros, mientras que las argollas —que los ladrones arrancan fácilmente con una palanca— se venden por diez euros. Un Cristo original puede costar cerca de quinientos euros.

—Nuestros Cristos, excepto dos, son de los pequeños.

—Tú vigila por si acaso, Recasens.

Genaro, tallado y pelirrojo, es un artista comarcal al que llaman *El Enciclopedista*. Tercia en la conversación.

—Los que roban cruces son gente que lo pasa mal. Nadie roba por gusto. ¿Qué mejor obra santa del Cristo que servir para dar de comer al hambriento?

—Tú siempre igual.

—Pues mira que la Guardia Civil; será que cambiáis mucho.

—No cambiamos, porque robar es robar.



—Si estáis en lo cierto, los difuntos ya están con Dios o con el diablo, y sus cruces amortizadas.

—Si uno tiene huevos, roba a los vivos, que pueden defenderse, y deja a los difuntos, que en su paz descansen. Qué pasa, que los vivos te dan miedo, ¿no?

—Más miedo debería darnos robar la imagen crucificada de tu Dios todopoderoso. Él lo sabe todo. Robar a un ser omnisciente es tener coraje de verdad. Para eso hay que tener los huevos de los que hablas.

—No, si palique no te falta, lo que te sobra es descarar. No sé de dónde sacáis esta falta de respeto por la religión.

—Guardia Civil, pregúntale a Dios por qué hay en el mundo tanta injusticia, tanta desdicha y tantísima adversidad. Pregúntaselo, tú que desfilas con él en Semana Santa.

—Dios está triste de tanto rojerío y tanto reformismo y tanto avanzado de pacotilla y tanto aborto y tanto folleteo.

—Pero la Guardia Civil / avanza sembrando hogueras, /donde joven y desnuda / la imaginación se quema. / Rosa de los Camborios, / gime sentada en su puerta / con sus dos pechos cortados.

—Ya sabes tú de comedia y teatrillo.

—Yo no, era Lorca.

—Vaya por Dios.

—Vaya por la República.

—Haya paz, señores. Me voy que tengo entierro.

—Ave María purísima.

—¡Salud!

La tarde es desapacible y la ventolera despierta a los cipreses y hace vibrar la cristalería de los nichos. Llega el coche fúnebre cuatricoronado de Perpetuum Omnia y el cortejo de cuatro taxis. Los tres hijos y las hermanas de Oriol Acuña se apean junto a seis amigos. Del último taxi baja, no sin esfuerzo, la minúscula amiga acondroplásica de Dominique. Lleva un brazo en cabestrillo. Es una superviviente del desgraciado accidente en el Masái Mara. El hijo más sensible de Oriol Acuña se arrodilla y abraza a la reducida Margot. En el tanatorio, le ha contado la espontánea pero intensísima pasión que su padre y su amiga francesa vivieron en África. Margot le susurra algo al oído. Algo que no se había atrevido a decirle hasta ese momento.

—No te lo he dicho antes, pero he traído conmigo a Dominique. La he traído.

—¿Contigo?

—Sí... Me la puedo llevar a Francia, pero te aseguro que ella no querría. Lo sé. Hacía mucho tiempo que no veía tanta ilusión y emoción en sus ojos.

—Y ¿qué quieres decir?

—Su madre tiene alzhéimer, y es hija única. Allí nadie la espera... Pero es cosa de vuestra familia. Yo no sé cómo decírtelo.

—¿A qué te refieres?

—Sé que es muy extraño.

—¿Quieres que la enterremos aquí?

Margot se frota los húmedos ojos con la mano libre.

Los hijos de Oriol Acuña se niegan y no entienden gran cosa. Emoción cuando la caja de zinc entra ruidosamente en el nicho de sexto nivel, empujada por Recasens y Adel. Cuando se empieza a enladrillar de nuevo, desde abajo piden que se pare un momento. El hijo sensible de Acuña sigue intentando persuadir a su hermano mayor.

—Si han mantenido una relación apasionada, ¿por qué separarles?

—Es una cuestión de respeto a mamá, coño, ¿cómo vamos a enterrar a una amante de papá? Me parece insólito.

—¿Tú crees que mamá no lo entendería?... Le dijo que viviese. Que viviese por lo que ella no podría vivir. Solo dime si lo recuerdas

—Pero es solo un rollete de un viaje, joder. ¿No lo veis?, un puto rollete. Vamos, que es una historia del viaje, y punto.

—Pero parece que papá se enamoró locamente. Piensa en lo que te pediría él. Piénsalo por un momento. Por un solo segundo... Será que tú no has sido enamorado.

—Si me parece muy bien que se haya encoñado, pero no tiene lógica. Cada cual es cada cual.

—Me llamó la semana pasada. Me dijo que estaba de puta madre, y que ya me contaría. Que se sentía vivo de nuevo.

—Te lo inventas. Tú eres muy dado al melodrama.

—¿Porque soy gay?

Tercia otro de los hermanos.

—Bueno, basta. Ni papá ni mamá pueden decirnos lo que debemos hacer. Pero, seguramente, nos echarían más en cara la falta de coraje que la moralina barata. Yo voto que sí. Allí donde estén, si es que están en algún lugar, deben de reírse de todos nosotros y de nuestra duda existencial de la puñeta.

—¿De verdad queréis que algún día nos entierren con esta señora desconocida?

—¿De verdad te preocupa con quién te entierren?

—Vale, o sea que, a partir de ahora, podemos enterrar a nuestros ligues.

—No sabía que tenías tantos... Estás casado, eres un moralista ¿y tienes ligues?

—Eres un liante.

Entre tanto, Margot va al taxi y vuelve con una mochila que coloca en el suelo, y de la que, no sin esfuerzo, extrae la urna con las cenizas de la bella *grenobloise* Dominique. Llorando, se la entrega al hermano sensible.

Tras un cuarto de hora de disentimientos elípticos yendo y viniendo, Adel coloca cuidadosamente la urna sobre el ataúd de Oriol. Arrecia molesto el gregal.

Finalizado el entierro, Recasens se hace con un par de rosas de una de las coronas y las coloca en el nicho de su madre. Hoy hace lo propio en el nicho de Martín, el anterior enterrador. Enterrar a un sepulturero, por viejo que sea, es un contrasentido emocional. En un pueblo de la comarca, el sepulturero murió de repente, y no sabían cómo enterrarle. Al no tener albañil, llamaron al enterrador del pueblo más cercano, que, por mal fario o no se sabe qué difusas excusas o extraños ocultismos, se negó. Finalmente, fue una empresa de remodelación de cocinas la que aceptó el encargo, se ignora a cambio de qué.

Un sepulturero enterrando a un sepulturero tiene la cadencia del romanticismo y la redundancia. Es como sepultarse un poco el vivo y despeñar al muerto a la angostura de toda su generación de cadáveres inhumados. Martín recitaba a Espronceda:

*Me agrada un cementerio  
de muertos bien relleno,  
manando sangre y cieno  
que impida el respirar,  
y allí un sepulturero  
de tétrica mirada  
con mano despiadada  
los cráneos machacar.*

Siempre se ha contado que, en aquellos años, un enterrador quedó sepultado en la tumba que preparaba cuando volcó la carreta que contenía la tierra para sellar la fosa. El impensado alud le abatió mientras estaba en el interior del hoyo y la carreta le golpeó la cabeza. Por lo que dicen, todo acabó bien porque dos novilleros, que estaban visitando la tumba de un diestro de la tauromaquia, se percataron del incidente y le desenterraron.

Hay canciones que cuentan la crónica del pobre Juan Simón, que tiene que enterrar a su propia hija:

*La enterraron por la tarde,  
a la hija de Juan Simón,  
y era Simón en el pueblo  
y era Simón en el pueblo, ay,  
el único enterrador.*

*Él mismo a su propia hija  
al cementerio llevó.  
Él mismo cavó la fosa,  
él mismo cavó la fosa,  
murmurando una oración.*

Cada mañana, Pedro Broch lee el periódico en la cafetería El Mesón:

La Guardia Civil ha asestado un nuevo golpe al tráfico ilegal de angulas —en una operación en la que ha detenido a diez personas— y desmantelado un grupo dirigido por chinos asentado en el país. Exportaban angulas a mercados asiáticos, con unos beneficios netos de treinta y siete millones y medio de euros.

A sus cincuenta y siete años, Pedro y su familia viven cómodamente gracias a su rentable empresa de apósitos sanitarios farmacéuticos. La empresa la fundó su suegro, y actualmente exporta a diecinueve países en conflicto. Irene, la esposa de Pedro, regenta un conocido gimnasio con *spa* termal, tratamientos faciales, *peeling*, algas, lodos y sauna. Los hijos de Pedro e Irene, notario y protésico dental, son formales, pensativos y muy de derechas.

Ocurre a veces, que la peripecia vital se cierne sin preaviso ni *anunciata* y colapsa el monótono argumento existencial.

Son las dos de la tarde. Pedro contempla el vídeo en el que su mujer, desnuda, está sentada sobre un joven que la penetra, agarrándola por las caderas. El sonido resulta casi más hiriente que la imagen misma. Pedro hizo instalar dos cámaras en el gimnasio y, ¡bingo! ¡Ahora ella se arrodilla y se agarra voraz y babeante al juvenil torpedo!

Pedro siente que el jadeo sexual de su mujer en cópula extramarital se parece demasiado al ahogo o al resuello displacentero. En eso piensa, mientras conduce en dirección al gimnasio. Hace un par de meses que no aparece por allí, y cuando entra, la recepcionista le mira como si viese a un espectro de absorción. Pedro accede por fin a la subsala de vestuarios móvil en mano, y mostrando en diferido lo sucedido hace apenas media hora. Su mujer brama, desgañitándose ante tan inmensa conmoción. El despavorido fornicador intenta recuperar sus esparcidas prendas, gateando y como huyendo de un seísmo. Cuando está a punto de desaparecer, el marido le requiere:

—Tú, follaviejas, te olvidas un calcetín y dos condones usados.

La mujer tapa su genésico, con la mirada palmariamente descarriada, mientras su marido le coloca una blusa sobre los hombros. En torno a la larga discusión que se inicia a continuación, solo diremos que dura, con enormes tensiones, hasta las nueve de la noche. Después de gritos, empujones y durísima chamarilería emocional, la mujer accede resignada a ceder la propiedad del *spa* y de la empresa de apósitos en exclusividad a su marido, a cambio de que él no cuelgue en las redes sociales su todavía rezumante apareamiento. El máximo pavor de la mujer es imaginar la exhibición de su desnudo cuerpo, con relevantes estrías y mallas manifiestas. La recepcionista, que en vano ha intentado calmar la degollina en un par de ocasiones, anuncia que, con permiso, se va.

—Sí, puedes marcharte. Cerraremos nosotros.

—Como digan ustedes.

La cruzada llega a su abrumador desenlace.

—Eres un hijo de puta.

—Di más bien, que nuestros hijos son hijos de puta.

—Es alucinante cómo disfrutas...

—La que disfrutabas hace un ratito eras tú, marranaza. Anda, cálmate que es tardísimo, mañana será otro día. Ahora tenemos que ir al notario.

—Eres un machista y un mierda.

—La machista eres tú, que no quieres que te vean, con tu culito caído, chupándosela a un efebo. Vaya... Todo lo arreglas llorando. Vámonos.

—Nos iremos cuando yo lo diga.

—Yo diría que no estás para chulerías.

—Pues mira, estoy como estoy, y como me dé la gana de estar.

—Bien follada sí que estás. ¿Te lo has tragado?

La mujer se abofetea a sí misma con fuerza.

—Mira, me hago lo que tú morirías por hacerme. Te denunciaré y diré que me has pegado, hijo de puta.

—Tranquila, como no nos entendemos, ahora mismo cuelgo el vídeo y aquí paz y después cachondeo.

—¡Nooooo!

\*

Al pediatra Carlos Bernabé las sesiones de *spa* y sauna le sientan bien. La humedad entre el tres y el veinte por ciento, y las temperaturas de ochenta a noventa grados, le tonifican y relajan. El doctor Bernabé es cliente habitual y le interesan los aspectos terapéuticos y energizantes.

\*

- ¡Solo un puto maricón puede espiar a su mujer!
- Solo una puta folla berreando como una principianta.
- ¡Cabrón!
- ¡Celulítica!

\*

Una vez que se ha enjabonado, Bernabé se sienta sobre la toalla con los brazos, las piernas y los pies al mismo nivel. Su respiración se hace más profunda, el ritmo cardíaco y la circulación sanguínea se le aceleran, y los vasos sanguíneos se dilatan. Oye algo parecido a portazos y gritos.

\*

- ¡Quieres hacerme creer que es el único al que te has follado, amorcito!
- Si fuese así, ¿no te preguntas por qué, señor impotente?
- A tu lado le entra impotencia a cualquiera. Bueno, a cualquiera menos al simio que te follaba pensando en una chica joven.
- Eres patético.

\*

Bernabé sale cuando el sudor se desliza por su cuerpo. Esta primera fase no debe exceder los quince minutos. Se ducha de nuevo con agua tibia o fresca. Se seca, y se concede unos minutos de descanso, tumbándose.

Al doctor le ha parecido que alguien habla en voz alta fuera, pero es un sonido lejano e inconcreto. Quizá están bromeando.

Entra de nuevo en la sauna durante otros quince minutos. Al salir, el protocolo será el mismo: ducha, secado y vuelta a la calma para el descanso.



\*

—Cálmate, que todavía tienes la cara abotargada, nena.

—No me hables de cara, que la tuya te quedó jodida después del ictus, chato.

\*

El doctor Bernabé se siente capaz de completar el tercer paso. En cuanto se canse, deberá interrumpirlo y salir de la sauna. Después de esta última sesión, se debe hacer un descanso de, al menos, veinte minutos.

El doctor se duerme tranquilo en la sauna solitaria, sabiendo que le despertarán en quince minutos —¿Gritos?... No, parece que no—. Si no se sale de la sauna en el momento adecuado, la hipertermia produce una sudoración profusa que trastorna el sodio... —¿Gritos?...—, el calcio y el magnesio, luego... —¿Gritos?...— viene la arritmia y... la muerte.

\*

—¿Cuándo quieres ir al notario, hijo de puta?

—Nos espera hoy, hasta la hora que sea. Vamos a por la documentación, amor.

\*

Al día siguiente, la recepcionista abre el *spa*. Calor inmenso. Lo ve. El doctor Bernabé está rehogado en su insepulta desnudez. Su boca abierta parece pedir un relleno a base de manzana, cebolla, chorizo y vino dulce. Sus flacideces están tan amoratadas que diríase rociadas con espray, y sus ojos abiertos parecen haber vislumbrado la conjetura matemática de Hodge. La recepcionista se estremece y tiritita, pero, extrañamente, no grita.

Recasens y su esposa cenan en la zona de Las Terrazas, en Casa Gamo, uno de los restaurantes populares de la localidad. Es una noche suave y atrayente. La charla trenza temas del cementerio, del centro de atención diurno y de la vida ordinaria, esferas que hacen girar su universo convivencial. La gente pasea, y va y viene, y algunos saludan y otros hacen que no ven. Puede que ser enterrador ya no suponga estigma alguno para la mayoría, pero siempre hay quien lagarto-lagartea y teme al mal fario, y se cree lo que inventa y, además, inventa lo que se cree. Recasens, sepulturero, y Noe, cocinera en un centro de atención psicológico diurno. Vidas consumidas, las unas, y alteradas, las otras. Ellos dos, desde que se conocieron, sienten al otro y se sienten del otro.

—Hoy estoy rendida.

—¿Cuánta gente has tenido?

—Casi treinta. Pero hay días en que todo se hace más difícil.

—Pues estás guapísima igual.

—Pues estoy tiradita.

—Pues, que lo sepas, cada vez estás más guaperas.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Nada, todo tranqui.

—Mejor. ¿Cómo están todos?

—Bien, Tato como siempre, y Adel, el chaval, espero que no se meta en líos.

—Vigílalo, pero no le machaques, que te conozco.

—¿Y las dos abuelas?

—Las viejas, bien. Al pie del cañón. ¿Un *gin-tonic*?

—¡Qué valiente!... Venga, vale.

—¿Qué sabemos de la adopción?

—Pss. Yo no tengo mucha esperanza, chico.

—No entiendo por qué ponen tantos problemas, cojones.

—Porque, si no, su trabajo no existiría. Son pesadísimos.

Recasens se fija en las burbujas de la tónica. La vida de cada burbuja es brevísima, pero su función, indispensable.

—Noe, ¿sabes lo de la agenda de la mariposa?

—No, suelta.

—La mariposa tiene una agenda que dice: Hoy a las siete, nacer. A las ocho, polinizar. Al mediodía, aparejarme. Por la tarde, poner huevos, y a las diez de la noche, morir.

—No sé si es poético... o patético.

—Puede ser las dos cosas. ¡Salud!

—¡Salud!

En el cielo, las estrellas tienen hoy raíces negras.

Unas quinientas personas se vieron afectadas por un supuesto fraude en un curso de tanatoestética y tanatopraxis —conservación y restauración de cadáveres— impartido por una academia mediocre. Las promesas del centro de formación, Comunidad Nostrus, eran de ciento veinte horas de prácticas en empresas del sector. Prometieron que los alumnos encontrarían un empleo una vez finalizado el curso. Lo cierto es que nunca llegaron a formalizarse estas condiciones en un contrato. Algunos alumnos han denunciado a la empresa. La mayoría de las cuarenta personas denunciadas eran parados, que tuvieron conocimiento del curso en Internet y mediante servicios de recolocación. La academia a la que se dirigieron las quejas negó los hechos y lo atribuyó a un foro gestionado por la competencia. La empresa denunciada presentó una denuncia contra los denunciados, cerrando el círculo. Lo cierto es que las prácticas se realizaban con pollos y no con cadáveres. Sí, con pollos. Prácticas de tanatopraxis con capones. Muertos, se supone.

A pesar de todo, y a pesar de tan heterodoxas prácticas iniciales, los jóvenes León y Amancio han logrado, con el tiempo, convertirse en reputados profesionales. Ambos trabajan en La Luz Eterna, con la ilusión de abrir algún día su propia funeraria.

Nuestros expertos en tanatopraxis y tanatoestética no lo tienen nada fácil con el cadáver, prácticamente guisado, del doctor Bernabé. Con independencia de las circunstancias de la muerte, el cuerpo entero —incluyendo todos los orificios principales— se rocía con un poderoso desinfectante. Una vez que la piel se seca, se aflojan con masajes los músculos del cuello, los brazos y las piernas rígidas por el *rigor mortis*. Los dos brillantes especialistas charlan mientras bregan su quehacer.

—Yo se lo dije... Si no te intereso, me lo dices, y ya está. Lo que no puede es tenerme siempre que si sí o que si no. Es un no vivir. No sé si me explico. Es muy jodido. Es cruel, vamos.

—Pues tal como te veo de colado, esta tía te hará sufrir. Yo creo que disfruta provocándote celos y el rollo ese. Hay mujeres a las que les gusta gustar y ya está. Hay mujeres a las que les gusta crearte..., no sé..., crearte necesidad. Sé de lo que te hablo, porque a mí me pasó con la francesa. No veas cómo sufrí, macho. Vigila, porque puedes quedar tocado. Crean puta dependencia.

—Pero uno no decide de quién se cuelga. Es que es todo, su cara, su cuerpo, su mirada. Tío, se me abren las carnes. Su olor... Su olor es para volverte loco.

—Coño, porque lleva perfume, hostias. Huele bien porque se pone perfume, ¿entiendes?... Es así de sencillo y no hay más. No te vuelvas loco.

En el proceso de descomposición natural, el tejido más suave y membranoso de la cara se seca, causando que los ojos se hundan en la cavidad ocular. Para evitar esto, Amancio coloca un cono de plástico con una superficie semiesférica rallada sobre cada ojo, detrás de los párpados. Luego, aplica una potente capa de crema humectante entre el plástico y el interior del párpado, para mantener la piel exterior hidratada y con una apariencia suave.

—Yo lo que haría es dejar de llamarla hasta que te llame ella. Créeme Amancio..., pero tienes que tener el aguante de no llamar. Y como tú eres así de romancón, no te veo yo muy castigador. Sencillamente, no llamarla, así de fácil. Corta por aquí.

—No la conoces.

—Corta más, coño.

—No la conoces, León, que ella es muy orgullosa. Ya te digo que me tiene tonto, pero tontito del todo.

—Levántalo.

—Porque lo cierto es que la tía está de la hostia de buena. Vamos, que a mí me lo parece. Que igual es una tía normal, pero a mí me mata.

—No, si buenísima está. Eso está fuera de discusión. Que viste con clase y sabe estar en cualquier sitio, está fuera de discusión. Y un culo brutal.

—Tío, cómo te pasas. Eres un bestia.

—Sí, es verdad.

Para mantener la boca cerrada, León hace una sutura —con hilo pesado quirúrgico— a través de la base de las encías, con una aguja gruesa y curvada que se rompe a través del hueso, a la derecha, por encima de los dientes caninos superiores —maxilar— en la cavidad nasal. Después de hacer más

suturas, León perfora la parte inferior de la cavidad nasal en un lugar diferente, para entrar en la boca por el lado opuesto.

—Lo que no sé es si invitarla a pasar un fin de semana por ahí. Es que solo de pensarlo se me acelera el corazón.

—Lo del fin de semana es más jodido de lo que parece. Como te aburras o no haya *feeling* o cualquier cosa de estas, la relación se va al garete. Un fin de semana se puede hacer larguísimo. Te lo digo. Yo, de momento, no apretaría tanto, Amancio. Créeme. No creo que sea el momento todavía. Aguanta la cabeza... Fuerte. Así.

—Coño, cómo pesa.

—Pues eso, que tranquilo. Nada peor que ligártela y pensar luego que te has equivocado. A veces, hace más ilusión una tía cuando aún no la has probado. Suelta, y a girarlo.

—Coño, queda hinchado.

—Le vamos a meter otro picotazo.

—Lo del amor y el enamoramiento es la hostia.

A Recasens le apasiona leer todo cuanto llega a sus manos relacionado con su trabajo. Lo que le interesa, va a su carpeta de cartón o al viejo ordenador.

El primer vestigio documentado de la colocación de flores en tumbas data de hace sesenta y dos mil años. En 1951, el arqueólogo Ralph Solecki estaba realizando unas excavaciones en la cueva de Shanidar en Irak. Allí encontró nueve esqueletos neandertales, y decidió enviar a la paleo-botánica francesa Arlette Leroi-Gourhan muestras del suelo para que las analizara. La doctora descubrió restos de aquilea, hierba de san Juan, jacinto de la una, botón del soltero, abrepuño, malvarrosa y azulejo. Llegó a la conclusión de que su llegada a ese lugar se debía a la mano del hombre.

Desde tiempos inmemoriales, los velatorios se celebraban en las casas particulares. Debido a la descomposición de los cuerpos, el hedor era insoportable. Para evitarlo, en la estancia se colocaban flores, coronas, ramos y centros. Flores y titubeantes cirios ardientes.

El entierro de un médico en un cementerio local es como un reencuentro inexplorado y vacío con sus pacientes fallecidos, y unas décimas más calamitoso en el caso de un pediatra. En el mismo columbario está Ernesto, fallecido de una peritonitis a los doce años. El doctor Bernabé lo llevó, ululando en su propio coche, al hospital provincial, donde no pudieron o no supieron salvarle. A partir de hoy, yacerán juntos. Relatos de las carencias y torpezas de la ciencia médica.

A pocos metros está la sepultura de Candi y sus padres. Candi, que con ocho años se le fue de las manos al doctor, hace más de treinta, le regaló un dibujo que aún sigue en su despacho: un cielo sidéreo lleno de estrellas rutilantes. A partir de hoy, yacerán juntos. También está el pequeño Sebas, que siempre sonreía cuando el doctor le visitaba, al que se llevó el paramixovirus, que le hizo estallar las glándulas parótidas. A partir de hoy, yacerán juntos.

Recasens y Adel preparan la sepultura en un cómodo segundo nivel.

—Hoy llegarán más de siete coronas. Las dejaremos todas en el suelo... Y luego, ya veremos.

—Señor Recasens, creo que empujando queda sitio de sobra. No sé qué le parece.

—Pues ale... Aquí están los abuelos y el padre del médico. De todas formas, yo sacaré alguno de los tablones.

—Vale.

—Repasa el agujero de los líquidos y de los gases con la varilla.

Recasens se queda mirando el mar, que hoy se deja rizar por un frescachón persistente. De vez en cuando, recuerda lo que su amigo Mariano le contó en cierta ocasión. Le dijo que los muertos no tienen, en realidad, la edad en la que mueren. Que esto no va así.

—La edad que debería figurar en el nicho no es la edad a la que el muerto ha llegado, Recasens.

—Explícate, filósofo.

—Pues eso, que solo deberían sumarse las horas, los días y los meses en los que hemos sido verdaderamente felices. Ese es el tiempo que realmente hemos vivido.

—Pero la vida lo es todo, tú. Lo bueno y lo malo.

—Recasens, te pasas el día entre muertos, ¿qué edad tendrían según mi tesis? Los de ochenta a lo mejor no llegarían a tres años y medio... con suerte. Quizá menos.

—Mariano, no le des más vueltas, que esto de la felicidad no hay quien lo mida.

—Pero la infelicidad sí es medible, Reca. ¿Qué edad tenemos nosotros en realidad? Piénsalo... ¿Cuánto tiempo consideras que has sido feliz, en total?

—Pero es que la felicidad es diferente para cada persona.

—Pues eso, según tu idea de la felicidad, ¿qué edad tendrías?

—No creo en la felicidad. Si acaso, me gusta la calma. Soy bastante *hippie*.

—¿Y qué edad tendrías? Sumando los momentos en que has sentido esa calma... ¿Cuántos años?

—¿Y tú?

—Vete a hacer puñetas.

—Ni idea, ¿no?

Llega el coche fúnebre con tres coronas, seguido de un Mercedes solo para coronas. Detrás, la comitiva. «El colegio de médicos a su eminente adscrito»,



«Tu esposa e hijos», «Protésicos *in memoriam*», «Pediatras *mundi*»...

La viuda del doctor Bernabé llora lo cabal y con el adecuado sollozo de señora educada. Los deudos, amigos, doctores y protésicos forman un semicírculo alrededor del ataúd. Algo rezagadas, llegan tres enfermeras latinoamericanas.

—A mí es que la sauna siempre me ha dado mucho respeto. Tan sueco...

—Si se hace bien...

—Pues ya ves el *doctorsito* cómo acabó.

—Se lo olvidaron dentro. Dicen que el matrimonio que lleva la sauna está en presidio.

—Se lo olvidaron, vale, pero digo yo que él se dormiría.

—¡Qué elegantonaza va la viuda!

—Para todo hay que valer.

—Y que lo digas.

—Qué penita, más triste.

—Hija, no hay penitas alegres.

—Pues por eso te digo, qué repenita.

Uno de los doctores es más viejo que muchos de los muertos. Tiene una tos fea. Una señora delgadísima, y con enormes gafas de sol, se abanica con el recordatorio del difunto:

Se fue, Señor, al encuentro contigo;  
se fue en silencio, con la paz y la ternura en su mirada,  
reflejo sereno de quien ha entrado en el camino de la vida sin fin.

Recasens y Adel proceden a la inhumación con profesional delicadeza y cautela. Nunca faltan los sonidos abismales de la caja al ser arrastrada hacia el cero y la carencia.

El viejo sigue tosiendo y mira el interior del nicho, como quien rastrea prestaciones.

El hermano mayor del difunto doctor Bernabé padece una cierta demencia senil y dice ser nieto natural de Alfonso XIII. Su esposa le sigue el flujo y le llama Majestad.

—El ataúd... ¿no debería llevar el escudo de la Casa Real?

—Tu hermano no es nieto del Rey.

—Pero es familiar mío. Es familia real natural.

- Por seguridad, mejor que se sepa poco.
- Eso sí, infanta mía. ¿Qué haría yo sin ti?
- No sea zalamera, Su Majestad.
- Nobleza obliga.

Los conductores de los coches fúnebres acercan escenográficamente las coronas al pie del columbario y regresan a sus autos con la cabeza inclinada hacia el suelo. Han ganado una apuesta futbolística a los tres conductores de lujo para familiares.

El duelo se va retirando, y los familiares y doctores son encochados de nuevo para su temporal regreso al mundo de los vivos. Se dice que el hombre es un animal risible, porque ningún animal ríe. Pero es cierto que también es un animal llorable. Como dijo el clásico: «Y, *ansí* como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso».

En un cementerio se trabaja con lloros, sollozos, lloriquería, llorencias, lagrimencias, legañosidades, singultación y plañición. Un valle de lágrimas, según los creativos del pesimismo.

El mar plumizo parece saludar con los rociones de su marejadilla, y los cipreses solo mueven hoy su vértice altísimo. Como si el resto estuviese congelado.

Parroquia de los Santos Justo y Pastor. Tocan las dos de la tarde. Mientras engulle sibaríticamente el melocotón en almíbar, el senecto, delgado y blanquecino padre Federico lee el periódico:

Sin DNI, sordo de nacimiento, sin casa, sin historial sanitario y sin ayuda. Tiene entre cuarenta y cinco y cincuenta años, y no consta en registro oficial alguno, salvo para la administración de justicia. Los recientes intentos por darle identidad, por parte de Cáritas Diocesana, se ven constantemente interrumpidos por sus continuas entradas y salidas de prisión, pese a que, por muchas razones, se cree que debería ser considerada persona inimputable. Sufre ostracismo por parte de su propia familia, y no se consigue encontrar a dos personas que le reconozcan como tal, requisito imprescindible para obtener en el registro civil una inscripción fuera de plazo.

Este hombre no sabe hablar. Trata de comunicarse con gestos y sonidos indescifrables. Es un analfabeto funcional que no existe para administración alguna, excepto la judicial. Sus principales delitos han consistido en robar chatarra.

Suena fortísimo el teléfono, que el padre Federico descuelga mientras acerca su delgada cabeza al auricular con la mano apoyada en la mesa. Como en una foto de colegial.

—Dígame. Sí. Sí..., ya... ¿Cuánto tiempo lleva así? ¿Qué dice? ¿Cómo se mueve? ¿Qué dicen los médicos? Deme la dirección.

El padre Federico conduce su también senecto Renault Chamade mientras se pregunta, como siempre, si su visita estará realmente justificada. La carretera nacional se acordeonea y lentifica, por lo que el padre Federico incrusta un casete de música cristiana antiquísimamente moderna:

*Dentro de mi señor (Batería y guitarra.)  
y a tus pies quiero pedirte, señor amado,  
que me perdones de mis pecados.  
Voy a tus pies,*

*quiero acompañarte en tu dolor, señor. (Trompeta bajo y guitarra.)*  
*No, ya no quiero, señor, cargar este dolor*  
*que no me deja avanzar*  
*y que me impide caminaaaaar. (Chanchan tachan.)*

Media hora después, el padre Federico, maletín en mano, llega a la dirección. Un edificio de cuatro pisos con algunos geranios descolgándose del segundo. Después de saludar a los humildes padres, y de que la madre le bese efusivamente las manos, entra en la habitación donde una sudorosa y astrosa muchacha se enreda entre las sábanas muy mirona e indecorosa en el hablar.

—¿Qué tal hija?... ¿Qué te pasa?

—No lo sé, padre. Usted dirá. Tú me dirás. Yo no sé lo que pasa.

El sacerdote coloca sus útiles sagrados sobre la cama, a los pies de la muchacha.

—Padre, que se está liando. No va por buen camino.

—No permitas que esta, tu hija, sea poseída por el poder de la mentira, ni que tu siervo...

—Padrecito, te estás metiendo tú solo en un lío. Te lo digo bien. Te equivocas conmigo, y te equivocas mucho, muchísimo.

—Ni que tu siervo, redimido por la sangre de Cristo, sea mantenido en la esclavitud del diablo.

El cura Federico, hisopo en mano, rocía a la muchacha con agua bendita y salmodia con poco énfasis. Funcionarial, que diríamos.

—Te ordeno Satanás, príncipe de este mundo, que reconozcas el poder de Jesucristo, sal de esta criatura... Vete de esta criatura, vete en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La muchacha mira al sacerdote con total indiferencia. Nada, ni transmutaciones, ni hablas reversas, ni dislocaciones musculares.

El párroco, enarbolando la cruz, sigue su exorcismo:

—He aquí la cruz, huid espíritus del mal. Aleja Señor, con el aliento de la boca, los espíritus malignos.

El padre Federico sabe que la fórmula usada actualmente para los exorcismos fue regulada por la Congregación de la Doctrina de la Fe en 1985. Federico sabe que se hizo sobre la base de la primera fórmula elaborada por el papa León XIII dos siglos atrás. Lo cierto es que Federico también sabe perfectamente que Belcebú se conoce el ritual de memoria. Digamos que, en

un exorcismo convencional, gana el que más aguanta o más moral demuestra en la contienda. Cuestión de tiempo.

En esta situación están cuando se oyen chillidos en el piso de arriba. Gritos y aullidos, y alguien corriendo y la calma hecha añicos, y gente tropezando y cayendo. Todo retumba por el difuso percance, hasta que alguien zurra la puerta con desespero.

Federico asoma la cabeza y ve, con espanto, a una señora con la cara sangrando. Le dicen que es la vecina.

—¡Mi perro! ¡Se ha vuelto loco! ¡Lo está destrozando todo y parece que hable, y me ha mordido y salta hasta el techo!... ¡Dios mío! Y vomita y espumajea... ¡Hay que matarlo!

La disoluta muchacha sonrío sin moverse de la cama.

—Padre, le aseguro que lo mío son resacas, y que mis padres son como son..., pero el mastín de la vecina, le digo yo que está poseído, o algo así. Si tiene huevos, suba a verle. No estoy bromeando. Parece que el perro hable, y que hable en varios idiomas. Créame.

—Puede que el animal tenga la rabia o cualquier otra enfermedad. No sé qué decirle, francamente.

—Usted suba, pero llévese el agua bendita y todo lo suyo. Llévese el *kit* completo, padre, que le hará falta.

La madre de la muchacha entra en la habitación y le pregunta, entre sollozos, si el demonio puede entrar en el cuerpo de un animal.

—Sí, los animales pueden estar en sintonía con la actividad espiritual. Se han dado casos de posesión de animales para perjudicar a los humanos, naturalmente. Pero si el perro tiene algún problema, llévenlo ustedes al veterinario.

—Padre, el perro saca tropezones de carbón seco por la boca y por detrás, y está tieso y parece que diga algo y tiene los ojos completamente negros..., sin parte blanca, vamos.

La chica disoluta sonrío.

—¿Lo ve, padre? La dirección era buena, pero se ha equivocado de piso. ¿Lo ve, padre? La dirección era buena, pero se ha equivocado de piso. ¿Lo ve, padre? La dirección era buena, pero se ha equivocado de piso. ¿Lo ve, padre? La dirección era buena, pero se ha equivocado de piso...

La voz de la muchacha enronquece, y habla más y más rápido, repitiendo exactamente la misma frase sin cesar.

El sacerdote, ya en mangas de camisa y haciendo acopio de fuerzas, sigue esparciendo agua bendita al tiempo que sermonea contra los ícubos posesivos:

*Kýrie, eléison.*

*Christe, eléison.*

*Kýrie, eléison.*

*Christe, audi nos.*

*Christe, exáudi nos.*

*Pater de caelis Deus, miserére nobis.*

*Fili Redémptor mundi, Deus,*

*Spíritus Sancte, Deus,*

*Sancta Trínitas, unus Deus...*

A los pocos minutos los aullidos del mastín suenan cada vez más cerca hasta que el gigantesco animal entra en la habitación, mostrando un enorme y erecto pene humanoide.

*Sanguis Christi, Unigéniti Patris Aetérni, salva nos.*

*Sanguis Christi, Verbi Dei incárnati,*

*Sanguis Christi, Novi et Aetérni Testaménti,*

*Sanguis Christi, in agonía decúrrens in terram,*

*Sanguis Christi, in flagellatióne prófluens,*

*Sanguis Christi, in coronatióne spinárum emánans...*

La muchacha no cesa de decirle al padre que se ha equivocado de piso; mientras, el perro se sube a la cama penetrándola. Se inicia una cópula energética y peristáltica. Mujer y animal, bramando. A los pocos minutos, el perro le arranca un pecho a mordiscos, la chica goza más, y la cama enrojece de sangre. Es solo el principio. Al devorar su cara, ella sigue gritando ya casi calavera. La habitación es un matadero... El perro caga ojos.

*Sanguis Christi, pignus vitae aetérnæ,*

*Sanguis Christi, ánimas liberans de lacu Purgatórii,*

*Sanguis Christi, omni glória et honóre digníssimus,*

*Agnus Dei, qui tollis peccáta mundi, parce nobis, Dómine.*

*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exáudi nos, Dómine.  
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserére nobis.*

... bip... bip... bip... bip...

El padre Federico está terminal en el hospital comarcal, agitándose angustiado a pesar del suave cóctel lítico administrado por vía endovenosa. Es una agonía de pura pesadilla. Es una pura pesadilla de agonía. Todo por la deslealtad moral del médico, que escatima la sedación.

—Padre, soy la enfermera... ¿Me oye?... ¿Me oye usted?

El sacerdote es como una esponja hundida en medicación. Abre exiguamente los ojos. La enfermera le habla en voz baja, con un estimable afecto profesional:

—Tranquilo padre... Calma..., tenía usted pesadillas. Tranquilo... Ya pasó, ya pasó..., bueeeno. Calma. No sé qué de un perro malo... Pues tranquilo..., no hay perro... Y rezaba usted, no sé si en latín, creo que sí. Tranquilo... Y de una chica..., también hablaba de una chica..., y del diablo... Duérmase... Así... Así. Tranquilito. Ya pasó..., no se angustie. Una pesadilla... Así, dormidito. Dormidiiiito. Muy bien padre. Aquí me tiene. Venga, así.

La calma.

La enfermera abre levemente el paso del gotero. A las tres horas, el padre Federico fallece. No más pesadillas. Es el final de su existencia. Comienza la autólisis. Las células sin oxígeno aumentan su acidez a medida que los derivados de las reacciones químicas se acumulan en su interior. No más pesadillas, no más... ¿recuerdos? Las enzimas comienzan a digerir las membranas celulares antes de filtrarse por las células rotas. ¡Cuánta vida hay en un cuerpo muerto! Si el padre Federico estaba en lo cierto, estará eternamente con Dios, y si no lo estaba, lo ignorará eternamente.

Día de lluvia torrencial, que convierte el pequeño cementerio en un chorreante y fantasmagórico bajel a la deriva. Las enormes gotas repiquetean en las lápidas acristaladas, como si tocasen a rebato a los muertos. Tal es el chubasco, que las estatuas de los dos vigorosos ángeles desconsolados y de la cadavérica muerte alada, que besa al moribundo, parecen cerrar sus pétreos labios para evitar el ahogo.

Las viejas faltan hoy a su cita, y eso que nunca se asustan por garunas ni aguarradas. Cubiertas con sus gorros impermeables, y medio protegidas en la arcada de la entrada, han resistido días inclementes. Pero hoy es distinto. Hoy el cielo se estampa.

Matilde y Flora, las dos ancianas, llegaron al pueblo con apenas diez años. Sus familias buscaron mejor suerte por estos lugares, que es un eufemismo para decir que buscaron una suerte que nunca antes habían tenido. No habían gozado ni pizca de ventura. Ni un atisbo. No buscaron mejor suerte, sino a la suerte misma.

Sus padres se dedicaron a trabajar y, en escasísimos momentos, le desgajaron breves descansos al calendario. Por lo demás, extenuación y sofocos en la búsqueda de una inviable cadencia. Solo ciertas raíces de dignidad innata hacían más llevadero el desvelo de esas gentes. Una camisa limpia el domingo o un corte de pelo con colonia, eran efímeros privilegios al azaroso trastorno ordinario.

Flora y Matilde, las dos viejas, fueron a una escuela nacional en la que les enseñaron a leer, escribir, las cuatro reglas, los reyes godos y que Dios es uno y trino. Hicieron la comunión juntas, con vestido alquilado. Fue como una puesta de largo, porque, poco después, la una trabajó limpiando casas y la otra en un taller textil, del que salió sorda.

Se casaron sin ánimos y sin suerte, con vestidos alquilados. Flora perdió el marido a los once años de matrimonio al caérsele de un andamio. Lo que



nunca se supo es por qué estaba completamente desnudo.

Matilde quedó viuda cuando su marido murió mientras dormía. Durante años, la mujer se acostó hablándole a la única foto del día de su boda.

Así pues, su gente comenzó a morir como si tuviesen prisa, o como si hubiesen comprado parecidos boletos en la tómbola del deceso. Se morían como de indiferencia, de cansancio y de hastío. Las dos eternas amigas vieron sucumbir a sus abuelos, sus padres, sus hermanos y sus maridos. Más dentro que fuera del cementerio. Solo Flora tuvo un hijo, marino mercante, del que nunca más se supo.

Cuando pasados los años se quedaron solas, y para ahorrarse un alquiler, fueron a vivir juntas en casa de Flora, que era la más pequeña.

Dos nichos guardan a sus familias y los velan a diario, pero ellas quieren que las entierren juntas, en una sepultura soleada y cercana a los suyos. Recasens y el Ocaso bien lo saben, y ellas confían en que así se hará.

Tal es la lluvia, que hoy las viejas se han quedado en casa. A cubierto.

\*

Encerrados en el pequeño despacho, Recasens y Adel observan la entrada del coche mortuario que llega sin coronas ni cortejo fúnebre. Traen al padre Federico. Se trata de un «solitario», que es como llaman a los fallecidos que llegan sin acompañamiento alguno. Llegan solos. La mayor parte son los abuelos que encuentran la muerte en el asilo comarcal. Toda una existencia y llegan completamente solos. ¿Lo habrían imaginado en vida?

Dice Bosquez que todos morimos solos, a menos que en el momento de nuestra muerte alguien más muera con nosotros. Pero, en cierta forma, todos terminamos muriendo solos. La soledad de llegar sin acompañamiento a un cementerio supone una muerte al cuadrado.

Adel y Recasens salen chapoteando y plastificados. Portan el ataúd calado a la pequeña ermita. Por el momento, no enterrarán al padre Federico. Hasta que amaine. Arrecia la ventolera, y los cipreses se abaten y revuelven como enloqueciendo. ¿Cuántos muertos cambiarían su oscura nada por la sorda vida de un ciprés?

\*

La cena en casa con su esposa Noe, y con el cielo reventando de lluvia, le hace sentir a Recasens una asombrosa pasión. Noe, bella, elegante y estilizada.

—Te quiero, Noe. Que lo sepas.

—Y yo a ti. Eres mi enterrador predilecto.

—Tampoco conoces a tantos.

—¿Tú qué sabes? Igual tengo un amante culturista enterrador.

—¿Cómo están tus clientes del centro de día?

—Hoy... como el tiempo.

—Pues muy bien no están.

—¿Cenamos en la cocina?

—¡Qué romántico!

—Uy, cómo estás hoy.

Estalla un relámpago, y el trueno ensordece a vivos y muertos.

—Qué miedo, Reca.

—Tú sí que me das miedo.

—Guaperas.

El Boeing 737 está en estruendosa aproximación al aeropuerto de la capital. Tres mil pies, y en descenso. Dos mil novecientos noventa pies, y bajando. El comandante y la primera oficial chequean los procedimientos, y todo está dentro de los parámetros de seguridad. A bordo, ciento cuarenta y dos pasajeros, y la tripulación de cabina, están asegurados para aterrizar. Acaban de pasar justo por encima del minúsculo cementerio. Un pasajero está llorando.

—Torre, Boeing 737 ECFUC, descienda a mil quinientos pies, rumbo doscientos setenta.

—Boeing 737 ECFUC, para mil quinientos pies, rumbo doscientos setenta.

—Dos puntos de *flap* y tren abajo.

Las graves sonoridades del tren de aterrizaje al desplegarse denotan inminencia y resistencia parásita.

El pasajero llora desconsoladamente.

Siguen con el *checklist*:

—Tren de aterrizaje	Comprobar abajo.
—Piloto automático	Desactivado.
—Velocidad de aterrizaje	140 KIAS.
—Después de tocar la pista, activar el inversor de empuje.	
—60 KIAS	Cancelar inversor de empuje.
— <i>Spoilers</i>	Verificar extendidos.
—Frenos	Si requiere.

El comandante Juan Méndez tiene cincuenta y dos años y una solvente trayectoria como piloto comercial. Su primera oficial es Irene Valdés, treinta y

dos años, igualmente acreditada profesional. Prosiguen la aproximación.

—¿Cenas en el hotel, Irene?

—He quedado con unas amigas.

El pasaje de un avión tiene unas constantes bastante reiterativas. Una pareja de enamorados, bien parecidos, que pernoctan unidos y babeando insondablemente; cuatro señoras mayores, que visten catorce arcoíris y collares Coco Chanel de plástico rojo; tres amigos alcohólicos, que sonrían porque sí y que han perdido un móvil; un matrimonio con tres hijos, que gritan y se golpean entre sí para pasar el rato; un señor obeso, que va por la décima ración de frutos secos; una chica bellísima, enigmática y sola, que se descalza antes de que el avión despegue; dos señores, que lo mismo podrían ser catedráticos que asesinos a sueldo, y un grupo de chicas adolescentes de colegio religioso, con los pantalones cortos adheridos a las nalgas y segándoles la femoral. Además, unos cien turistas, que esparcen gripes y virus diarreicos.

A los pocos minutos, el desembarazado tren de aterrizaje absorberá la enorme energía cinética producida por el contacto entre el avión y la pista. Los neumáticos son el primer elemento en asumir el impacto, pero no es suficiente; el tren precisa de un complejo sistema de amortiguación. La enorme energía de descenso equivale a la caída libre desde ochenta centímetros de altura.

—Pues yo me quedo en el hotel, como algo y a dormir.

Se ve la pista iluminada como una larga y centelleante invitación al planeo conclusivo, previo a la toma inminente. Luces de aterrizaje, como de miopía aeronáutica. Apenas doscientos pies. El pasajero llora con sus dos manos en la cara.

\*

Néstor sabe que en unas horas morirá. Tiene treinta y siete años. Una condena a muerte es una eutanasia de Estado. Puede que la fantasía de un reo que sabe que va a morir sea un infarto súbito que impida a sus ejecutores cumplir la sentencia. Quizá una embolia severísima y liberadora. La densidad del terror es ilimitada, como si se tratase de un agujero negro del sufrimiento. La peor pena nunca es la muerte en sí, es la ejecución. Le rodean cuarenta soldados. Cualquiera podría ser él, pero solo a él le ha tocado ser

irremisiblemente él. Es un puro reparto de papeles, y a él le toca el de morir hoy. Hay quien lo decide, y le sucede a uno. Los demás se irán después a casa con la familia y verán la tele y comerán *mie goreng*.

Le han sacado de la celda y está esposado y sentado en el interior de un blindado. En total, un convoy de ocho vehículos. Se está meando de tanto temblar.

Recuerda perfectamente cuándo decidió viajar a Indonesia. Dudó hasta el último momento entre Tierra del Fuego o Asia para tomarse un año sabático.

En el hotel, el exhausto y envejecido padre de Néstor, repasa el material almacenado durante años en su ordenador. Ningún esfuerzo, ni diplomacia alguna, han servido para salvar al hijo que hoy perderá. Todavía tiene un hijo, como a lo largo de los últimos treinta y siete años. Lo tiene aún... hasta el mediodía. Teclea, remirando en la pantalla el acopio de inútiles informaciones y documentos:

Clic.

Desde su llegada al poder en 2014, el presidente indonesio Jokowi se ha mostrado intransigente con el narcotráfico (el año pasado fueron catorce los ejecutados por un pelotón de fusilamiento). Según el Ejecutivo, cada día pierden la vida medio centenar de indonesios por consumo de drogas.

El convoy se pone en marcha a toda velocidad, y al minuto, Néstor vomita bilis amarillenta, y en un bache se muerde la lengua dolorosísimamente y rompe a llorar inconsolablemente. Recuerda *La cuarta pared*, en la que uno de los actores decía: «Temí morir sin volver a llorar nunca más».

El padre de Néstor malvive con la premonición sedante de que, cuando acabe todo esto, él también morirá. Su dedo sigue cliqueando, con una extraña mezcla de consternación y desdén.

*The Lancet* muestra serias dudas sobre la validez de estas estimaciones. Los detalles de estos estudios no son accesibles al público, y los métodos de recogida de datos parecen ser inadecuados. Además, las trampas son comunes en los casos de droga, porque la policía tiene un cupo que rellenar cada mes.

A las dos horas, los blindados frenan en seco y dejan de bramar. Se oyen voces de tonalidad marcial. Si se oyen voces, es que uno está todavía vivo. ¿Cómo será? Dolor, sí, pero ¿durante cuánto tiempo? Es una paradoja que

quedándole a uno tan poco tiempo, desee no alargarlo. Las voces marciales son las mismas que oyen los ajusticiados de todo el mundo. De un modo u otro. Ahora, Néstor ya sabe cómo son las voces de los que pronto harán que deje de oír. Ya sabe cómo es la realidad sonora temida durante años.

En el hotel, su padre recuerda la última visita. Hace tres días. Le hubiese cambiado el sitio. Apenas dos metros y la impotencia. Los sedantes ya no calman ni deprimen el sistema nervioso central. Ha releído todas las cartas implorando clemencia. Se puede estar vivo por fuera y muerto por dentro. Su hijo se le está escurriendo de las manos. Su hijo no llegará a la edad de la madurez y la sedimentación. Sigue clicando, que es el único sonido que rompe el silencio plúmbeo.

Los familiares de los condenados se desplazaron este sábado hasta la prisión de máxima seguridad de Nusakambangan, situada en la costa sur de la isla de Java. Los convictos recibieron ese día la notificación obligatoria que las autoridades entregan setenta y dos horas antes de la ejecución. Se observó la entrada de personal médico y ataúdes.

Abren la puerta del blindado y el sol irrumpe en su interior. Le sacan y no ve nada. Han sido más de siete años de aislamiento y poca luz. Ve a los otros dos. Uno llora y se quiere marchar. Patalea.

Néstor está ahora tras una tela blanca. A su espalda, un muro descascarillado. Entre tres soldados le atan fortísimamente a un poste. Uno de ellos parece un niño. No ve a los otros dos condenados. Su cerebro, que ya no es suyo, se siente acuchillado por pensamientos e imágenes que borbotean. Su exmujer, su casa, un jardín, su hijo Carlos, la celda, su casa, un coche, sexo, una paliza... Zumbido de abejas en los oídos y músculos retorcidos, y su mujer y su exhijo y su hijo, y ahora se oyen gritos y duele la lengua, y la descarga se produce y él puede oír el eco, y siente un mareo y el olor de los cuarenta impactos. ¿No muere? El corazón no bombea... Disparos en la cara... Se ahoga...

Quince días después, el padre de Néstor consigue algo excepcional y carísimo: repatriar el cuerpo de su hijo. El hombre llora a bordo del Boeing 737 que estaba a punto de aterrizar y que, finalmente, toma tierra en el aeropuerto local. Ha sido un larguísimo periplo de regreso a bordo de dos vuelos distintos. El pasaje anda alborotado y presuntamente feliz. Las cuatro señoras de los vestidos de arcoíris se ahogan en una risa nerviosa. Los

borrachos parecen ya hombres bifurcados, y el señor obeso intenta calzarse infructíferamente. El grupo de adolescentes, con el *short* en la femoral, canta *Seremos felices, felices los cuatro*, de Maluma.

En la bodega del avión, el ataúd metálico de Néstor vibra intensamente en el aterrizaje, la inversión de motores y la frenada. Trepida, como vivificado, durante el recorrido hasta la terminal. Después de casi ocho años, está en casa.

El comandante dice que prefiere salir a cenar fuera.

Tato sigue a lo suyo, arreglando la base de un ciprés.

El griego Cipariso era un joven que por error mató a su ciervo domesticado. Fue tan enorme su dolor que le pidió al dios Apolo que le permitiera llorarlo eternamente. Le convirtió en un árbol (Ciprés) y, desde entonces, el perenne ciprés se relaciona con la pérdida de los seres queridos, señalándoles con su larguísima altura, dicen, el camino a los cielos.

A su izquierda, Tato ve la anodina sepultura de las hermanas doña Martina y doña Alma, y de don Germán, el marido de ambas. Los nichos colindantes lucen flores de plástico, algún crucifijo e incluso descoloridas fotos. Las fotos de muertos se hacen en vida, pero como con un traje de muerto, y luego se vuelven sepia y reviejas. El nicho de las dos hermanas y su marido se ve relegado, y Tato le pega un escobazo de vez en cuando.

\*

Don Germán importaba radios de válvulas termoiónicas de efecto fotoeléctrico. Era una novedad de venta muy limitada al principio, pero con mayor aceptación a cada año que pasaba. La utilización de cerámicas, en lugar del frágil vidrio, supuso una mejora substancial a mediados del siglo pasado.

Según las viejas, don Germán tenía cuarenta años cuando conoció a doña Martina de forma casual, imprevista y para pasmo del destino. Ambos, sin conocerse, viajaban en tranvía por el centro de la capital cuando el vehículo arrolló a una mula con albardas y agüeras, que se le había escapado a su dueño dos minutos antes. Tan mal se orientó la bestia, y tan perdida andaba, que, ofreciendo indolente los cuartos traseros al paso del tranvía, fue a casi reventar contra el muro de una fábrica textil. El desespero del dueño de la mula era tal que se abofeteaba a sí mismo una y otra vez, mientras plañía a grito pelado. Por lo visto, se dirigía a un concurso comarcal de caballerías



tradicionales, o eso dicen las viejas.

El tranvía se detuvo y los pasajeros descendieron para curiosarse, remirando al pobre animal muerto y su tristísima estampa. Don Germán le desaconsejó a Martina que se acercara, para evitarle, si acaso, tan fatídica visión.

—Señorita, permítame que le aconseje encarecidamente que no mire a la pobre mula. Son reminiscencias que luego se nos quedan muy adentro.

—Tiene usted razón. Menudo susto... Y cómo ha parado el tranvía, tan de repente.

—Puede que sufra usted una contractura. A dos calles de aquí tiene la consulta un doctor amigo mío. Le ruego me permita que un especialista como él confirme que no tiene usted dolencia alguna.

—Creo que no es necesario. Es usted muy amable..., no sé qué decirle.

—No tiene usted que decirme nada, por Dios. Acompañeme, tenga la bondad, y se queda usted más tranquila. Los golpetazos son engañosos y a veces tienen efectos ulteriores.

A los siete meses, don Germán y la bellísima doña Martina se casaron en la iglesia de los Santos Apóstoles, engalanada con rosas blancas, como gustaban a la novia. Las familias lagrimearon de enternecimiento, y las hermanas de la novia, Alma y Beatriz, actuaron como damas de honor.

—Menudo marido te agencias, Martina.

—Vaya que no tiene planta el señorito.

—¡Callaos y a portarse bien las dos!

A los diez meses, Martina dio a luz a Carla, que tardó en llorar. Tardó tantos segundos en romper el lloro que su madre jamás la oyó, porque se fue con la elegancia con la que vivió, y sin agonías y sin apenas expirar, según dicen las viejas. Se fue tan de improviso que los médicos creyeron que dormía, y la comadrona seguía hablándole y atendiéndola. No murió, desvivió.

Fue la primera en ser sepultada en el nicho que el jardinero observa con su compasiva nostalgia por las vidas ajenas. Recasens le ha puesto música a su madre:

*Entregarte el corazón  
y así vivir  
hecho un esclavo de tu amor.  
Quiero embelesarme con tu piel  
y así vivir*

*hecho un esclavo de tu amor.*

A partir del tristísimo día de la muerte de Martina, Alma y Beatriz ayudaron en todo lo que pudieron a don Germán en la crianza de Carla, que quería con locura a sus tías. Pasaron casi dos años, según cuentan las viejas. La bella doña Alma acababa de cerrar cuidadosamente la puerta dejando a la pequeña en su siesta diaria. En la casa solo estaban ella y don Germán, y sin saber ni cómo, ni por qué, ni desde cuándo, ni hasta cuándo, ni de dónde, ni hasta dónde... ambos se besaron como si fuese lo más natural. Hay besos que son fruto y besos que son semilla, y para Alma el primer beso ya fue fructífero, de enamorada, y quién sabe si de pleno amor.

—¿Cómo sabes que quieres besarme a mí y no a mi hermana? ¿Cómo sé que esto no es un capricho dañino? ¿A quién quieres, si es que quieres?

—No es querer o no querer... En realidad, nadie manda ni ordena a las conmociones. Te adoro a ti, Alma.

—¿La has probado a ella, Germán?

—No, Alma, no digas eso... Respétame, respétate y créeme. Piensa por qué estamos ceñidos con este ardor.

Se besan con la fruición y la inocente lascivia de lo afectuoso.

A los tres meses, don Germán y la bellísima doña Alma se casaron en la iglesia de los Santos Apóstoles, engalanada con rosas rojas, como gustaban a la novia. La pequeña Carla llevó el ramo de la novia.

—Hay que ver, Alma, el maridito que te llevas. Felicidades.

—Calla y pórtate bien, Beatriz.

Dicen que doña Alma tuvo un hijo al que solo vio crecer hasta los siete años porque se la llevó la tuberculosis. De los dos hijos, y de la relación entre don Germán y doña Beatriz —la única hermana viva—, se dijeron muchas cosas, pero ninguna constatable más allá de la frontera del infundio y el runrún. Años después, don Germán fue enterrado junto a sus dos esposas. Se comentó, dicen las viejas, que doña Beatriz reposa en el nicho superior, pero, por lo visto, no consta. Lo cierto es que, durante cinco años, la florista local —una verdadera alma selecta— se encargó de que siempre hubiese una rosa blanca y una rosa roja en los jarroncillos del nicho de don Germán y las dos hermanas. Ahora es una sepultura olvidada.

El jardinero Tato mira a distancia el entierro del fusilado. Gente joven, algunos mayores y un adolescente con los que deben de ser su madre y su abuelo. Ante la muerte inevitable, el cementerio parece tener sentido, que se trastorna enrarecido por las muertes provocadas. Lo han matado y lo entierran en lo más alto. El nicho tendrá muchas horas de sol. ¿Qué debe hacer ahora, en este mismísimo instante, el juez que le condenó?, ¿duerme?, ¿está pescando con su hijo o copulando con alguien? Por cierto, Néstor ya no tiene ni una bala en su cuerpo. Para íntima satisfacción de su padre, fue, previo pago, tanatodesfusilado.

Tres jóvenes hablan abstraídos, con las manos en los bolsillos y como mirándose los zapatos. Qué poca comunicación en los momentos en los que se precisaría tanta. En lo que decimos en un entierro se esconde mucho más que lo dicho. El sobreentendido universal.

Una señora rompe a un llorar ruidoso y común, dejándose llevar por un cierto vahído. Recasens las llama las divas de entierro. Un señor calvo consuela a la desconsolada, que, en presencia de tan solícito y desconocido galán, se reconsuela ostensiblemente. La llorosa dama agradece la caballerosidad con una contrita sonrisa.

En las condolencias, la gente intenta dar con las palabras idóneas y proporcionadas al infortunio y la calamidad. Se quiere repentizar en dos minutos lo que a filósofos, místicos y pensadores ha llevado siglos de empeño.

El funeral de un ejecutado es muchísimo peor, porque nadie sabe por dónde empezar. Los adjetivos nacen malformados, se abortan los pronombres y las interjecciones se pudren al pronunciarlas. Es un verdadero fiasco.

El padre de Néstor evoca hoy aquellos entierros de cuando él era un niño. El muerto siempre era un viejo, y todo el mundo sabía perfectamente lo que tenía que decir a la viuda:

—Conformidad.

—Gracias. Ya ha dejado de sufrir.  
—Sí, porque últimamente no era él.  
—Mira por dónde, que Dios lo ha querido a su lado.  
—Resignación.  
—¿Qué remedio?...  
—Habrá que aclimatarse.  
—Mamá les envía recuerdos y dice que los acompaña en el sentimiento.  
—¿Cómo está, la pobre?  
—Animada, pero ya no nos anda.  
—Dele recuerdos. Dele recuerdos.  
—Mis condolencias. Soy del Club de Petanca.  
—Señor, Señor, con lo que disfrutaba él.  
—Menudo dislate. ¿Tienen recordatorios?  
—Ahí los tiene.  
—Mi padre, que si quieren merendar después del sepelio, le agradecerá invitarles.

—¿Tú eres Estebanito?

—Sí, señora.

—¿Cómo has crecido! ¿Ya has hecho el servicio militar?

—No, por pies planos, señora.

—Vaya, quien no tiene un ay, tiene un uy. Dile a tu padre que pasaremos yo y mis hermanas. Solo té y pastas, que no se apure.

En el entierro de un hijo ejecutado no hay palabras ni bálsamo. No hay alivio ni acomodo. En el entierro de un hijo ejecutado no cabe resignación ni avenencia. En el entierro de un hijo ejecutado, se entierra también la vida del padre. La madre está internada desde hace cuatro años y aún no sabe nada. Nunca ha sabido gran cosa.

Al acabar el entierro, Recasens llama al joven Adel, que está a punto de marcharse.

—Dígame, señor Recasens.

—Que no puedes ir con manga corta. Esta camiseta que llevas no es lo que tiene que ser.

—Ya hace calor. No hay quien lo aguante.

—Ni en agosto. Esto es un cementerio, y te digo que manga larga. Camisa y nada de camiseta. La camisa te la puedes subir un poco y ya está.

—*Ok*. De acuerdo.

—Es por respeto. Cuestión de, no sé, de consideración o de decoro, o llámale como quieras.

—No pasará más. Ya se lo digo, señor Recasens, que no pasará más.

—¿Todo bien?

—Bien...

—Espera. Si alguien te putea, o lo que sea, me lo dices.

—Vaaale.

—No, vaaale, no. Te lo digo en serio.

—¡Que sí! ¡Se lo diría!

—Es por ti. Lo digo por ti, Adel.

—Si ya lo sé, pero no quiero que usted sufra.

—Eres joven y tienes toda la vida por delante. Has sido un gran estudiante. Eres la hostia.

—¡Que sí!

Cuando el día cae, se dibuja el contorno del ángel con ofrenda floral sobre uno de los cuatro hipogeos, que es como se llama a los panteones menores. En otro está esculpido el símbolo del *Tempus fugit*, con su reloj de arena marcando inexorable el paso de las horas que indefectiblemente nos llevarán a la muerte. El cementerio intercede hacia una supuesta eternidad que, en realidad, comienza a contar solo desde 1830, cuando fue inaugurado. Siempre hay un primer muerto para todo *koimetirion*, que así llamaban los griegos a los dormitorios de los muertos.

Ser el primer muerto de un cementerio es como ser rastreador o explorador con el corazón «ya terciopelo ajado», como dijo el poeta. Oscurece, y no hay luna. Hoy no se oye el mar, ni al perro ladrando, ni las lejanísimas risas.

Esa noche Recasens hace el amor dulcemente con Noe, y a uno de los dos se le humedecen los ojos. La adopción no prospera.

Dante Salmón es un humorista de monólogos y chanzas, que actúa en un pub en el que el público presta más atención al parloteo y las copas que a las supuestas gracias del cómico. En ocasiones, la escasa parroquia contrasta con el mucho ruido de vasos y el palique. Si parece que, tras uno de los comentarios de Dante, alguien se ríe, es pura casualidad. Los clientes solo se tronchan de su propia verborrea, desatendiendo siempre a Dante y su plagiado repertorio.

—¿Es el club de los vagos?

—Sí, es aquí.

—Pues que me entren, por favor.

—¿Sabéis que había un hombre tan tacaño... que no prestaba ni atención?

—Buenas, busco trabajo.

—¿Le interesa de jardinero?

—¿Dejar dinero? ¡Si lo que busco es trabajo!

\*

Apenas a dos manzanas, la exuberante y bellísima Luz sodomiza con su pene de plástico al cebado y sesentón cliente. El hombre se aferra al respaldo del sofá, que la chica siempre cubre precautoriamente con un plástico. Ella luce un pretoriano negro del que emana el plastifalo con el que penetra al acuciado visitante, al tiempo que le azota las nalgas con ambas manos hasta la rojez. El cliente pedorrea y medio micciona iracundo.

\*

Cuando solo hay tres o cuatro clientes, puede que, durante unos segundos, lleguen a escuchar a Dante Salmón.

—Hijo, te ha quedado muy bonito el tatuaje de Satanás en el brazo.

—¡Mamá, es mi novia!

—Ahhhh...

—¿Dónde vas, Antonio?

—A por estiércol para las fresas.

—¿Pero por qué no te las comes con nata, como todo el mundo?

Hace diez años, Dante salió durante cuatro meses en un programa de televisión supuestamente humorístico. En el cartel exterior del pub hay un cartel: «Artista televisivo». Su exuberante novia se llama Luz.

\*

Luz vaivenea rubicunda, meciendo al tiempo sus bellas turgencias, y quizá sabiendo, en su inconsciente, que venimos de lo obscuro y vamos a lo macabro. Eso dijo el antihéroe Juli Soleràs. Llevan más de media hora de cópula postrera con enorme castigo y purpúreos morados.

—¿Quién se va a correr?

—Yooo.

—¿Quién quiere mi leche de pezón? ¿A quién le pego así?

—A míiii.

—¿Estoy dentro?

—Síiii, grfhfgf.

—¿Estás llorando? ¿Quién me dará su licor seminal?

—No... Quiero aguantar un poco más...

—Qué malo que eres. Tendré que darte más fuerte. Tendré que follarte más rápido... así... así...

—Uaaaaaaaaaaa.

\*

—¿Por qué un elefante no puede viajar?

—Porque la huella digital no le entra en el pasaporte.

—Gracias a todos, y hasta otro día.

Cuando Dante acaba la actuación, conecta su móvil, que borbotea con treinta y siete llamadas de la frondosa Luz. Tal arrebató no profetiza ni indiferencia ni banalidad.

—Sí.

—Dime.

—¡Ven a casa corriendo, ven!

—¿Qué pasa?

—¡Ven, por Dios..., ya!

—¿Pero, dime que pasa? ¿Se ha hecho daño el niño?

—No, tranquilo, pero ven ya, por Dios.

Dante recorre al galope tendido la mínima distancia, y le pasan mil cosas por la cabeza. El tono de voz de su novia ha sido apremiante como nunca antes. No tiene ni idea de qué puede estar pasando, pero no es nada bueno. Según le ha dicho, puede descartar que al niño le haya sucedido algo malo. Sube las escaleras como en una pesadilla y parece que no avance. Parece que cada vez haya más peldaños. Quiere y teme llegar.

Cuando por fin entra en su casa, ve a una Luz astrosa y semidesnuda, mostrando a su cliente. El hombre está en la misma posición, con la cabeza sobre el respaldo del sofá y en un improbable e infame despatarre en genuflexión.

—¿Qué le pasa?

—¿No lo ves?

—Está...

—Muerto, Dante, está muerto.

—¡No me jodas!

—Pues sí... ¡Qué putada!

Dante piensa, pasándose ambas manos temblorosas por la barbilla.

—¿Dónde está el niño?

—Se lo queda la vecina hasta mañana.

El cómico se sube al sofá para verle la cara al cadáver.

—¿Es...?

—Sí. Lo es.

—No... lo puedo creer.

—Pues lo es.

—¿Es el alcalde o me lo parece a mí?

—Lo es.

—¡Me cago en la puta!... Esto huele a mierda. Recoge lo tuyo y lávalo o lo tiras. Deja su ropa preparada. Dúchate y vístete.

—¿Qué haremos Dante, por Dios?



—No lo sé. Todavía no lo sé, Luz.

La situación es tan enojosa, intrincada y ardua que engulle todo atisbo de calma, y la breve astucia de Dante Salmón, que está ahora sentado y mirando fijamente al prócer conservador. El alcalde, de misa diaria y férreas convicciones... ¿Qué hacer?... Dante necesita ahora más coraje que el que precisa para contar chistes malos. Mucha más sangre fría. La situación es impenable. Cada minuto que pasa convierte este escenario en una pesadilla más atroz... Dante se levanta súbitamente, móvil en mano.

—Hola, soy yo. Tienes que venir a mi casa. Sí, pero completamente solo. Algo jodido de verdad.

»No, en tu coche no. Sí. Te pagaré lo que quieras, te lo juro... Es un lío de la hostia. No te pediría esto si no fuese imprescindible... Ya lo sé... Tío, si no vienes se forma un puto jaleo y puedo acabar jodido de verdad..., por Dios. No lo sé. No lo sé... Sí.

Dante y Luz reordenan el caos provocando un desbarajuste, y cambian las cosas de sitio reorganizándolas sin estrategia. Es un moverse anárquico e infecundo. Pura neurastenia baldía. Es como quitar el polvo cuando ha explotado una bomba de neutrones.

El timbrazo les sobresalta. Oyen cómo Domingo sube los siete tramos de escaleras. Cuando entra en la casa y ve el panorama, se viene abajo.

—¿Pero qué coño es esto? ¿Qué le habéis hecho?

—Es un cliente y ha muerto de repente.

—Luz estaba con él y mira cómo se ha quedado.

—¿Pero qué hace del revés?

—Cada cliente tiene sus gustos..., es así.

—Domingo, cálmate y te cuento la idea que tengo.

—¿Cómo quieres que me calme con este señor aquí muerto, desnudo y en esta puta pose?

—Primero hay que vestirlo, Domingo.

—¿Tú sabes lo difícil que es vestir a un muerto gordo así, y además con las piernas separadas?

—Tenemos poco tiempo. Venga, los vecinos se levantarán en un par de horas. Súbete la camilla.

De cómo voltean, rotan, regiran y caracolean al muerto, mejor no dar detalles.

—¡La hostia!... ¿Se ha peído?

—Sigue, sigue... ¡cojones!

Una vez vestido como una figura de museo de cera, sientan al alcalde en la silla oruga e inician el difícil descenso.

—Este tío no cabe en esta silla.

—Pues a llevarlo en una sábana. Por aquí no pasa la camilla.

—Pues se nos va a caer.

—Para, para, para... Si se sigue dando de hostias con la cabeza despertaremos a todo el vecindario.

—¿Pero cómo bajarías a un vivo?

—Coño, mejor, porque el vivo, quieras que no, contrapesa. Descansemos.

—Sí, los cojones... ¡Tira!

—¡Joder!

—Pues sí, jodiendo la ha espichado.

—No puedo más, te lo juro.

—Pues nada, lo dejamos aquí y vamos a tomar un café, si te parece.

—Venga, sigamos.

Después de unos esfuerzos hercúleos y la bendición de no ser vistos, la ambulancia de Domingo arranca, con la desmadejada Luz en el asiento delantero y Dante al lado del derribado y despanzurrado alcalde. Pronto amanecerá. No hay tiempo que perder.

Recasens y el jardinero Tato están frente al nicho de segundo nivel del columbario nuevo. Las lápidas son cuadradas y, una de ellas, inopinadamente, está al revés. La cruz y «Familia Saula-Vinaroz» cabeza abajo.

—Ya te digo que esto siempre ha estado bien.

—No sé, Tato. Igual no te habías fijado hasta ahora...

—Mira, Recasens. Si me dices a partir del tercer nivel, vale, pero tan bajo... ¿No ves que al barrer me los sé de memoria? Además, de los nichos que están a su vista, las viejas me cuentan mil historias.

—Realmente, una lápida al revés... molesta a la vista. No lo entiendo. ¿Sabes algo de los que están enterrados aquí?

—Creo que fueron los fundadores de piensos Atesol... Me parece. Y algún hijo, puede. Míralo en el historial.

—Pero ¡hostia!, esto tiene que estar así desde el último entierro. Está apartadito y se te ha pasado por alto, Tato.

—Bueno, lo que digas, pero no. Te digo que es imposible que no me hubiese dado cuenta.

—¿Entonces, magia negra o alguna putada de esas? Porque si es como tú dices, estaba del derecho y ahora está del revés... Cuéntame tú a mí de qué va esto.

—Ni la más mínima idea.

—Vale. Si eso, la semana que viene lo picamos y lo ponemos bien. Hay que pedir permiso. Es que no se entiende, vamos. La madre que me parió.

Tato no tiene la menor duda de haber visto la lápida boca arriba, y una cierta agitación le mordisquea el ánimo. Es el columbario más nuevo y recóndito del cementerio. No más de treinta años. De una lápida invertida emana algo burlesco y de secretismo gótico.

Cuando la esposa del alcalde llega a la iglesia y ve el cadáver de su marido sentado en la bancada, se pregunta por qué tiene las piernas tan separadas y tan tercamente agachada la cabeza.

—Debe de ser del mismo infarto señora. Con su permiso, diré que se lo lleven ya. El juez ha levantado el cadáver.

—¿Por qué Dios se lleva a alguien que está rezándole?

—Es injusto, señora, es injusto.

—En una iglesia nadie debería sufrir un infarto.

—Dios lo ha querido cerca...

—Sí, que se lo lleven ya... ¡Qué espanto!

La radio da a conocer la noticia:

El Ayuntamiento comunica el fallecimiento, a causa de un infarto de miocardio, del alcalde Bryson, mientras se encontraba rezando en la iglesia parroquial Nuestra Señora de la Ascensión, de la que era fidedigno fiel, feligrés y devoto. El alcalde ha sido hallado esta mañana, por lo que se cree que pudo fallecer...

Mientras escuchan la radio, la voluptuosa Luz, tumbada en el sofá —sin plástico—, instila los jugos de su entrepierna a la avidísima lengua de Dante.

... y padre de familia ejemplar, el alcalde Bryson ha fallecido en la iglesia a la que acudía fervorosamente a diario. Después de la misa *corpore insepulto*, el alcalde será incinerado en la más estricta intimidad familiar.

Luz, agotada, estalla en un orgasmo explosivo y tembloroso.

—Hay que ir a por el niño.

—Voy.

\*

Recasens se advierte turbado por la lápida invertida, y brujulea en su móvil sobre ritos satánicos, magia negra y sus lóbregas dimanaciones. Cuando la curiosidad se deja acentuar por ciertos temores, el sentido común se resiente y puede fondear en parajes excéntricos. Recasens nunca habría imaginado que alguien tirase por la tapia de un cementerio una bolsa con un limón en avanzado estado de descomposición y repleto de alfileres clavados, ni que se

hiciesen sesiones de espiritismo con recipientes rotos llenos de un amasijo oscuro y maloliente, con algún tipo de semilla.

¿Por qué alguien ha puesto la lápida al revés? ¿Qué puede denotar? ¿Qué maléfico conjuro entraña tal dislocación? Recasens no da con casos parecidos, y tendrá que esperar a tener el pertinente permiso para recolocar el enigma marmóreo. En su navegación, alcanza las tenebrosas lindes del robo y la amputación. Por lo visto, a Rasputín, el monje loco que tanta influencia tuvo sobre la zarina, le robaron el pene una vez enterrado. Ni tan atávico, ni tan lejano culturalmente, fue el robo de los restos de Evita, que no aparecieron hasta catorce años después. Pero lo que al enterrador le suscita quizá más asombro es el robo de las manos del cadáver de Perón en el cementerio de Chacarita.

Charles Chaplin había muerto hacía apenas tres meses, la noche de Navidad de 1977, cuando dos ladrones se colaron en el cementerio suizo de Corsier-sur-Vevey y robaron su cadáver. Le pidieron a la viuda un rescate millonario. La policía pinchó el teléfono de la mujer y fueron detenidos rápidamente. Recasens apaga el móvil y engrana de nuevo extrañas cavilaciones al pensar en la lápida boca abajo, y, por primera vez, arría de su entendimiento algunas sospechas, puede que ingenuas.

El enterrador cierra la verja del cementerio. Les deja solos. Hoy quizá más.

Pedro Munes tiene cuarenta y siete años recién cumplidos y está casado con Serena, que es la sobrina menor de un archimandrita griego. La juventud de Serena tuvo un argumento tortuoso porque su padre falleció en accidente de automóvil. Pedro la conoció en la Plaka de Atenas, en un viaje turístico, y viven y trabajan juntos desde hace catorce años. Ni Pedro ni Serena se caracterizan por un físico especialmente agraciado, ni por habilidades peculiares, pero sí por la laboriosidad, la constancia y el tesón en el trabajo. Pedro ha estudiado cuatro cursos de historia, centrando su tesis final en la dramática existencia de los ingusetios. Serena trabajó como guarda forestal en Patrás. Ambos se adoran y forman un equipo emocional y humano compenetrado. O eso creen.

—Arriba, dormilón.

—Ummm... ¿Qué hora es?

—Las siete. Venga, ánimo cariño, que hoy habrá jaleo.

—He tenido una pesadilla. Una mierda de pesadilla.

—¿Qué has soñado?

—Que no tenía dientes.

—Buena señal.

—No, es mala señal. Eso he oído.

—Pues a la ducha, con mala señal y todo.

En algo más de media hora, Pedro y Serena suben la persiana, abren las puertas y lo disponen todo.

—¿Te encuentras bien?

—Que sí.

—Si te mareas, me lo dices. No te hagas la valiente.

—Solo es la regla, pesado.

—Dame un beso. ¿Me quieres?

—Estás pesadito, ¿eh?

- Soy pesadito, pero ¿me quieres?
- Que sí.
- No, que sí no..., dime si me quieres.
- Te quiero. ¡Venga!
- Me lo dices mecánicamente.
- Pues imagínate que soy tu robot.

Pedro revisa la puerta frontal del horno, que es la que permite el acceso a la cámara de cremación. Abre y cierra para probar los cilindros oleodinámicos. Comprueba la bomba de accionamiento manual para situaciones de interrupción de corriente o avería del grupo de bombeo.

- ¿Qué día comemos con tu madre?
- Pasado mañana. En principio, pasado mañana.
- Vale, pues ya veré cómo me organizo.

La puerta de descarga de cenizas se abre manualmente y está limpia. El dedo de Pedro pasea delicadamente por encima de los pulsadores, contactores y temporizadores. Serena coloca los ramos que cada dos días le hace llegar la anciana del Centro Floral. En el modo automático se dispone de tres programas de cremación:

Programa 1: cremación de cuerpos pequeños o restos de exhumación.

- Vale, pues llevamos postres.
- No, que a mi madre no le conviene el azúcar.
- Vale, pues vino.
- Menos aún.
- Joder..., pues le compramos un frasco de omega 3.

Programa 2: cremación de cuerpos normales.

- Unas flores. Llévale unas flores.
- Pues unas flores.
- Pero las de aquí no valen.
- ¿Qué más da?
- Que no quiero flores de aquí.

Programa 3: cremación de cuerpos gruesos o cremaciones especiales.

—¿No sería mejor comer con tu madre el sábado?

—¿Por qué?

—Porque pasado mañana voy al peluquero, pero si eso, lo puedo cambiar.

—Ya miramos. Creo que ya llegan. Enciende.

Al cabo de una hora, el alcalde Bryson arde a casi mil grados de temperatura. Quemado el féretro, su cuerpo se contornea, diríase que redivivo. Pedro lo observa por el mirador. El motorreductor machacará después los restos hasta convertirlos en cenizas para que se cumpla el *pulvis est et in pulverem reverteris*.

—Da igual, iré a la peluquería la semana que viene.

—Vale.

—¿Qué hará tu madre?

—Pollo al ajillo. Como a ti te gusta.

—¡Bien!... Viva mi suegra.

\*

Recasens ojea el periódico en su despachillo y, siempre que las hay, clava la vista en noticias relacionadas con su cometido:

Un cementerio de la localidad turca de Maçka tiene una pierna sin identificar de uno de los 75 miembros del pasaje del avión Yak-42 —entre ellos, 62 militares españoles—, siniestrado en 2003.

El hallazgo se ha producido después de que un familiar de las víctimas del Yak-42 solicitara en enero, al Ministerio de Defensa, que preguntase a las autoridades turcas sobre si aún permanecían restos de personas fallecidas en el accidente en territorio turco.

Fuentes oficiales aseguran que «en su respuesta, recibida en la Embajada española en Ankara, las autoridades turcas han comunicado que una extremidad inferior, cuya identificación no pudo determinarse en su momento, fue enterrada en el cementerio de Maçka el 24 de julio de 2003».

El Ministerio de Defensa ha instado, ante la Audiencia Nacional, a la apertura de un proceso de cooperación judicial con Turquía para verificar la existencia de esa pierna.

Recasens se reclina en su silla, colocando ambas manos en su nuca, mientras oye de fondo el bolero del nicho maternal, más sintiendo que meditando. Absorto.



*Tú olvidas tu pena bailando y llorando,  
fingiendo reír,  
y el frío de la noche castiga tu alma  
y pierdes la fe.*

¿Cómo se sabe si uno está absorto o atónito? En realidad, es muy difícil determinarlo por la naturaleza laberíntica de ambos estados. Imaginemos el planeta observado a distancia y preguntémonos si hay más personas absortas o atónitas. ¿Qué es mejor? Parece que no hay ni ciencia ni conciencia que lo puedan calibrar. Recasens tiene entierro.

Después de arreglar la buganvilla de la ermita, Tato iguala el caminillo de guanabanas que culmina con dos ágaves azules. Observa cómo traen las cenizas del alcalde y cómo la familia espera frente al mausoleo. En la parte superior figura, en ennegrecidas letras metálicas, el *Requiescat in pace*. Se abren las rejas chirriantes y Adel y Recasens esperan fuera.

La viuda viste un luto severo que, gracias a su natural elegancia, le favorece. Los hijos, en cambio, van como para coger un interrail o sacarse un curso de náutica. Detrás se arremolina toda la corporación municipal, con sus trajes negros y sus bandas rojas de concejal. Como una tuna sobria. Hablan tan flojo que nadie espera respuesta. Seis municipales de gala forman frente al mausoleo. Uno se rasca una pierna y el sargento le mira mal. Hay vecinos variados y curiosos subalternos. Dos niños corretean y su padre les dice: «¡Basta!», y ellos le miran sonriendo.

El cura llega tarde, acelerado, levantándose la sotana y al trote.

—Perdón, hijos... Señor, te encomendamos el alma de tu siervo, y te suplicamos, Cristo Jesús, Salvador del mundo, que no le niegues la entrada en el regazo de tus patriarcas, ya que por ella bajaste misericordiosamente del cielo a la tierra.

El perro ladra a lo lejos. El alcalde accidental se suena.

—Reconócela, Señor, como criatura tuya; no creada por dioses extraños, sino por ti, único Dios vivo y verdadero, porque no hay otro Dios fuera de Ti ni nadie que produzca tus obras.

Los niños son seriamente amonestados por el padre. Se ríen y uno de ellos estornuda. Una señora con gafas de sol, y rubia platino, saca del bolso jabón en gel y se refriega las manos tan exhaustivamente como si fuese cirujana.

—Llena, Señor, de alegría su alma en tu presencia, y no te acuerdes de sus pecados pasados ni de los excesos a los que le llevó el ímpetu o ardor de la concupiscencia. Porque, aunque haya pecado, jamás negó al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo; antes bien, creyó, fue celoso de la honra de Dios y adoró fielmente al Dios que lo hizo todo.

La viuda siente una levísima inquietud por lo de la concupiscencia y se acaricia con la dentadura el labio inferior. La urna, con las cenizas del alcalde, se coloca sobre el minúsculo y floreado altar, entre los seis nichos interiores. Los más curiosos se asoman para observar la funeraria resultante en su conjunto. Miran el interior del mausoleo como quien corrobora finitudes. Un anciano calvo, con un bastón con perro en la empuñadura, se persigna tan repetidamente que los niños le imitan. Poniéndose de puntillas, curioseaba también el secretario del Ayuntamiento, que ignora que tiene metástasis.

Como dice Barbara Ehrenreich, pensamos que hay un pecado que ha llevado a los vivos a la muerte. Es como si creyéramos que cada muerte es en el fondo un suicidio porque la persona hizo algo mal. Antes pecado y ahora malas costumbres, que es la versión moderna.

Se recierra el panteón y deambula el séquito. En el cortejo no se sabe si la viuda anda o la llevan sus acólitos en volandas.

A lo lejos, como siempre, Tato saluda a las viejas.

—¿Qué me cuentan hoy?

—La historia de un enterrador que se llamaba Montes.

—No sabemos si es leyenda, pero de ser cierto, están enterrados en el 786.

—No, en el 768.

El señor Montes estaba locamente enamorado de Luisa. La bella Luisa. La más bella de por aquí. Montes llevaba más de quince años perdidamente enamorado de ella. En silencio, que ella estaba casada y tenía dos hijos.

Montes se turbaba al ver sus bellas facciones y su cabellera negra. Su andar y su sonrisa. Le vibraba el alma de deseo y, a veces, había llorado solo en su casa. Montes se había casado infelizmente y tenía una hija monja.

Cuando veía a Luisa por la calle, imaginaba cómo hubiese sido su vida con ella. Fabulaba con lo imposible y se dejaba llevar por conjeturas de felicidad plena. Mil veces se sentó en su portal para verla pasar. Sus caderas, su cuello y sus alargadas manos de cartílagos perfectos. Montes sufría el caminar de su amada al saberlo instante breve. Así, durante quince años.

Si en el casino algún forestal hacía referencias lascivas hablando de Luisa,

Montes sentía el dolor del amante ofendido y la vergüenza de su género. Él la quería con deseo, sí, pero la adoraba, además, con platónica dolencia.

Montes era sepulturero y ambidiestro. Enterrador y lateral del equipo de fútbol comarcal. Con similar destreza tapiaba un nicho como se iba por la banda. Si eventualmente hacía un buen pase..., se lo dedicaba a la bellísima Luisa.

Su esposa le había dicho alguna vez que sus nostalgias eran tratables. Que su apaciguado comportamiento podía mejorar con ayuda médica. La navidad era lo peor. Se ensimismaba mirando por la ventana. Ni la espesa niebla le impedía vislumbrar la casa de Luisa al otro lado del pueblo. Como un perro esperando al dueño. A gusto habría aullado para tragarse el dolor reprimido en su garganta.

Luisa murió una tarde de enero. Un camión la atropelló al cruzar la carretera comarcal. Fue un golpe seco y sin destrozos. Su belleza destellaba en el ataúd. Montes y su aprendiz empujaron la caja nicho adentro, entre los sollozos de los presentes.

Las dos viejas tienen a Tato magnetizado. Saben que duda de la veracidad de sus recuerdos, pero siguen hilvanando la historia con entusiasmo.

En pocos minutos, el sepulcro estaba sellado y el cementerio, vacío. Empezó a llover. Montes se caló la boina mirando fijamente el nicho. En el suelo, todavía el cemento restante y las herramientas.

Cuando a los dos días llegó el marmolista, observó notables irregularidades en la argamasa y algunos bultos con mala forma en la sepultura. Como extrañamente manipulado. Lo atribuyó a que quizá la fuerte tormenta impidió el fraguado. Alisó de nuevo el cemento como pudo, y colocó la lápida: Luisa Monforte, D. E. P.

De Montes jamás se supo nada. La Guardia Civil dejó de buscarle un año después. Por cierto, las herramientas también desaparecieron misteriosamente.

Tato escucha a las viejas apoyando su barbilla en la altísima escoba:

—¿Y cuando enterraron al marido no se descubrió todo?

—Entre enterradores hay un extraño silencio que es casi misterio. Qué sabemos nosotras. Es una sepultura alta y, por lo que sea, no se dijo nada.

Las viejas remiran el cielo, quizá disimulando ante Dios.

—Están en el nicho 786.

—No, en el 768.

Una mujer casada y joven tiene que observar, si no quiere que le acontezca algo que pueda redundar en su perjuicio, una conducta tan estrictamente rigurosa como la que por obligación se impone a una soltera que no haya cumplido los veinticinco años. Es más: aún tiene que obrar con más cautela y con previsión más exquisita, porque, si la soltera puede, al dar un paso en falso, comprometer su buen nombre, una casada expone al ludibrio público el suyo y el de su marido, que será, o que es, el de sus hijos, si los tiene.

Deva está escribiendo un libro sobre la mujer en la dictadura, que dedica a su fallecida abuela. Lleva meses inmersa en tratados y publicaciones sobre tan aciago universo. No pueden faltar las admoniciones de la condesa Collalto:

El que llama a su puerta puede ser uno de esos pretendientes que no les faltan nunca a las mujeres bonitas, y no es conveniente que se exponga a oír declaraciones que no han de ser gratas a sus oídos.

Deva escribe sobre una mesa de caoba frente al doble ventanal del salón menor. A su derecha, suplementa el conjunto una extensión funcional colmada de libros y textos. En las dos pantallas del ordenador baraja, asigna y promedia cada una de las frases que van surgiendo en las largas horas de brega.

Delimitan la mesa un plumier de madera con cuatro estilográficas, una enorme máquina sacapuntas y una grapadora infantil.

El salón concilia una alta estantería saturada de libros y dos butacas Kave Home frente a la chimenea metálica.

Puesto que al teatro se va a oír, no se debe hablar. Si se hace, que sea en voz baja y de modo que no se incomode a todos los demás. Las que tienen la costumbre de comer dulces o bombones durante toda la representación deben perderla, entre otras cosas, porque se echan a perder el estómago.

Sobre joyas como estas, Deva enlaza esquivas de «Franquismo y sociedad», «Las rapadas» o «Las mujeres en la guerra». Después llega el desvelo y el esmero de la aportación y la perspectiva propia, tanteando los extenuantes parajes de la originalidad. A sus elegantísimos cuarenta y ocho años, Deva es perfeccionista y minuciosa.

Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los cobardes rojos lo que significa ser hombre. Y, de paso, también a las mujeres. Después de todo, estas comunistas y anarquistas se lo merecen. ¿No han estado jugando al amor libre? Ahora, por lo menos, sabrán lo que son los hombres de verdad y no milicianos maricas. No se van a librar por mucho que forcejeen y pataleen (Gonzalo Queipo de Llano, militar golpista).

Hasta tal punto se inunda su subconsciente de tanto flirteo histórico que hay noches en las que las pesadillas bullen en tan catastrófico pasado. Es como revivir lo no vivido, y como si le estuviera sucediendo lo que a otros. Hasta que despierta exhausta.

—A mí me va bien el miércoles, si hace buen tiempo.

La portada del libro será una fotografía de Deva junto a la sepultura de su abuela, a la que una bala perforó la cabeza. Murió casi dos horas después en una enorme mancha de sangre hirviente de color corinto, sin que nadie se atreviese a socorrerla por miedo a los francotiradores. Se oían los disparos de algún «paco», de vez en cuando, y el sonido de la fuente de la Plaza Mayor. Desde alguna vivienda, alguien rompía la mudez: «Hijos de puta, cobardes de mierda, desgraciados».

Te freían desde los tejados y muchas personas lo atribuían a la Quinta Columna. Lo cierto es que estas personas disparaban desde allí porque pensaban que los nacionales iban a entrar muy pronto en la ciudad.

Por lo general, eran militares sin destino o agentes de la policía que habían sido declarados «desafectos» por las autoridades republicanas.

Su abuela murió asesinada después de servir como asistente toda su vida, para mantener a sus tres hijos. No vio el final de la guerra, ni la dictadura. El abuelo la había abandonado al nacer la madre de Deva. Morir violentamente en una guerra inacabada tiene algo de embajador del porvenir, anticipándose así a las miles de muertes venideras.

Hay un capítulo en el que reflexiona sobre cómo unas muertes evitan aleatoriamente otras muertes. Cuando la bala disparada por el francotirador mató a su abuela, había más gente en la plaza. El cráneo de aquella mujer alojó el proyectil que no mató a nadie más. No mató a su amiga, que estaba junto a ella, ni a ninguno de los niños que jugaban en la plaza. Su herida mortal y su estallido cerebral fueron, en ese instante preciso, salvíficos. Si este razonamiento lo llevamos a parajes exponenciales, podríamos decir que todos los que mueren en una guerra salvan a los que no mueren. Cuantos más mueran, más vivos están los supervivientes. ¿Cuántos muertos por cuántos vivos? ¿Cuántos padres implorarían para sí la bala que mató a su hijo? Al acabar una guerra, los que sobreviven lo hacen sobre «rastros de difuntos, y sin calor de nadie y sin consuelo», como dijo el poeta.

Deva también hace referencia en el tratado a la falta de memoria generacional. El drama de una contienda y la trágica paz que le sucede solo afectan a dos generaciones. Los nietos ya son de un mundo en el que lo que sucedió se desvanece, se disipa la hambruna y la metralla nunca estalló. La tragedia se convierte en materia aburrida de tediosos bachilleres, que solo sueñan lo que la publicidad y la apatía les enseñan a soñar.

\*

Recasens solo mira sin decir nada. Tato se agarra a su escoba como a una muleta. Dos hombres perplejos. Están de nuevo en la sombría agrupación de nichos nuevos. A lo lejos, suena la música.

*Y así pasan los días,  
y yo, desesperando,  
y tú, tú, contestando,  
quizás, quizás, quizás...*

—¿Cómo lo ves?

—No tengo explicación, Tato. No me jodas.

—Pues por eso te he hecho venir. ¡Esto es la hostia! ¿Lo ves?, yo tenía razón.

Recasens le hace una foto al nicho de los Saula-Vinaroz, que, inconcebiblemente, tiene la lápida de nuevo del derecho.

—¡Cojones, y la madre que nos parió!

Recasens pasa el dedo por la junta de la lápida.

—Pues está claro que alguien la ha manipulado.

—Alguien ha abierto el nicho, por lo que sea, y, al cerrarlo, se equivoca y pone la lápida al revés.

—¿Y... luego se da cuenta y corrige el fallo? Tato, dime lo que se te pasa por la cabeza.

*Compañeros en el bien y el mal,  
ni los años nos podrán pesar,  
amorcito, corazón,  
serás mi amor.*

—Dime tú lo que se te pasa por la cabeza.

—Lo que está claro es que han abierto el nicho.

—Si no, ¿para qué sacar la lápida, Recasens?

—Es inverosímil. Unos locos, o una secta, o una gamberrada rarísima... Es acojonante. Da miedo.

Recasens tantea una aleación mental de indicios, conjeturas y recelos.

—¿Y ahora, qué coño hay que hacer, Recasens?

Recasens se acerca dos dedos a la boca y lanza un silbido tan ensordecedor que hace desjuntar a tres gaviotas somnolientas.

Al minuto, llega Adel con expresión interrogativa.

—Dígame.

—Dime tú. ¿Qué pasa con esta lápida?

—¿Qué pasa?

—Te lo pregunto yo, Adel. ¿Qué ha pasado aquí?

—No comprendo lo que quiere decir...

—No me jodas.

Tato abandona discretamente la escena simulando tener trabajo. «A saber si las viejas han visto algo», piensa.

—¿Yo no le jodo, señor Recasens! ¡Es que me trata como si hubiese hecho algo mal!

—¿Y no has hecho nada mal?

—¿Dígame usted lo que he hecho mal!

—Venga, vete a por las herramientas y el material, que vamos a abrir este nicho.

—Vale, pero a mí no sé qué me dice.  
—Te digo que aquí ha pasado algo muy raro.  
—Si me culpa de algo, no me haga trabajar más y me voy.  
—Tú no te vas. Trae la carretilla y el material. Si no has hecho nada, no tienes de qué preocuparte, ¿no? Venga, yo te espero aquí.  
—Es que no entiendo nada. No sé ni qué me pregunta, ni por qué me lo pregunta.  
—Pues no te apures.  
—¿Cómo quiere que no me preocupe, señor Recasens? Por más que yo me comporto, parezco culpable de algo y me pide que le diga no sé qué hostias y toda la mierda.  
—Habla bien... No te apures. Qué sé yo. Venga, tráete el material, que puede que no tengas nada que ver. Va, perdóname.  
—Voy.

\*

Deva posa ante el nicho del tercer nivel en el que descansa su abuela. El fotógrafo quiere captar proximidades y ciertas distancias... Las dos consumidas abuelas lo observan todo, sentadas en su banco.

Deva coloca su mano sobre el cristal y ensaya una mirada así como *ab absentia aeternitatis*. Tras el cristal, una pequeña bandera republicana descolorida y el nombre de su abuela: Débora Díaz Támara. Su abuela, y ella misma, llevan el nombre de una profetisa bíblica que fue, además, la única jueza que tuvo Israel en la Antigüedad.

Una de las viejas del banco invoca con su nervuda mano a Deva, para que se acerque.

—Aquí está la joven a la que mataron en la Plaza Mayor.  
—Sí, señora. Era mi abuela.  
—¡Qué guapa eres! ¡Siempre me dijeron que ella también era muy bella!  
—Solo tengo una foto, pero es en grupo y apenas si se la ve.  
—Hay algo, que si tú quieres...  
La otra vieja protesta en tono de reprobación.  
—¡Deja a la chica!  
—Que ella decida...  
—Déjala en paz.



—¿De qué se trata? ¿Por qué tanto misterio?

—Ayúdame a levantarme, guapa.

—Mira que eres tozuda.

—Me agarro a tu brazo, al bastón, y vamos a caminar un poco. ¿Cómo te llamas?

—¿Quieres dejar a la chica?

—Deva..., de Débora.

—Pues vamos, Deva.

—No sé por qué te entrometes...

—No le hagas caso Deva, vamos.

Dejan el paseo central y se adentran en los columbarios de San Patricio, donde a esta hora ya no alcanza el sol. Los nichos palidecen desolados en el estrecho callejón. Siguen andando hasta que la vieja señala un nicho con el bastón. Es un cuarto nivel, con un enorme Cristo crucificado.

—Está aquí.

—¿Está aquí?

—Sí..., aquí.

—Si te consuela, tuvo muy mala muerte. Sacó el estómago por la boca.

Deva no entiende nada.

—¿Quién está aquí?

La vieja solo la mira.

—¿Quién?... No lo entiendo.

Deva mira a los ojos a la anciana. A pesar de su edad, su mirada pervive intensa y con los lacrimales vidriados y vivaces.

—Consiguió escapar al otro bando, pero su vida fue un desastre. Perdió dos hermanos en Rusia y él acabó dándose a la bebida. Su mujer le abandonó y murió solo. Está aquí con sus padres. El padre era inválido por heridas de guerra.

—¿Está aquí? El que...

La vieja asiente.

—Es que no sé...

La vieja la mira y mira el nicho.

—El que mató a tu abuela. Aquí le tienes.

Deva cierra los ojos durante tres eternos segundos.

—Aquí está, Deva. Mató a más de trece desde diferentes edificios. Más luego los que mataría en la guerra y los fusilados cuando la paz, que él

denunció a mucha gente. Aquí le tienes, muerto y bien muerto que está.

Deva imagina un disparo desde este tétrico nicho al de su abuela. Deva lo imagina en vida para poder matarle. Piensa que las siete plagas de la muerte de su abuela tuvieron una dignidad atómicamente más honesta que la podredumbre de su asesino. Muertos los que murieron y los que mataron. Muertos jóvenes, asesinados por muertos viejos, y muertos y remuertos por el paso del tiempo. De una guerra, ni los vencedores se salvan.

Deva llora ante el cadáver de quien mató a su abuela. ¿Cuánto más muerto está su asesino que aquella bella mujer a la que disparó? Uno está más muerto cuanto más tiempo ve venir a la muerte. Su abuela Débora ignoraba la inminencia del súbito final de su vida, mientras que su asesino agonizó reventando por dentro. Justicia poética.

—¿Cómo se llamaba?

—Beltrán. Beltrán Jerez.

El fotógrafo ha seguido a las mujeres a una cierta distancia. Deva le llama y le pide fotos del nicho.

—¿Quién está enterrado aquí?

—Un hijo de la grandísima puta.

—Pues que le den mucho por el culo en el infierno. —Mira a la vieja y dice —: Perdone señora.

—Nada, hijo. Ojalá sea verdad que el infierno exista para algunos como este.

Qué tapiados están los nichos, como resguardándonos de la realidad. Qué cegado el más allá por losas y lápidas. Lo que no se ve no existe, como cuando el niño se tapa los ojos. Como cuando olvidamos. Oscuridad.

Recasens y dos guardias civiles esperan mientras Adel abre el sepulcro de la extravagante lápida giratoria. La tarde ha decidido no ayudar y por eso ha pergeñado cirros, algún cúmulo y la molesta brisa de enfriamiento.

Los hábiles y precisos mazazos de Adel contra la lápida resuenan con ecos burlescos en el columbario opuesto. La sorpresa no se hace esperar y, cuando el muchacho deposita el mármol en el suelo, comprueba que el nicho no está tapiado. Solo dos ladrillos aguantan en su lugar y el resto ha caído en el interior.

—Se ha roto el murillo, señor Recasens.

—Ya lo veo.

El comandante de la Guardia Civil se persigna mirando tímidamente al interior, como si en el más allá no tuviese jurisdicción.

—No se ha roto, Adel, alguien lo ha abierto. Alguien puso la lápida del revés y, tres días después, la colocó bien.

—Pues aquí no hay cadáveres.

—Según el documento, aquí tiene que estar sepultado un matrimonio. Míralo bien, que tienen que estar.

—No hay nadie... Aquí solo se ve el revoltijo este de ataúdes descoyuntados... Pero, ¡cojones!..., si quiere usted un triciclo y un coche de bomberos... Espere, que miro bien. Aquí hay de todo.

—¿Qué coño dices?

—Lo que oye, Recasens, lo que oye. Aquí hay la hostia de cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Qué sé yo? Espere..., parecen juguetes.

—Sácalo todo... ¡Es lo más extraño que me ha pasado en toda la puta vida que llevo aquí! Es acojonante.

En pocos instantes, el resto de los juguetes está ya a los pies de los extrañados agentes.

—Recasens, ¿esto es una sepultura o un trastero?

—Por eso les he llamado, comandante. Por eso les he llamado.

En el informe policial no falta detalle:

... encontrándose semiprofanada la sepultura 416, no hallándose los restos mortales de los difuntos, Sra. Amalia Vinaroz Smith y Sr. Pedro José Saula Dover, y sí, en cambio, esta relación de juguetes:

Triciclo metálico con sillín rojo.

Coche de bomberos grande (sin pilas).

Tres Geyper Man con sus respectivas cajas, con el lema «a la conquista de las más altas cotas».

Muñeco payaso, tocando el saxo (70 cm).

Citroën Tiburón Paya, en su caja (sin pilas).

Colección de 78 ciclistas en bolsa de plástico.

Teléfono de plástico de color verde.

Caja Cheminova envuelta en plástico transparente.

Colección de automóviles metálicos pequeños (36 piezas).

Cámara fotográfica de la que sale una cara de payaso.

Ambulancia Santi Rico con su caja.

Fuerte de madera con bandera americana y bolsa con soldados americanos e indios.

Burro grande con cuatro ruedas.

Optando por trasladar el dicho material a esta Comandancia, para las investigaciones a que hubiere lugar y para conocimiento y efectos del señor Juez.

Recasens entra en su microdespacho y es cuando le tintinea la bujía cerebral. Abre el cajón y, ciertamente..., no está la copia de la llave del cementerio. Las viejas no saben ni han visto nada. El misterio alcanza una cierta ebullición.

—Nada, no cambies la cerradura. Mejor que quien sea entre y salga, y a ver si le pillamos. Si cambias la cerradura, lo tendremos más difícil. Le dejaríamos fuera. Vamos, que alguien que sabía que las llaves estaban en tu cajón las ha pillado para montar este jaleo.

—Lo que digas, comandante.

Las luces del Teatro de la Ópera lucen esta noche como una escenografía real. La luna centellea en las cristaleras de la fachada. Doña Soledad nunca se pierde un *Rigoletto*, ni desde que es cautiva de la silla de ruedas. La acompaña Evarista, que es su asistente devenida confidente y se diría que, en momentos, medio amiga. Ya en el palco, doña Soledad evocará como siempre la vida desmochada por el tiempo, sintiéndose como el mismo Rigoletto, mutilada por fuera y por dentro. La orquesta afina con aflautadas aleatorias y como atiplando. Con sus trémulos binoculares, echa sus vistillas a la ya hirviente platea. Sí, ahí está.

Comienza la ópera y la orquesta aviva el ya senecto corazón de doña Soledad, a la que conmueve la idea de la maldición. Monterone maldice a Rigoletto y al Duque. Pero la maldición solo afecta al protagonista, porque únicamente perjudica si uno es influenciable. Rigoletto se cree la maldición, y así se inicia la profecía autorrealizada.

Epicteto dijo que si algo depende de ti, debes luchar a muerte para conseguirlo. Pero si no depende de ti, debes aprender a perder. Ella tuvo que aprender a perder cuando solo tenía veinticuatro años, hace más de sesenta.

Rigoletto siente rabia por ser deforme, siente rabia por ser bufón. Luego vendrá el *Do* de la tremenda maldición.

Ella se casó atómicamente enamorada de Enri y enloqueció al sentirse amada y amante, deseada y deseosa, seductora y seducida... Nunca ha olvidado las primerizas desnudeces, ni las eternas tardes veraniegas amándose en la impudicia, ni el cielo azucarado sobre los enormes omoplatos de su marido.

Rigoletto solo quiere ser una persona normal que pueda ejercer de padre, como cualquier otro, sin tener que esconder a su hija. Pero le resulta imposible, y quien acabará pagando las consecuencias es, precisamente, su hija Gilda, que está locamente enamorada del Duque de Mantua. Rigoletto le

odia. Gilda le cuenta a su padre que se ha acostado con el Duque, pero al mismo tiempo detesta disgustarle. La música transmite el drama hasta el mismísimo tuétano de doña Soledad.

Hija de un naviero y de una concertista de piano, la jovencísima Soledad encontró en Enri un ser al que idolatraba. Enri, a veces, hablaba tan poco que fondeaba en inquietantes mutismos; pero era enfático y gramatical haciendo el amor, y sorbiendo los elixires y las médulas de la mismísima alma de su esposa. Ella adoraba a ese joven que estaba a punto de ultimar sus estudios de medicina, junto al que se sentía apasionadamente despeñada a la exaltación. Él experimentaba la razón de su existencia al circunnavegar lo más recóndito, física y emocionalmente, de su ardiente mujer... Hasta que apareció ella.

Rigoletto se siente culpable de la muerte de su hija. Es un hombre incapaz de escapar de su maldición.

—¡¡¡Ahhhh, *la maledizione!!!*

Doña Soledad dirige su silla hacia la entrada del teatro, seguida de Evarista. Doña Soledad ha visto, como en tantas ocasiones, a la mujer que hace casi cuarenta años le robó a su marido. Enri jamás se separó de la joven Soledad, pero hasta su muerte retumbaron en él los encantos percutivos de la editora Franchesca Boscano, una bella italiana cultivada y levemente obscena.

Doña Soledad siempre mantuvo las formas, acristalando en sus venas un dolor incandescente. Sus dos hijos padecieron genealógicamente durante años, al calibrar su callado sufrimiento. Enri falleció, hace quince años, de una ictericia inespecífica. Pero, eso sí, doña Soledad nunca ha podido soportar la idea de que su amante Franchesca fallezca primero, y se reencuentre en la paz eterna con Enri. La idea de que la otra se le adelante, le conturba los insomnios.

El elegante público se arremolina fumando a las puertas de la ópera, y se aparta amablemente al ver la silla de ruedas. Vuelta, revuelta, adelante, atrás... La saludan los Remoins, la saludan elegantemente los Bartrina, y educadísimos inclinan la cabeza los Vallespir... ¡Y aquí está la otra! Ella. Tantas veces coincidiendo en la ópera, sin dirigirse la palabra, y aquí está ella también, en su silla de ruedas. Aquí está Franchesca, rodando elegantemente y acaudalando todavía un incontestable encanto. Las dos ancianas, elegantísimas y en sus respectivas sillas escúter, están ahora a no más de diez metros.

Es el momento. Ahora sí... Doña Soledad ordena a Evarista que no intervenga y que, si acaso, neutralice a la asistente de doña Franchesca. La

esposa ofendida acelera al máximo el motor de su silla Titán y choca lateralmente contra la R120 de la nonagenaria doña Franchesca, que, del susto, pierde el abanico. En el encuentro hay tal agarrón que la bellísima peluca de la italiana salta por los aires, ofreciendo al público una calvicie de neonato. En cuestión de un instante, la italiana se zafa y, tomando la iniciativa, agarra a doña Soledad por el pendiente Vasari de su oreja izquierda, que, a causa del rabioso vaivén, empieza a sangrar.

Al público estupefacto le resulta casi imposible separar las dos sillas, cuyos motores encabritados superponen rodaduras y reposapiés. Las dos ancianas han iniciado la fase del abofeteo, sin perjuicio de algún arañazo de efectos rubicundos.

Evarista y la asistenta de doña Franchesca son impelidas a la inacción por parte de ambas contendientes:

—¡Quiieeeeetas!

En imprevisto además, la italiana le cruza la cara a doña Soledad con su bolso *clutch* de latón dorado en forma de concha, partiéndole el labio superior. La reacción no se hace esperar, y la española devuelve los golpes repetidamente con su *clutch* de Saint Laurent. Olvidándose de crianzas y modales, las dos mujeres tiran del bolso de la otra con las menguadas fuerzas de su edad, pero con la virilidad motorizada de sus sillas rodantes.

Dos policías instan a las contendientes a que depongan su actitud y, cuando se diría que el pugilato decrece, doña Soledad blande temblorosa una Browning 1910 niquelada, exactamente igual a la que Gavriilo Princip utilizó en el magnicidio de Sarajevo. La semiautomática no deja de moverse en todas direcciones por el incesante tira y afloja de las dos damas, hasta que se oye la detonación. Disparo al aire.

Todo el público circundante entra en pánico. Muchos gritan, corren los unos y se tiran al suelo los demás, gateando como en un apocalipsis. La multitud asustada aparta y neutraliza a los policías. Un hombre con esmoquin pierde un zapato y cojea como Quasimodo, acabando bajo tres señoras mantecosas y engalanadas. Burguesía y aristocracia perdiendo toda compostura, *charme* y recato. Intentan reentrar a la ópera por la puerta giratoria, pero ya no voltea, porque lo impide una pierna y dos manos. Los aprisionados en la rodadura apenas pueden respirar en tan imprevista intimidad tumultuaria. Se ven caras con narices operadas aplastadas contra el cristal, como rinoplastias al cuadrado.

Todo sucede en un instante. Dos disparos, asesinato y suicidio. Dos largas vidas en cesantía. Las sillas siguen medio moviéndose como autómatas, mientras manan dos menudos manantiales de sangre fuliginosa que acrecientan el espanto general. Las ancianas fallecen cabizbajas y entre sosegados estertores. Exorbitante final gótico para una inusitada velada operística.

Por la puerta de artistas sale una abultada soprano que saluda como una deidad. Ella solo ve fervientes admiradores.

¡¡¡Ahhhh, *la maledizione!!!*

\*

Recasens, Adel y Tato siguen encaramándose a cábalas variadas en torno al nicho juguetero. Esperan noticias de la Guardia Civil para saber quién ha sustraído los cuerpos y quién tiene las desaparecidas llaves de repuesto. Siguen sin digerir lo sucedido. Por si fuera poco, el hijo de los padres desaparecidos ha interpuesto una demanda. Pero la vida y la muerte continúan.

Hoy hay que abrir y vaciar el 568 porque se ha agotado la concesión y por impago. Como siempre, se le comunica al titular del derecho mediante carta y, si no contesta, se le envía una segunda carta certificada. Luego, se publican los nombres en dos diarios de tirada nacional y en el Boletín Oficial del Estado. Si no hay respuesta, se procede a la exhumación. A Recasens no le gusta nada tener que echar osamentas a la fosa común. Le parece una degradación y un cierto ultraje *post mortem*. La fosa ocupa casi toda la separación entre los columbarios y el muro exterior del cementerio. Adel da los tétricos golpes de maza en el nicho de quinto nivel.

Desde su banco, las dos viejas observan el trasiego con nostálgico desaliento.

—Las familias de estos dejaron de pagar porque se fueron de aquí. Seguro.

—Se van y luego se olvidan de los muertos.

—Algunos vienen muchos años después y se encuentran la sepultura vacía. Y dicen que cómo puede ser, y que si patatín y que si patatán.

—Ahora sacarán a Donato, a sus padres y a su señora, que en gloria estén.

—¿Donato era el que tenía el don de encontrar agua bajo la tierra?

—Él era. Zahorí se le llama. Según decían, siempre encontraba agua a mayor o menor profundidad. Donato siempre se detenía donde se le cruzaban misteriosamente las varillas y allí pocebaban. Por lo visto, siempre encontraban



buenas vetas y minas fluyentes.

—Neni, su señora, nunca gozó de buena salud, pero le sobrevivió. Tuvo un problema con los hijos porque no se le ocurrió mejor cosa que regalar campanas nuevas a las parroquias de la zona. Los curas, al saberlo, ya iban a su casa a pedir por una espadaña, una de capacete o un dedal. Neni se gastaba un piadoso dineral con cada sacerdote petitorio. El escándalo familiar fue desmedido cuando se supo que muchas de las donaciones no se tornaban en campanas, sino que iban a parar a los avarientos bolsillos del mismísimo obispo. Los hijos incapacitaron a su madre por prodigalidad, y ella tuvo tal disgusto que la enterraron poco después.

—Ya ves tú, y ahora, carne de fosa común.

—Se ve que el padre de Donato murió de la búa, de tanto visitar el lupanar de la caribeña. Tenía tantas rojeces y pústulas en el cuerpo que los últimos seis años no salió de casa. Por lo visto, su esposa, doña Marta, decía al vecindario que su marido se creía otra persona y que le consumía la nostalgia. La mujer pensaba que era mejor tener un marido loco que putero.

—Marta tuvo la suerte de tener a su amiga Blanca. Dicen que nunca se había visto a dos mujeres tan amigas, y que se diesen tanto apoyo y tanta comprensión, las pobrecillas. Sería una amistad de las de verdad, sin mascaradas ni fingimientos.

—Será que no hubo habladurías. Yo creo que ellas dos creaban un mundo aparte. Blanca y Marta. Y no será que no las quiso separar el enfermo de su marido putero. ¡Lo que llegó a llorar doña Marta, a veces por pena y a veces por algún moratón! Ellas dos eran dos flores cerca del mar y, cuando se separaban, según se decía, se marchitaban. Blanca y Marta.

—A Blanca la incineraron y Marta entró al mar con sus cenizas. Las esparció muy lentamente a su alrededor y estuvo horas y horas en el agua. Más que esparcir sus cenizas, dejó que la levísima brisa de aquella tarde se las hurtase durante horas.

—El que fue de órdago fue el hermano mayor indiano de Marta, que se marchó a vivir al Uruguay. Para pagarse el viaje vendió todos los muebles de la casa de sus padres. Les dijo que venían a llevarse los muebles porque había conocido a un fabricante que trabajaba a muy buen precio y que por la tarde traerían los nuevos. Se ve que dijo: «Estos muebles son viejos y quiero que viváis como reyes».

—Unos operarios cargaron todo el mobiliario en carretas y se lo llevaron.

Los muebles nuevos nunca llegaron, y él se fue a Montevideo. Quince años después regresó casado con una india de trenza larga.

—Por mancillarla.

—Mira..., mira, ya los han sacado. Madre mía. Esto no debería pasar.

—Es un remorir.

Las viejas se persignan.

Una ventisca súbita y breve agita los cipreses.

Adel y Recasens hacen bajar la plataforma porta féretros con bolsas deformes que acabarán en compañía de los difuntos desheredados. Adiós para siempre a las «escondidas amapolas, clavelinas, magarzas y brezos» tan unamunianos.

Hoy, Recasens les dedica la música que suena en el nicho de su madre:

*Mujer...  
si puedes tú con Dios hablar,  
pregúntale si yo alguna vez  
te he dejado de adorar.*

*Al mar,  
espejo de mi corazón.  
Las veces que me ha visto llorar  
la perfidia de tu amor.*

\*

Lucas tiene cincuenta y nueve años y, debido a una cierta discapacidad, se gana la vida vendiendo cupones benéficos. Los médicos le han contado que su timidez puede ser genética, porque hay niños menores de un año que manifiestan comportamientos tímidos. Le han dicho que su timidez puede ser una conducta aprendida familiar. Los médicos también le han dicho que si una persona tímida es objeto de burlas, intimidaciones o humillaciones, lo más probable es que se retraiga más. Los médicos le han dejado claro que la timidez puede afectar a su autoestima, sobre todo si ha recibido críticas negativas en su infancia y adolescencia.

Charla con sus padres en la pequeña y oscura sala de estar.

—Bajo la persiana, que hace calor. Mira lo bien que estáis en este sofá.

Cuántos recuerdos, papá. Tú siempre me decías que estaba el último de la fila cuando Dios repartió los cerebros. ¡Y cómo te reías! ¡Qué puñetero!

»Y tú, mamá, me decías que era muy feo, pero que no me preocupase, porque al menos la mitad de la gente es fea. Que luego leí a Kundera, que decía que nadie ha elegido el sexo, ni el color de los ojos. Ni tu siglo. Ni tu país. Ni tu madre...

»Que no, que no..., no te equivoques, yo estoy contento con la madre que me ha tocado... Síiii, contigo también estoy contento, papá. Cómo sois de celosos. Haber tenido más hijos y hubieseis recibido más amor.

»Vale, pero no me podéis negar que he madurado. Estáis obsesionados con el tema este de hacerse mayor, qué pesados habéis sido. Pues bueno, yo creo que he madurado. Cada cual evoluciona a su ritmo.

»¡Que no discutáis! ¡Siempre igual! ¡Me da lo mismo quien empiece..., no me gusta veros tan tensos! ¡Bastaaa!... Luego, que si no os separáis por mí y todo el cuento de siempre. No es justo. El odio atrae odio, la ira atrae ira y el miedo atrae miedo... ¿Queréis que me enfade otra vez?... Calma. Mirad, aquí tengo el álbum de fotos. Tranquilos. Aquí está la boda, con toda la familia... Aquí, cortando la tarta. ¡Qué guapos!... Aquí, con vuestros suegros. Mirad, la luna de miel en Florencia.

»Mira, papá, que te pongo Mahler, la *Quinta...*, el *Adagietto...* Sí, aquí, en el móvil. Espera... Ahora. Ya empieza. Me ha costado, pero me he dejado de tonterías. Sí, ya sé que estás orgullosa, mamá. ¡Música maestro!

\*

Las difuntas Soledad y Franchesca, fallecidas en tan dramática trifulca operística, yacen en los refrigeradores a treinta bajo cero. Se las mantiene como muertas útiles en busca de verdades, tal vez inútiles. La muerte tiene su burocracia. Es la muerte clasificada, domesticada, maquillada y numerada en el reservorio previo al vacío irreversible.

Cada año mueren en el mundo casi sesenta millones de personas, lo que nos sitúa en ese vértigo atroz de la supuesta normalidad existencial. Cada año, una Segunda Guerra Mundial sin estallar. Uno a uno, y una a una. Los que hoy yacen en sus ataúdes en nuestras ciudades hace tan malditamente poco que nacieron, y tan poco que jugaron y aprendieron a multiplicar, y hace tan vertiginosamente poco que dibujaron perros, casas y coches y el sol...

Se van, pero no es cierto que se vayan, porque el irse es acción y la muerte la secciona. No se van, que se los llevan. En las necrológicas del periódico, el enjambre diminuto de nombres, dos apellidos y la edad, es la efímera y difunta rúbrica. Dicen que nuestra sociedad esconde y niega la realidad de la muerte, pero será solo a los indolentes y a los narcisos.

Mañana, en los periódicos, otra relación de recién nacidos que ya han muerto. Cuerpos vaciados e impracticables. Los de pasado mañana viven todavía. Hace tan poco que soñaron amores imposibles y amaron lo posible, y hace tan poco que llamaban a sus madres, y tan poco que vieron una película... Hace tan poco que se miraron las manos reseca y tenían ilusiones, y los nietos y las ideas y las esperanzas. ¿Soñaron alguna vez que ya habían muerto? Brel cantó que, en su última cena, tendría miedo por última vez.

Todo el romanticismo es fúnebre y tétrico, porque es esencialmente vital y pretende la pervivencia, plantando cara al cataclismo. El futuro angustia y el pasado no está.

El patólogo realizará esta tarde la autopsia. Les abrirá el pecho en forma de Y, desde los hombros hasta la cavidad abdominal, pasando por el esternón. Vivisecciones científicas de dos vidas acabadas. Ciencia sin conciencia de paciente.

En su despacho, libros de medicina, títulos académicos, un póster del cuadro *Cerebro, tormentas de ideas* y una mesa ordenada. Bajo un pisapapeles translúcido, acopio de documentos y un artículo periodístico:

Un preso de la prisión de Villabona de Asturias, al que los médicos dieron por muerto, recobró el conocimiento después de trasladarle al Instituto Anatómico Forense para practicarle la autopsia.

Dos médicos de la prisión dan por muerto al preso, y luego llegan al centro penitenciario el juez de guardia, la policía judicial y el médico forense. Unanimidad: el muerto está muerto.

Cuatro horas después de que el falso muerto sea depositado en la morgue del anatómico, el personal de guardia oye que ronca y que se mueve. El muerto, digo. No les parece normal, y avisan de que hay un muerto que se comporta de forma poco propicia como difunto. El reneonato es llevado al hospital y se avisa a la Guardia Civil, que, al principio, no entiende gran cosa. El padre y la esposa del muerto tienen un disgusto-alegría. Los de Instituciones Penitenciarias dicen que «se ha cumplido el protocolo correctamente». Tajantes. Así. El muerto viviente tenía ya pintada en el tórax la línea para abrirlo en canal.

Con noticias como esta, Edgar Allan Poe se habría dedicado a la ebanistería. Estamos

en una cárcel y encuentran al preso Gonzalo Montoya, de veintinueve años, inconsciente y en estado cianótico azul. Muerto, vamos.

He contabilizado cinco especialistas, más algún funcionario de prisiones, observando al muerto «no positivo» —término técnico cuando se declara muerto a un vivo—. En realidad, morir debería ser lo negativo, pero, por lo visto, es lo positivo para los profesionales. Es así, y no hay más.

Quiero ser respetuoso porque es un tema delicado... Pero estamos en fechas muy señaladas y se produce lo que simple y llanamente es una resurrección. Una resurrección, el domingo 7 de enero. Domingo de resurrección. Mírese como quiera mirarse, pero aún colea la que montamos por otra resurrección no comprobada de hace dos mil años. Esta ha tenido seguimiento policial, judicial, médico y periodístico. Hay milagros mucho menos documentados.

En la noticia también tenemos lo del buen ladrón, la penitencia carcelaria y la extracción humilde del resucitado. Quien no quiera ver la señal del advenimiento con su pan se lo coma. Además, Gonzalo pilló una neumonía en la nevera mortuoria. Gonzalo ya tiene cientos de seguidores en las redes. En Galilea solo eran doce. Gonzalo puede ser indultado, que es casi mejor que una ascensión. No hay color.

El médico forense cierra su despacho con llave y coloca el móvil sobre la mesa, observándolo con detenimiento. Abre un libro y lo ojea apáticamente, pero enseguida deja caer la portada y lo devuelve a su invalidez. Sigue mirando el móvil y con un dedo delimita su contorno. Abre la agenda y coloca el dedo sobre uno de los contactos. Traga saliva y respira profundamente, buscando una levísima distensión. La duda le infesta el ánimo. Pulsa.

—Aló.

—Hola..., soy treinta y cuatro.

—¿Qué tal?... ¿Vuelves a molestar?

—Sí, no puedo evitarlo.

—Pues mereces lo peor...

—Lo sé.

—Prepárate.

El forense abre con llave el cajón superior del despacho y saca un pequeño látigo.

—Ya estoy.

—Pues date en la espalda todo lo fuerte que puedas... Venga... ¡No lo oigo!... ¡Así! Date otra vez y te me inflamas. ¿Te ha dolido?

—Síiii.

—Te portas muy mal, hijo de la gran puta.

—Ya lo sé...

—Mira hacia arriba y escúpete en la cara, imaginando que te escupo yo. Pero sin tocarte, que si noto que te corres, te tacho de la lista. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Si me tuteas otra vez cuelgo y te tacho, cabrón de mierda. Date. Levántate la camisa y date en la barriga mientras yo te cuento. Quiero el bajo vientre rojo como un tomate.

Las ancianas Soledad y Franchesca siguen, cada una con su disparo mortal, a treinta bajo cero.

Con la primavera en ciernes, el pajareo se intensifica en el cementerio. El jolgorio del verdicillo, revolando y posándose, y la siringe imparable de los gorriones, parecen invocar quiméricamente a tanta vida marchita. Un pájaro, batiendo y cantando en lo alto de los nichos, es un vano recreo para la perpetua desolación y el silencio perenne. Poco falta para el estridulo cigarrero.

Tato y Recasens desayunan en el bar La Nao, cerca del cementerio.

—Nada, Tato, que el hijo presentó la denuncia con una dirección antigua en la que ya no vive. Vamos, que no saben dónde localizarle porque no tienen su dirección actual.

—Porque están seguros de que fue el hijo el que robó a sus padres, ¿no?

—Según dos de sus primos, los juguetes que aparecieron en el nicho eran del hijo de los muertos desaparecidos.

—Pues dos muertos no se esconden así como así. Ya los encontrarán, Recasens.

—Vete a saber qué ha hecho con ellos, y vete a saber quién le abrió las puertas del cementerio. ¿Quién coño robó las llaves?

—Bueno, son historias que contaremos siempre. Sepultura repleta de juguetes y los muertos de paseo.

—Dicho así, Tato, es como un cuento raro. Seguro que algún periodista, o algún sonajas, escribe sobre este tema.

—Es que si vas a mirar..., un cementerio está lleno de casos de la hostia. Nosotros porque estamos acostumbrados. Si no, dime tú lo del gordo que necesitó dos nichos.

—Aquello fueron obras mayores. Allí está. Casi trescientos quilos. Era un señor belga que engordó después de un viaje que hizo no sé dónde. Brasil o eso. Y se ve que le mordió un bicho y le rompió algo de las tiroides.

—Fue algo de Brasil, pero no un mordisco. Según las viejas, le echaron un

mal de ojo y una maledicencia, o una cosa rara de estas.

—Tato, las viejas lo que no saben se lo inventan. Ahora les da por decir que oyen ruido de ratas en el nicho del cura exorcista.

—Qué más quisieran que oír algo... Por cierto, hablando de oír, y que yo sepa, hay dos móviles enterrados. Uno era de una churrera de Algeciras que murió aquí, y que en el ataúd quiso un móvil y una bocina de esas de fútbol. Que, al final, la bocina, por lo que sea, se dijo que no.

—Por si sonaba, cojones. Podía haberse activado y se caga la gata. Luego, también quiso un móvil el psiquiatra de los Bustell, que está por el doscientos y poco. Era un loquero conocido y tuvo un algún caso muy comentado. Se ve que recomendaba, como terapia, que algunos pacientes fueran de putas.

—No puede ser...

—Y según las malas lenguas, las putas le daban una comisión por paciente. Y una de ellas fue su amante durante años y años. Una chica argelina preciosa que le dejó por otra mujer. Esto es lo que contaban.

—Estos son muertos de categoría, Recasens.

—Como la del violín.

—¿Quién es?

—Una profesora de violín, Tato. Hizo conciertos como solista y todo. Tocaba piezas húngaras. A su entierro vinieron más de cuarenta violinistas, que no sé qué pieza tocaron, pero todo el mundo llorando. Hasta dos chelos. Emocionó, ya te digo. Pues la enterramos con su violín entre las manos. Aún la veo. Como mucho cincuenta años.

—Es una mierda, tan jóvenes. Lo de la señora a la que enterraron con su hijo entre los brazos, ¿es verdad?

—Sí, se le murió el hijo con dos años y, cuando muchos años después falleció ella, pidió los restos del pequeño en su ataúd y así se hizo. Son cosas...

—Ya te digo que es un mundo, Recasens.

—Por cierto, que mañana nos traen a las dos muertas de la ópera. Incineradas.

—¡Vaya tela con las abuelas! Mira tú el carácter que debería de tener la de la pistola.

—Dicen que no se podían ver por un tema de una empresa.

—A mí me han dicho que por amoríos. Vete tú a saber.



El crucero navega mayestático por el Mediterráneo, a veintitrés nudos. La cocina está a más de setenta metros de la mesa y los camareros surfean sirviendo cada uno de ellos a más de cuarenta comensales. Hay que correr, y esa es la habilidad prioritaria.

En el enorme restaurante acristalado, la cantante de la banda interpreta *Crazy*, imitando perfectamente a Patsy Cline.

En el comedor, los dos matrimonios comparten una mesa después de un largo día de parque acuático con los niños, que cenan ahora en el *fine time dinner* infantil. Las dos parejas rondan la cuarentena, y la vida les va según señalan las previsiones idóneas y las oportunas ordenanzas existenciales. En la escaramuza entre su edad y los intensivos tratamientos *antiaging*, están ya a las puertas del quirófano. Pesan obstinadamente lo que hay que pesar, porque hay que pesarlo y así debe ser. Son prototípicos, aunque con un álder ego *snob*. Bancario, un matrimonio, y con una pequeña inmobiliaria, el otro, mantienen la amistad por equi-renta, similares devengos y parecida estofa.

—Chica, creo que nos ha dado demasiado el sol a pesar del Neostrata.

—Yo hoy he usado el Avène y ayer el Prevage, y no sé qué decirte.

—Pues yo pensaba más en el Lerac, quizá por sobriedad.

—Benon, ¿a qué hora acaba el espectáculo de los niños?

—Aún debe de faltar. Hoy cenan *pizza* y hay payasos franceses.

—Pues no deben de entender nada.

—Serán visuales, mujer. De esos como mimos, o algo así. ¿Vamos al casino luego, cuando les acostemos?

—Yo estoy agotada.

—Pues que vayan los hombres, que yo también prefiero tumbarme.

La sala está a rebosar y, en la mesa más cercana, un matrimonio anciano baña el cóctel de gambas en Château d'Yquem, deglutiendo con modales entre hedonistas y terminales. Él es un empresario danés nativista para el que los

extranjeros son su manía *non plus ultra*. Ella es una danesa nativista y racista de oídas, pero esencialmente obsesionada por coleccionar objetos de color rosa. Ambos miran de reojo.

—Mira los chinos esos. ¿Por qué no comen como todo el mundo?

—Es la falta de costumbre. Antes ni comían.

—Qué malo eres. Además, ¿cómo sabes si son chinos?

—Asiáticos..., da igual. Más o menos chinos.

—Vete tú a saber. Pero dinero no les falta..., si no aquí no estarían.

Una familia oriental, y numerosa, comparte una mesa ligeramente elíptica, sobre la que se alternan distintos consomes con exóticos vegetales de incierto origen. Una niña bromea divertida ante la abismal indiferencia del resto de los comensales, que, de tan silenciosos, diríase que son sordomudos o mentalistas.

Los camareros persisten en su inacabable eslabonamiento desde las cocinas industriales hasta cada una de las más de cuatrocientas mesas del gran salón. Más de doscientas veinte personas trabajan en cada una de las tres cocinas, divididas en las zonas de cubertería y vajilla, asados, fritos, sopas, congelados, ensaladas, adobos, panadería, bodega, frutas y postres dulces.

Periódicamente, cincuenta miembros de la tripulación se van y cincuenta se incorporan. En pocos meses, todos los que se han conocido, colaborado, peleado, apreciado, copulado y compartido minúsculos camarotes ya no estarán. Alternancias.

Bajo el nivel del mar, y con el ronroneo de los motores, el marinero de segunda y la ayudante de cocina parecen trastornados uniéndose gametos en la litera superior. Se trata de una fornicación sin apenas nudismo, con besuqueo incesante y, naturalmente, sin gritos ni jadeos. Ella, multiorgásmica y homeópata, es la pareja de uno de los reposteros, y ahora sus pies separados se apoyan en el techo del breve camarote, anidando al ardiente marino.

Arriba, los segundos platos colorean las mesas de blanco y verde. En la cocina, dos bandejas entrec chocan y caen con estrépito, algo que no debe suceder ni con mar gruesa. Los camareros colisionados lo recogen todo con diligencia ante la mirada reprobatoria del tercer chef. El resto de los mozos saltan por encima del siniestro con agilidad olímpica.

La mesa con más bureo y diversión es una con siete muchachos, llevados por el júbilo coral y las cervezas alemanas. Sin ningún rubor, alzan migas de pan y olivas con la intención de atraparlas en sus bocas. Cuando alguno acierta es galardonado con risas y decibelios.

El saxofonista interpreta a Coleman Hawkins y su *Apache*. Un señor obeso, elegante y solitario, observa desde su mesa a dos señoritas que charlan animadamente en la barra del bar. El señor obeso, que se dedica a la importación de cacao para empresas lácteas, se pregunta si las dos muchachas son solteras, si viajan solas, si son hermanas o son lesbianas, si son francesas, si son mayores o menores de treinta años, si sus pechos son naturales, si son prostitutas o armenias, si son carteristas o licenciadas, si son terapeutas o hijas de papá, si son científicas o belgas...

—El otro postre, señor.

—Gracias. Tráigame un doble expreso...

Tres de los chicos de la mesa de los tragaolivas invitan a las chicas a sentarse con ellos. Las chicas se niegan, pero les permiten sentarse en los taburetes contiguos.

Al señor gordo y elegante le sube la presión y le baja el ánimo.

El cantante interpreta con clase *La bohème*, y a uno de los veloci-camareros se le hace un nudo en la garganta.

La sala del crematorio está llena a rebosar de un público mayoritariamente senecto que sentía simpatías tanto por doña Soledad como por doña Franchesca. En el luctuoso final de sus vidas destella la aterradora tramoya y el trágico libreto operístico, que serán ahora engullidos por la incandescencia del averno transformador. Los hijos y los nietos de ambas mujeres no saben si darse el pésame o revivir la batalla del Somme. Como todo puede empeorar, un tenor invidente canta como puede «E lucevan le stelle» de *Tosca*. Un señor con una pierna artificial sintética se pregunta si, cuando le toque, le incinerarán con o sin prótesis.

Pedro Munes, encargado del crematorio, no puede evitar una lágrima dolorosa al oír la canción. Su esposa Serena le ha dejado hace tres semanas por Oswaldo Lince, director del tanatorio y poeta de algunas menudencias desdeñables. Pedro trabaja ahora con un aprendiz de electricista.

Las cuidadoras de ambas fallecidas se muestran contritas, pero en su mente llevan un cartel luminoso: «Buscamos viejos ricos a los que atender». Nunca antes sus clientas se habían entre-devorado tan desgarradoramente.

Hay un señor de luto que se ha equivocado de día y no sabe si quedarse y cubrir el expediente.

La gente toca los dos ataúdes como quien acaricia el lomo de la muerte. Al fin, el cantante ciego ha terminado su canción y gira trescientos sesenta grados, hasta que su esposa le agarra reconduciéndole.

Un director de orquesta, que va vestido de Capitán Nemo, saluda a todo el mundo, como si se hubiese quedado viudo.

Dos señoras miran el horno crematorio como quien le busca utilidades paralelas, quizá gastronómicas.

Finalmente, entra un señor en silla de ruedas y todo el mundo se aparta, por si acaso.

Suena una música como de *La Misión* y se invita al público a que vaya

saliendo, lo que no resulta fácil dada la longevidad de los asistentes. Algunos confunden la puerta de los lavabos con la salida y forman una cola hacia ninguna parte.

—A mí, que me incineren. Es más higiénico.

—Sí, señora, pero no estamos hablando de limpieza.

Al cabo de unos minutos empieza el proceso de la cremación, siempre más breve en las mujeres. Tan solo la letra «m» separa la creación de la cremación. De hecho, es una descreación. Y de nuevo el proceso. Primero, horno a temperatura radical y el cuerpo, a incinerarse. La chimenea exterior emite señales de humo negro como un mensaje al más allá, embruteciendo el aire del más acá. Finalmente, las cuchillas de alta resistencia.

Desde que Serena le ha dejado, Pedro apenas descansa y pasa malas noches entre desvelos y fantasmagorías. Cuando al día siguiente abre de nuevo el crematorio y ve las dos urnas con las cenizas de Franchesca y Soledad, tiene el palpito de que no colocó los referentes metálicos. Pedro se olvidó. Llega su asistente, el electricista.

—¿Cuáles son las cenizas de la primera señora?

—Estas.

—¿Y estas?, ¿de la segunda?

—Sí.

—Digo las cenizas de la primera señora... ¿Cuáles son?

—Estas.

—Por tanto, son de la señora Soledad.

—¿Las primeras? Digo yo que sí.

—¿Tú dices que sí, o es que sí? No te pongas nervioso, a ver. Tranquilos. ¿A quién incineramos primero?

—¿Es que no entiendo la pregunta?

—Vale, vale..., tranquilos. Te lo digo yo... Estas... son de Soledad... No, estas de Franchesca, y estas otras de Soledad. Y queda así, y me cago en mi puta madre.

—Se pone usted muy nervioso y triste.

—Sí, porque si mi mujer estuviese aquí esto no pasaría. Que no digo yo que esté pasando, pero lo que digo... es que, si ha pasado algo, con ella hubiese no ocurrido, porque ella en esto tiene una calma impresionante, coño.

—Pero, para usted, ¿qué cenizas diría que son de cada mujer?

—¿Se entiende que esta es la pregunta que yo te he hecho a ti? ¿Se entiende

que hace un rato que te lo pregunto?

—Pero es que yo soy electricista... No sé cómo decirle. Pero, a ver, yo tengo una idea. Pero no quiero que se enfade.

—¿Una idea?

—Sí, pero no me grite. Tengo una idea para ver cómo salimos de esta.

—¿Qué idea?

—Una idea para acertar seguro, aunque no del todo.

—Dime.

—Pero...

—Que me digas, va.

—Si mezclamos las cenizas, mitad y mitad, acertamos seguro. No del todo, pero seguro.

—Mezclar... ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

—¿Cómo podría demostrar alguien que se han mezclado las cenizas? Dirían que soy gilipollas. No me despida en tres años y estamos en paz.

—Con Serena todo esto sería imposible —marca el teléfono de su ex.

—Hola... no, no..., no cuelgues. Me he liado con dos difuntas. Ya lo sé... no cuelgues. Sí, las dos el mismo día. De idiota, ya lo sé... Quiero que vuelvas... —dice llorando—... ¿Oye? ¿Serena?... Ha colgado.

—Pero no llore, hombre. A partir de ahora no habrá fallos. Cálmesese, hombre. Ha sido un error sin ninguna mala fe.

Así es como Franchesca y Soledad acaban, tras su trágico final, disparatadamente aleadas. Cenizas de ambas reposarán en el nicho de su amado e idolatrado Enri, y cenizas de ambas reposarán en el columbario cinerario. Nadie sabrá nunca que las dos enemigas acérrimas descansan en un impío cóctel de residuos inextricables. Si algún día se produce la resurrección de los muertos y el perdón de los pecados, ambas renacerán en grotesco y demediado popurrí.

Dos mujeres enemistadas, porfiada y pertinazmente, por el amor de un hombre descansan en una paz fraccionada. ¿Yace la ceniza de alguno de los dos corazones femeninos en la tumba de Enri? ¿Yacen ambos corazones unidos en la misma urna, lejos de su amor? ¿Hubiese disparado el arma doña Soledad de haberlo sabido? Nunca antes un error de crematorio había destilado en un mismo desatino, un homicidio y un suicidio. Nunca antes víctima y verdugo en igual mixtura.

Todo el séquito de ociosos se ha congregado de nuevo para acompañarlas

también hasta el cementerio. Después de que el cantante invidente haya interpretado el *Nessun dorma*, en un lugar en el que *tutti dormono*, la comitiva intercambia impresiones y saludos educados. Dos fumadores casi furtivos se saben fuera de lugar y llevan los cigarros a la funerala. Tres ancianas se cogen de los brazos para no caer, concordando un tridente itinerante. Los conductores abren puertas y el invidente va en dirección contraria hasta que le avisan. Un señor altísimo va con su petiza esposa casi como amuleto. Un transexual tropieza con el cable bolerístico de Recasens. Los familiares de ambas fallecidas, no sin tirantez, se intercambian recordatorios. Tras el doble sepelio, el cementerio se va vaciando de vivos, y Recasens y Adel se repliegan.

—Pues vaya con las abuelas. A hostias y a tiros. No, si ya le digo yo, Recasens... Luego me dice que yo no me meta en líos. Ya ve usted cómo es la gente bien. Acojonante, macho.

—Bueno, pues más razón para que tú no te metas en jaleos.

—Ya volvemos con la misma cantinela, oiga. Que yo me comporte.

—Lo que estás es cada vez más delgado.

—Porque hago bici y me cuido.

—Mira —dice señalando los nichos—, aquí está lleno de los que estaban cada vez más delgaduchos.

—Usted, señor Recasens, no confía en mí, y eso me duele.

—Que no te duela tanto, que te dirán *El Doledor*.

La luz primaveral se disemina, estérilmente nutritiva y vivaz para un cementerio. Recasens saluda a Tato y coloca el CD en el nicho de su madre.

*No...*

*Ya no debo pensar que te amé;*

*Es preferible olvidar que sufrir.*

*No...*

*No concibo que todo acabó.*

Lucas habla con sus padres desde la cocina.

—Estoy preparando unas tortillas. Tranquilos que ya voy... No os mováis del sofá, que ahora voy. Papá, deja que mamá vea su canal favorito, tú ya tienes el periódico. Qué pesaditos estáis hoy... ¡Mira que si eso os vuelvo a internar!... ¡Ah, vale!, pues calma. ¿Os pongo un poco de ensalada con la tortilla? No, que no tengo hambre no me vale, que algo hay que comer. Bueno, pues tortilla sola. Ya voy.

Lucas coloca los platos en la mesilla frente al sofá.

—Bueno, lo que os quería decir es que creo que fue un error lo de la universidad para mayores de veinticinco años. No entiendo todavía por qué no os pareció bien. A mí me quedó una cosa dentro, de decir..., coño, me hacía ilusión. Ilusión de verdad, quiero decir. Por dinero no era... Fue más por el síndrome este de la madurez tardía de los cojones. Os daría vergüenza, creo yo, y aquí está el tema. A ver, digo yo que la gente que llega a la universidad a los dieciocho será más inmadura que yo, que quería ir a los veintiséis, ¿no?... Y una cosa lleva a la otra, porque Nieves, la vecina de abajo, sí fue a la uni, y claro, se ligó a un listillo. Unhijodeputamaricondemierdacabronazodeloscojonesasireventaseporelculo. Si yo hubiese ido, seguramente me habría casado con ella. No digo que seguro, pero al no ir a la universidad, era seguro que no. Venga, que recojo los platos.

»Pero ya es tarde para exigencias, así que lo importante es compartir el verano que se acerca y sentirnos juntos —y empieza a cantar—: *Gracias a la vida que me ha dado tanto / me dio dos luceros, que cuando los abro / perfecto distingo lo negro del blanco / y en el alto cielo su fondo estrellado / y en las multitudes el hombre que yo amo...*»

Desde la cocina.

—Mamá, ¿nunca le has dicho a papá que le engañaste con el acomodador? Os vi varios días en el cine morreando, y qué sé yo qué más..., en la última



fila. Creo que a veces el sacaba la chorra fuera. Otro día, tú agachada y luego, sentada encima... ¡Qué de veces! Luego, en casa, te olía y te abrazaba para imaginar que yo era el acomodador. Un día llegaste con la blusa toda manchada, si serías marranota. Y claro, cuando papá viajaba, tú venga al cine. Yo entraba gratis al cine, por ser hijo tuyo, y veía *Fantomas*, *Lawrence de Arabia* o *Mary Poppins*, y, de vez en cuando, echaba una ojeadita a mi madre putorra. Por cierto, que sepas que un día el acomodador me llevó a la última fila, y también quedé con el pantalón todo manchado. Hay que ver lo que son las cosas.

Sale de la cocina con tres infusiones.

—Y tú, papá, tampoco te quedabas corto. Los hombres que más lealtad exigen tienden a ser los más cabrones y los menos leales. Te portabas fatal con la gente de la empresa. ¿O es que no te acuerdas de cómo puteaste a Dover y a su familia porque el hombre sufrió una depresión? Todavía veo sus caras cuando tuvieron que abandonar la portería de la fábrica... Tenía una puta depresión y le despediste sin finiquito ni mierdas. Le denunciaste por abandono del puesto de trabajo. Yo era amigo de sus dos hijos. Una putada en toda regla. El mayor llevaba un ojo tapado porque lo tenía perezoso, o no sé qué. Y luego, echaste a una magrebí acusándola de robar, y la expulsaron del país, pero siguieron robando y, por lo tanto, la mora no tenía nada que ver. Vamos, que cuando querías deshacerte de alguien, a joderles bien jodidos. Y luego resulta, papaíto del alma, que el inmaduro era yo. Mira tú por dónde.

»Venga, tomaros la infusión. Además, pasabas de mamá como del demonio. ¿Dónde te desfogabas, papá? Si quieres te lo cuento yo, porque ya podía ser inmaduro, pero no gilipollas. ¿Dónde te desfogabas papá, puñetero? El local se llama La Palmera, con toda la entrada de espejos y la barra, a la derecha, y las habitaciones, al fondo, y unas malasputasguarrastetonasculonaspedorras, a las que te follabas cada dos semanas. Un putero, papá. Hijo de puta y putero. Te gustaba la negra puñetera por sabrosa, tetona y simpática. Te gustaba porque tenía acento francés y porque se lo tragaba todo, o eso decía. ¿Cuánto dinero te gastaste en putas?... ¿Puedes calcularlo, así, como por encima? Para saberlo, más que nada.

La calavera del padre cae al suelo con enorme estrépito.

—No te pongas nervioso, papá... Mira, se te ha roto la cabeza. Espeeera que te la coloco como pueda..., así..., ahora. Bueno, más o menos. A ver si aguanta. Y a ti, mamá, mañana te compraré unos guantes, que se te caen los

deditos... Y cierra la boca..., así. Venga, tranquilitos. Va, que no me quiero enfadar, que ya he madurado y no quiero bromitas. A ver si se me escapa una hostia como las que se te escapaban a ti, papá, que cuando se te iba la mano, menudo hijoputadelamadrequetepariocabronazodemierdaabusondeloscojones. Bueno. Tengamos la fiesta en paz, que todo esto sucedió hace mucho tiempo y ahora hay que mirar al futuro, y querernos y estar juntos. Que la vida es corta. Pero como se me escape una hostia...

Tras una noche plácida, el crucero se deja llevar a primera hora de la mañana por una mar boba displacentera. Las nubes no vaticinan, por el momento, un sol vehemente, y los despertares del pasaje destilan abulia.

Mientras su esposa se arregla en el baño, el empresario sesentón Trevor Balden está tumbado en la cama indolente, aburrido, y ojeando el dossier de usos y costumbres del barco.

En el crucero hemos encontrado la receta perfecta para que tus niños se sientan felices en la mesa: un variado y colorido menú, con una amplia gama de platos saludables y sabrosos. En la gastronomía dedicada a los más pequeños ponemos la misma atención con la que conquistamos los paladares de los adultos.

—Trevor... ¿has notado un movimiento extraño?

—¿De qué?

—Del mar.z

—Dicen que hay mar de fondo.

—Hemos quedado para desayunar con el matrimonio francés.

—Vale. Él es un poco creído. Que si conoció a uno y que si conoció al otro. Que si Macron estudió en la misma escuela...

—Bueno, a la gente, en los cruceros, le encanta hablar de todo. ¡Venga, que cuando quieres eres de lo más sociable!... Cielo, sigo notando un movimiento raro.

—Si acabas de maquillarte antes de pasado mañana, podremos salir de aquí y que nos dé el aire.

—Qué exageración, Dios mío. Pero es que parece que ahora todo vibra menos y nos movemos más de lado. Lo noto al maquillarme.

—¿Tanto maquillaje para ir a desayunar?

—No seas pesado. Y ponte la camisa verde con el *foulard* beige. ¿Te afeitarás?... Digo que si te afeitarás.

—Al mediodía sí. Ahora no hace falta.  
—Más que nada, porque ellos van siempre elegantísimos.  
—Que vayan como les parezca.  
—¿Quieres que me enfurruñe?  
—No te enfurruñes.  
—Pues si no quieres que me enfurruñe, afeitáte.  
—O sea, que para que no te enfurruñes tú, me tengo que enfurruñar yo.  
—Querido, quiero recordarte que estamos a punto de enfurruñarnos los dos.  
¿Es esto lo que quieres?  
—Ya estamos enfurruñados.  
—¿Cómo se dice enfurruñarse en inglés?  
—*Sulking*.  
—Pues eso, que estamos *sulkings*, porque no te afeitas... Una de dos, o algo le pasa al barco, o yo estoy mareada.  
—Quizá sí se mueve más.  
—¿Lo ves?  
—Pues date prisa, que si no desayunamos es peor.  
—Cariño, esto es un crucero. No hay prisa para nada. No te puedes escapar del barco. Quedan diez días.  
—No me lo recuerdes.  
—¿Ya estás pesimista?  
—No estoy..., soy pesimista.  
—No lo eres, estás pesimista.  
—Vale, pues lo estoy. ¿Cuándo acabarás de maquillarte?  
—Qué pesado.  
—Sin café no soy nadie.  
—Ya casi estoy.  
—Venga, que llevas una hora, mi vida.  
—Y dale.  
—¿Tan difícil es entender que podemos ir a desayunar cada uno por su cuenta? No veo el drama por ningún lado.  
—Pues a mí me sabe muy mal. Te pasas el año viajando y trabajando, y creo que es normal que me guste hacer cosas contigo.  
—Déjalo.  
—Ya estoy lista. ¿Lo ves?... No he tardado tanto, señor impaciente. Pero si te falta el *foulard*...

—Está en la percha. Vámonos.

El matrimonio abandona la *suite* y, a lo largo del pasillo, notan una cierta excitación en el pasaje que deambula en dirección contraria. Al acceder a la terraza de babor, se dan cuenta de que el buque está parado y cientos de cabezas de los pisos inferiores asoman curioseando. El vaivén del oleaje producido a cientos de millas y el viento coincidente siguen mortificando.

Cuando pasa algo fuera de lo normal, se sabe por un silencio turbadoramente resonante. No se sabe lo que sucede, pero sí se sabe que se ha extraviado la siempre exánime normalidad. ¡Adiós, muy buenas a lo habitual, y bienvenida la extravagancia!

Cuando sabiendo que algo sucede no se sabe en qué consiste, se vive un extraño lapso con la incógnita interrogándonos las entrañas. Por un nanosegundo, se prefiere la duda a la certidumbre. ¿Y si, en realidad, no es tan grave?

Un grupo de señoras, de pelo plateado y vestidas de *sport luxury*, desayunan ajenas al mundo y hablando de si es mejor Robert de Niro o George Clooney. Los camareros oscilo-caminan al compás de la nave. En el parque acuático, los niños gritan con la excitación de futuros intransigentes de clase media-media alta. El vigilante de la piscina sonríe a una bella señorita danesa en albornoz.

Un señor inglés meticuloso le pregunta a un marinero por qué se ha parado la nave, pero el marinero le contesta, muy extrovertido, que él trabaja en el equipo de limpieza de las cubiertas de popa. Con acento ruso, le dice que siente no poder ayudarle. Los camareros continúan con sus sinuosos recorridos con pasmoso tiento.

Un joven francés afeminado le comenta al elegante matrimonio bancario que puede que el crucero haya parado por un problema con la madre del timón.

—¿La madre del timón?

—Sí, es la pieza que lleva los machos y que constituye la parte más próxima a la coda.

—¿Qué es la coda?

—La parte posterior. La más dura, junto con la roda de proa. ¿Me pasan el café *s'il vous plaît*?

—¿Es usted marino?

—No, queridos, soy escritor. *May Day* viene del francés *m'aider*. Ya saben. He escrito el libro *Hombres y mar. Fragatas y estética francesa. Je m*

*'excuse... ¿Me pasan la mermelade?*

El matrimonio bancario no entiende por qué no llega a desayunar el matrimonio inmobiliario. Ignoran que él está vomitando el alma a causa de las obstinadas olas terciarias. Los hijos de ambos braman en el parque acuático y en la oscilante piscina. El vigilante de la piscina sonríe a una turgente muchacha de Minsk.

Ante la sorpresa de las cabezas asomadas, y no sin chirridos y cierto vocerío de la tripulación, se inicia el proceso. Colgado del pescante, y siendo arriado lentamente, el enorme bote salvavidas oscila entre el vacío y la desescalada. Tan pronto roza la amura como cuelga a la intemperie cuando la nave escora en sentido contrario. Seis marineros forman la desazonada dotación.

Varios pasajeros se preguntan y repreguntan por qué ha parado el barco. El capitán, a pesar de tan mañanera hora, ha ordenado a todos los grupos y orquestas que acudan a sus respectivos escenarios y amenicen la velada como mejor puedan.

En el restaurante *tex-mex* está desayunando una familia andorrana con los niños mareados, y un equipo de natación rumano que ganó el crucero como segundo premio. Llega un grupo de mariachis, todavía abotonándose y con los instrumentos adormecidos.

El bote parece estallar por fin contra el agua. Se aleja del buque y, a los pocos minutos, alcanza la posición. Son seis. Los chalecos les mantienen a flote y las olas mueven sus cabellos como si aún tuviesen vida. Dos están boca abajo y el resto son muertos haciéndose «el muerto». Sus caras hinchadas no denotan la homicida hipotermia y, en la inmensidad del mar, parecen minúsculos insectos caídos. Para ellos, acabó la tragedia. Han dejado de sufrir, pero nadie les quita lo que sufrieron.

Los mariachis parecen seguir el triste ritmo del crucero al paio:

*Si podemos,*

*nos amaremos toda la vida.*

*Si podemos, nos vamos a vivir al paraíso.*

*Yo creo que veremos un nuevo día.*

El músico del guitarrón es el único que no mantiene la sonrisa forzada a causa de un flemón periapical dolorosísimo. Le parece que tiene un zueco en

la boca, y al cantar lanza velocísimos proyectiles salivares.

Abierta la portezuela, los marineros se esfuerzan en arrancar del mar los pesadísimos cuerpos borrachos de agua. Dos mujeres y cuatro varones. Cada uno de ellos parece querer huir inerte hacia las olas que, desacompasadamente, dictan su aleatorio veredicto. La refriega es extenuante, como si el Mediterráneo se negase a devolver sus presas. Se diría que el mar se siente fascinado por la llamativa florescencia de los chalecos salvavidas.

Dos monjas acomodaticias entran al *tex-mex* y no saben si el mariachi es pecado. Su *marriage* con Dios puede que les conceda cierta indulgencia.

*Yo pienso que los dos  
seremos siempre felices  
y encontraremos un lugar en el paraíso.  
Si podemos, haremos un futuro de terciopelo.*

Una hora y veinte minutos después, se iza el saturado bote. Los marineros están exhaustos, el olor de los fallecidos es lastimoso, y en algún lugar incierto, ignoran que han perdido a su gente. Son solo seis de los catorce mil que han muerto en el Mediterráneo desde 2014.

Los fallecidos son embarcados en la primera plataforma del buque con la máxima discreción, y la nave avanza lentísima hasta adquirir de nuevo la velocidad de crucero.

Mientras desayuna, el obeso oficial médico serbio repasa el dossier del reglamento preceptivo:

Todo barco de pasajeros abanderado, que realice travesías entre dos puertos de duración superior a las cuarenta y ocho horas, habrá de ir provisto de un número de féretros de traslado equivalente al uno por ciento de la cifra de plazas de su pasaje; en todo caso, llevará dos si el número de plazas está comprendido entre cincuenta y doscientas, y uno, si las plazas no exceden de cincuenta.

El tobogán acuático es uno de los más altos y con una derrota de las más vertiginosas. El monitor indica cómo entrar en la cabina, cómo cruzar los brazos y cómo soltarse en caída libre. Después vienen las curvas incesantes y aturdidoras, hasta desplomarse finalmente en la piscina. Un grupo de siete adolescentes se histerizan mutuamente al no atreverse a dar el paso, lo que incomoda al matrimonio inmobiliario, a la turgente señorita de Minsk y al

equipo de natación rumano. El monitor indica a los pubescentes una vía de retorno por si no quieren tirarse, pero no les parece oportuno. Su juego consiste en no tirarse, pero poder hacerlo. Hay gente que se pasa la vida haciendo exactamente lo mismo. Es el sí, pero no. El monitor toca el pito enérgico, lo que provoca mayor excitación entre los titubeantes jóvenes.

El oficial médico sigue mojando cruasanes, palmeras y napolitanas en un enorme tazón de chocolate, mientras recuerda el rito y los trámites:

Ocurrido el fallecimiento, podrán disponerse las operaciones señaladas en la instrucción primera de este artículo, bien a petición de los familiares del finado o por determinación del capitán del barco. Dicha operación se efectuará por el médico de la Marina Civil, u otro médico que le sustituya en sus funciones, empleando siempre uno de los procedimientos autorizados.

En el generoso balcón de su camarote, situado en el séptimo piso, y en dos tumbonas azul marino, toman el sol en tanga Arifrén y Mástic, dos célebres guionistas cinematográficos.

—Es absurdo pensar que, cuando ella sale del apartamento de su amante, se vaya de compras.

—¿Por qué?

—Porque está locamente apasionada y aún nota su semen en el interior de su vagina, y está descarriada y preocupada por un amor que puede cargarse su matrimonio. ¿Se entiende? Es puto tema existencial. ¿De compras? ¿Qué va a comprar?

—Como terapia irracional. Se puede comprar dos camisas modernas o un *negligee*..., o libros. ¿Por qué no libros?

—Te recuerdo que no es una intelectual. Se conocieron en un canódromo.

—Y quién dice que un canódromo no tenga resonancias culturales. Es un hipódromo en miniatura.

—Yo creo que más que de compras se va al cine, y se ve su cara con los reflejos de la película..., pensativa.

—Muy visto... Madre mía, veo que tendré que chupártela para ver si te inspiras.

—¡Síiii... Acaban de hacer el amor. Ellaaa, mmm, tan bella..., y él, un galán bieenn formadoooooaaah!

En la plataforma inferior, los cadáveres parecen desaguarse formando un lago a su alrededor, como si sus cuerpos bregasen por una muerte menos



enojosa. Los marineros no saben si hay que sacarles el chaleco salvavidas. Esperan órdenes.

El oficial médico sigue leyendo la normativa mientras se toma un bollo suizo con pasta *choux*:

En caso de que, en cualquier barco, con médico o no a bordo, se produzca un cadáver de los incluidos en el grupo 1 del artículo 8.º de este reglamento, no se podrá arrojar el mismo al mar. Por el capitán del barco se adoptarán las medidas necesarias para depositarlo en lugar del buque que no tenga contacto con la tripulación y pasaje, ni con la carga.

En el escenario del restaurante infantil, el payaso hace bailar bolas al aire. Primero tres, luego cinco, hasta quince... Después se sienta y lee un periódico, y aparece un hombre alto, con amenazante careta del *Grito* de Munch, que pide al público que chille y que chille más y más. Los pequeños se desgañitan porque el que está en la silla no ve al monstruo. La música sigue subiendo y deviene *after hour* supuestamente infantil. Los payasos no han desayunado. El que lee el periódico no se da cuenta de que tiene al monstruo detrás, cosa que, al rato, empieza a cansar a los niños. Algunos insultan al payaso sordo. Unos padres reprenden a un jovencito que escupe a su hermana. El payaso amenazante se ha mareado.

Ha llegado la orden de quitarles los chalecos salvavidas, numerándolos para saber a qué fallecido corresponden. Hay que darles la vuelta a los inertes cuerpos como si fuesen maniquís.

Quizá debido a la tensión del momento, el médico serbio mastica un *petit four*:

Además, los buques con médico a bordo, y que posean adecuado equipo, procederán al embalsamamiento o conservación transitoria de los cadáveres.

En todo caso, al producirse la arribada, el capitán del barco pondrá inmediatamente en conocimiento de la autoridad sanitaria del puerto los supuestos regulados en este artículo.

Suena el teléfono del doctor serbio obeso, que aún mastica el último pastel galés.

—¿Sí?... Sí, en efecto, ya me he leído toda la normativa. Nada especial. ¿Tenemos bolsas de plástico? Sí... El resumen es que cada uno en una bolsa, con la cremallera bien cerrada. Nada, que miren si llevan documentación...

No llevan. Pues dentro de la bolsa y en la cámara de refrigeración más baja... ¿Cuál es la más baja?... Vale, pues en la de refrescos. Atrás, que no se vean, y ya está. No, es que el reglamento no es claro. Si fueran del pasaje ya sería otra cosa. Hasta luego.

El pasaje se está arreglando para la comida. Hoy, tras los postres y el café, clases de baile clásico. Uno de los marineros del bote salvavidas tiene un nudo en la garganta porque una mujer ahogada parecía mirarle con ternura. Una mirada abrasada de sal y sol, pero como de agradecimiento.

El marinero de segunda y la ayudante de cocina destilan pasión en el minúsculo camarote. Ella parece empotrarle a él, y ambos se magnetizan enloquecidamente. Chorrean.

Hoy es un día especial. Recasens ya tiene su aplicación en el móvil. Le acompañan Tato, Adel y las dos viejas. Hoy, el cementerio cuenta con la primera lápida con código QR.

—¿Pero... ya va, Recasens?

—Sí, mirad..., yo acerco el móvil a este nicho y..., esperad.

—No va.

—Espera.

—Vale.

—¿Ahora?

—Esperad.

—Vale.

—¿No va?

—Espeeere.

—Tiene que ser así.

—No, porque la aplicación ya está abierta.

—¿Para qué sirve?

—Para que no se inventen ustedes dos la vida de los muertos.

—De inventar nada, Reca. De inventar nada.

—¿Qué dice?

—Que nos inventamos la vida de los muertos.

—¿Que inventamos qué?...

—Callen un poquito, por favor.

—Igual es que aún no está funcionando.

—Que sí, Tato, que me han dicho que sí.

—Apriete aquí.

—¡Hostia! Cojonudo, Adel. Ahora se acerca a la sepultura. Así...

Todos se acercan, mirando como pueden el móvil de Recasens. Música

suave de piano. Imágenes en blanco y negro de una niña en la playa jugando en la arena. Cava un agujero con sus dos manitas. Fundido, y la niña vestida de primera comunión, como con mortaja blanca. Lleva el misal y un ramo de flores en las manos mientras sonrío beatíficamente. Alguien le recoloca la mantilla. Sonrío sin ganas. Fundido, y orla escolar con su cara ampliada. Imágenes de una adolescente saltando y haciendo burla a la cámara. Imágenes de una boda en la que la novia va vestida de primera comunión y el novio, de negro con mostacho. Aparecen familiares y amigos que saludan sonrientes a la cámara. Tres señoras parecen más muertas que vivas. Y mientras siguen las imágenes, se oye la voz en *off*:

Agnés es nuestra madre y nuestra abuela, y como estáis viendo, tuvo una vida feliz, y nos hizo felices a todos...

Al final, se ven las imágenes de Agnés convertida en una abuela, con su familia alrededor y soplando las infinitas velas de su pastel de cumpleaños.

Al acabar, todo el mundo sorprendido. Adel el primero:

—Si esto se pone de moda, el cementerio será como un muro de Facebook. Muertos vivos, vamos.

Una de las abuelas no le ve la gracia.

—Una vez muerto, ¿qué más da que te vean o no? Además, que la Agnés esta tenía un colmado y era muy agarrada. Por un céntimo te hacía sacar un billete grande. Así que menos cuentos, que era bastante rata.

La otra abuela sigue en su mundo.

—¿Una rata?

Tato ya ve el futuro:

—Yo, de jardinero y con el móvil, viendo al personal. ¿Qué más se puede pedir? Si además le ponen musiquita y eso...

Recasens guarda su móvil.

—Puede que la gente acabe grabando vídeos especiales para el código de barras de su sepultura. No veas. Hay que abrir una empresa de vídeos fúnebres, señor Recasens.

—Pues venga, Adel..., a ver si espabilas. Buena idea.

—Y ustedes dos, abuelas, a ver si se graban un vídeo, que les queda poco.

—A ver si te grabo yo a ti la cara, maleducado. ¡Vaya con el Adel este!

—¿Qué dice?

La voz de todos ellos llega quizá a la hilera más alta de nichos vacíos de la nueva estructura de hormigón. Siempre tiene que haber disponibilidad para imprevistos. Diez nichos de los más baratos. Altos y sin sol. El mito de la tumba vacía cristiana. Una invitación a los vivos para que mueran. La tumba vacía parece generar una misteriosa imantación omnidireccional, como si requiriese alimento.

Un nicho abierto parece ansioso por preñarse de cadáver. ¿Y si, en realidad, morimos porque hay tumbas vacantes? Tanta previsión parece facilitarle las cosas al genocidio cronológico. Huchas de defunción y camastros del deceso. Cuántas comidas y besos les quedan a los que serán inhumados aquí. Vivir su muerte, morir su vida, que dice el poema.

Las cigarras no paran y los cipreses parecen esculturas. Todo es cegador.

Lucas ha preparado un arroz a la cubana a las momias de sus padres. Ambos llevan días colocados en el sofá, con la ennegrecida mortaja ella y con el apergaminado traje el padre. Él tiene la cabeza en el regazo para evitar nuevas caídas. La acartonada peluca de la mujer pervive encasquetada en la calavera. Se nota que ella lleva menos años muerta porque, a diferencia de su esposo, la cabeza se mantiene en su sitio. Eso sí, Lucas le ha puesto guantes a la mujer para evitar que se le caigan los dedos. Las piernas de ambos reposan en dos taburetes. Lucas intentó que se abrazasen, pero desistió al dislocar el húmero de su padre, que acabo tras el sofá.

—Con el calor que hace, nada mejor que un arroz a la cubana y un poco de ensalada fresca. Ya lo sé..., sin cebolla. Ya lo sé. Ya lo sé. Lo que no os pongo es mucho vinagre, que mata las vitaminas... ¡Vaya! ¿Quién será?... Y yo en calzoncillos.

Lucas se acerca al telefonillo de la puerta.

—¿Quién es?

—Ábreme.

—¿Pero, quién eres?

—Ábreme, ¡pero ya!

—Uyyy, qué carácter.

—Sube. Viene un amigo. Tranquilos, que es de confi. Voy a por los pantalones.

—Hola...

—Pasa, está abierto.

—¿Qué tal?

—¿Tienes el dinero?

—Pasa, que te presento a mis padres.

—Déjate. ¿Tienes el dinero o qué coño pasa aquí?

—No te pongas así.

El recién llegado empuja a Lucas.

—Me pongo como me sale de los cojones. Dame el dinero, y a las diez viene una camioneta y haremos desaparecer esta mierda. Si lo prefieres, te dejo seco a ti también y te hago desaparecer como a las momias de tus padres.

—Es que aquí solo tengo mil —responde Lucas, casi llorando.

Le abofetea y se queda el dinero.

—No habíamos quedado así. Esto es una mierda. Eran diez mil, hijo de la gran puta. Eran diez mil.

—Mañana puedo tener dos mil más.

Le pega dos hostias y Lucas cae encima de los cadáveres formando un estropicio.

—¿No lo entiendes?... Necesito el dinero, marica de mierda. Dijiste diez mil, y por eso toda la movida. Debo un dinerito, gorda de mierda.

—Tranquilos, papás, que son cosas de gente mayor —dice Lucas llorando y con la nariz ensangrentada—. No sufráis... Dame dos días. Llévatelos hoy, y dame dos días. Por Dios, solo dos días. Dos días..., te pido solo dos días.

—¿Cómo lo conseguirás?

—Tú déjame a mí, porfavorporfavorporfavortelopido porfavorcreemequeteloconsigoormisojosqueteloconsigo.

—Si cuando venga la camioneta no bajáis todo esto, te mato. Te juro que te mato. Y pasado mañana lo quiero todo. Una última cosa..., lo de la puta imbecilidad de los juguetitos, ¿por qué?

—Porque ya soy maduro. No los necesito, porque he madurado como persona. Peor el que puso la lápida al revés. Si no, podría haberme quedado a mis padres.

—Era una puta noche sin luna, cojones. Estás como una puta cabra. Si no me pagas en cuarenta y ocho horas, te denuncio y te vas al trullo. O mejor, te agujereo yo mismo.

Agarra a Lucas por el pelo.

—Mírame... a los ojos. Mírame a los ojos y dime que te has enterado. Dime lo que me darás pasado mañana. ¡Dilo!

—Que te pagaré nueve mil euroooooos, ¡aaaahg!

El expeditivo visitante baja las escaleras de cuatro en cuatro.

Recasens lee el periódico mientras desayuna en La Nao. Mantiene un ojo especial para los temas relacionados con su turbador universo:

Hemos sabido que el cirujano chino Ren Xiaoping y su colega italiano Sergio Canavero se preparan para practicar en China el primer trasplante de cabeza del mundo. Repito: trasplante de cabeza. Se ve que ya lo han practicado con perros y con cadáveres humanos. Por separado, imagino. Muchos médicos dicen que no será viable, y algunos dicen, además, que no es éticamente aceptable. Son cosas distintas. La ciencia avanza como un torrente y la moral, lenta como un glaciar.

Canavero adelantó el otro día en Radio Nacional de China que el trasplante puede costar unos cien millones de dólares. La operación puede durar veinticuatro horas, e involucraría a varias decenas de cirujanos. La operación es de órdago. Se entra con una cabeza y se sale con otra. Vamos, que le queda a uno el cuerpo de antes pero con otra cabeza. ¿Habrá dantesco tráfico de cabezas? ¿Le puede tocar a un hombre una cabeza de mujer, o viceversa? ¿Puede que a un anciano le encasqueten una cabeza veinteañera? ¿Morir, o cabeza de Trump? ¿Como quién pensará la persona, como el receptor o como el donante muerto? ¿Se podrá parpadear? ¿Una misma cabeza se podrá trasplantar, una vez usada, a otras personas?

Frankenstein y el jinete sin cabeza, montado en su caballo negro, nos sitúan ante el tema del descabezamiento radical. Inquietante. Ya sabemos que Ridley Scott ha decidido eliminar a Kevin Spacey de su próxima película, *All the Money in the World*, y sustituirlo por Christopher Plummer. Cambio de cabeza. Kevin *El Acosador* sustituido por el venerable Christopher. ¿Qué pasará cuando cambiar una cabeza sea tan fácil como trasplantar un riñón? A lo mejor, en los contratos de Hollywood, se firmará que te pueden cambiar la cabeza si no te portas bien.

¿Y si dos personas quieren intercambiarse la cabeza para variar? Imagino a una pareja de multimillonarios intercambiándose testas entre ellos cada tantos años. Para compenetrarse, vamos. Luego está que cada uno de nosotros podremos ser donantes al fallecer. Seguramente observaremos nuestra cabeza de forma distinta por el mero hecho de que, algún día, otra persona pueda llevarla sobre los hombros: «Lleva la cabeza de fulano, pero la tenía muy mal mantenida y sin exfoliar». Las confusiones serán frecuentes: «Hola, tía Antonia... No, perdón, que falleció».



—No, si ya te digo, pronto nos llegarán decapitados.

—¿Qué pasa?

—Nada, que estamos locos. Ponme otro cortado, que hoy el curro viene fuerte.

—Mala cosa. Voy —dice el camarero mientras prepara el café—. Pero en verano no hay gripe para que tengas tanto trabajo. Los viejos aguantan bien hasta otoño. Toma, con la leche fría.

—Ni gripe ni puñetas. Con el buen tiempo llegan los emigrantes desesperados. Muchos acaban ahogados. Ni se sabe quiénes son, los pobres. Son seis. En el cemento ponemos «inmigrante», la fecha y si es hombre o mujer, más que nada por si alguien los reclama.

—¿Pero se sabe de dónde venían?

—Nada. Eso no lo sabemos.

—Lo de esta gente es una ruleta rusa. Y llegan por todas partes. Se creen que aquí todo son risas. Mucha tele es lo que ven estos... Y luego hay cabrones que les engañan.

—Cóbrame.

\*

Tato aliña y limpia las plantas araña que forman un centro junto a sansevierias vigorosas. La jardinería real se confronta con las flores artificiales de tantísimos nichos. Que lo natural sea clonado y simulado en plástico le resulta a Tato como una ofrenda a cadáveres sintéticos. El jardinero se conoce la gama entera de dos comercios que andan plastifloreando las sepulturas: vara de gladiolo; ramo plano por detrás, ideal para poner en las lápidas; jardinera de peonías y orquídeas, con años de garantía; jardinera con crisantemos amarillos de gran realismo; arreglo floral con ranúnculo y allium..., ramo de alegres claveles blancos. Por Todos los Santos, muchos familiares se limitan a desempolvar y lavar los ramos artificiales, y aquí paz y después más gloria. Tato, definitivamente, no lo lleva nada bien.

Casi todos los miércoles, el jardinero le compra un ramo a la florista furtiva que vende justo a la entrada del cementerio.

—Que no quede de muertos, que no lo quiero.

—Que no es de muertos, Tato... Mira qué alegría. Tu señora va a ponerse enamorada. Te lo digo yo.

Cuando en un par de horas el jardinero acabe el trabajo, le llevará el ramo a Denia, su esposa. Quitará el ramo de la semana anterior, cambiará el agua del jarrón transparente y se lo volverá a dejar en la mesa. Denia, en su silla de ruedas, no esbozará nada parecido a una levísima sonrisa. Y él preguntará a la asistente social:

—¿Ha comido algo?

—Un poquito, pero líquido sí ha tomado.

—Gracias. Hasta mañana.

Tato preparará ensalada y pollo a la plancha, porque hoy vendrán a cenar su hijo, su nuera y su nieto. Fiesta mayor, sin serlo. Los geranios de su balcón estarán vivísimos, y él, por dentro, quizá también. Será en dos horas.

Tato observa ahora la llegada al cementerio de los seis coches fúnebres desarbolados y sin coronas. A los pocos minutos, Adel y Recasens van subiendo los humildes ataúdes, con el elevador «torito», a los nichos altos y contiguos, que por fin saciarán su siniestra avidez de concavidad vacía. Las dos viejas se santiguan, se signan y se persignan, formando un armónico dúo casi coreográfico.

Los uniformados conductores y auxiliares, de físico desigual, fuman charlando sobre su convenio colectivo. Están habituados a conversar en voz baja, pero, al no haber séquito, se desinhiben. Uno tercia con la noticia de Las Palmas de Gran Canaria sobre la sustracción de un coche fúnebre con un ataúd y un cadáver en su interior.

—Se ve que un vecino llamó al 091 denunciando los hechos. Dos jóvenes de veinticuatro y veintiséis años confesaron el hurto. Al parecer, robaron el coche, un ataúd, el muerto y un *kit* de maquillaje para la conservación del difunto.

—No me jodas.

—Pues eso...

—Ya ves tú cómo está el patio.

—Las llaves, siempre en el bolsillo.

—Se ve que al muerto lo escondieron un par de días.

—¿Pero qué hacían los conductores del furgón?

—Qué sé yo..., igual papeleo en el tanatorio, o lo que sea. Y, ¡zas!, que se llevan el coche con el difunto.

—Pero... ¿para qué querían el muerto?

—Por un anillo o por unos zapatos, tíos.

—Será que no hemos oído decir que gente de las funerarias les arrancaban los dientes de oro a más de un fiambre. Digo años atrás, cuando se llevaba el féretro a las casas particulares.

—Bueno, va, vámonos, que aquí hemos acabado.

—No tengas prisa..., calma. Que ya es tarde. Vaya a ser que nos caiga un traslado.

Los seis féretros yacen dentro de cada nicho, y diríase que asoman por última vez. Es hora de tapiar a los ignotos cuya audacia pagaron con la vida. A Recasens le apesadumbra enterrar a cualquiera que no sea un anciano. Teme los lunes por si hay algún accidente de moto del fin de semana.

Los conductores y auxiliares se ríen. Uno ha buscado en su móvil «accidentes de coches fúnebres»:

En la carretera nacional de Zamora a Santiago un coche fúnebre chocó contra un camión. Metieron por error al cadáver, que salió eyectado por la colisión, en la ambulancia, y al conductor herido se lo llevaba un furgón de cadáveres. El malentendido apenas duro diez minutos. Se da el caso de que el difunto era un vecino de Bande, que a su vez había fallecido en accidente de tráfico en el País Vasco.

—Qué mala leche.

—La hostia.

—Mira..., aquí hay otro caso...

Solo quedan dos nichos por tapiar y Tato no pierde ojo. ¿Quiénes serían? ¿Se conocían o el oleaje formó un grupo de dispersos? ¿Son parientes? Tato se hace estas preguntas saliendo del cementerio. ¿Dónde pasaron la infancia? ¿A partir de qué preciso momento dan el primer paso hacia la inmensidad marina? ¿Mecánicos, agricultores, algún profesor de escuela? ¿Cuándo empezó la hipotermia y se les escapó la vida?... ¿En qué momento fallece el primero y los demás se dan cuenta? ¿Quién falleció el último, como trágica penitencia?

Adel y Recasens oyen un potente silbido. Tato le ha comprado a la furtiva seis ramos alegres. Un sudoroso Recasens le mira sonriendo.

—Eres la hostia, Tato.

—Ellos son la hostia. Pon un ramo para cada uno.

Los chóferes comentan el caso de un conductor de coche fúnebre que conducía a ciento treinta por hora y le para la policía. Le pidieron la documentación. El conductor se excusó con que se la había dejado en el tanatorio. Le dejaron seguir a condición de que presentara la documentación,

cuanto antes, en la comisaría. Ya se había ido cuando la base de datos consultada, al introducir el DNI del infractor, dejó claro que no podía conducir al haber perdido todos los puntos del carnet.

—Este sí que es un figura.

—Con dos huevos.

—Cabronazo.

—Otra cosa: hoy han dado en las noticias un caso acojonante. Han contado lo del señor de ochenta años que ha muerto en Alicante. Una mujer se tira desde un séptimo piso. Que se suicida, vamos. Se tira y cae encima del viejo y le mata, y ella queda viva. El abuelo estaba sentado en un banco con su señora y le cae encima una suicida.

—Una muerte caída del cielo.

Cuatro guardias civiles entran con la mínima diligencia que les consiente la ola de calor. Tres pasos por detrás va el comandante, que sufre de ácido úrico y no rubrica los andares. La llegada de la autoridad provoca la disolución, fraudulentamente espontánea, de la asamblea de chóferes y auxiliares, que encochan ágilmente en sus mortuorios.

—Muy buenas, comandante y la compañía.

—Buenas tardes.

—Nosotros a lo nuestro, nos vamos.

—Vayan, vayan..., que ustedes siempre tienen trabajo.

—Adiós, comandante.

—Adiós, y que no os necesite en muchos años. Que, no sé por qué, este ácido úrico me matará.

—No diga usted eso, que está usted hecho un roble.

En varias maniobras diestras, los coches se reordenan con ingenio y salen en fila del cementerio.

Los guardias y su jefe se acercan al pie del elevador sobre el cual Adel y Recasens ultiman el sepelio.

—Recasens.

—Dime, comandante.

—Mira, ya hemos localizado a los muertos que robaron... Ahora te vienen en un furgón. Fue su hijo el que se los llevó. Los tenía en un piso alquilado. Según los vecinos les hablaba y todo. A los fiambres, digo. Vamos, como una regadera.

—Joder, menos mal. Menos mal... ¿Y el tema de los juguetes?

—Suyos. Vamos, ya te digo que como una regadera.

—Pues cojonudo.

—Digo que seguramente será un malentendido, o lo que sea, que esto ya se verá, pero hay algo más a tener en cuenta para hacer comprobaciones. Rutina.

—Dime.

—Pues nada, que tenemos que llevarnos al chaval. Vamos, a Adel. Digo que después igual no es nada, pero que ahora se tiene que venir.

—¿Qué pasa? ¿Por qué? No me jodas. ¿Qué pasa, Adel? Dime que ha pasado, por Dios.

El joven guarda silencio.

Recasens nota cómo caen gotas de sudor por la frente, como si no fueran suyas. Como si fueran gotas del mismísimo mar que rellenó los pulmones recién enterrados. ¿Sudan los muertos en días tan calurosos? Se pregunta por qué le duele tanto lo que le suceda al chico, y por qué le estalla en las sienas la lacra de la derrota. Los dos hombres, en lo alto del montacargas, y abajo, los guardias. Las cigarras han dejado de percutir. No hay viento. No hay nada.

—Bueno, pues que baje, y ya veremos cómo se aclara todo esto.

Tato lo advierte todo, como siempre, desde una cierta distancia. Un jardinero se encarga del decorado y la tramoya, pero nunca es protagonista ni secundario. Ve la vida como simple refrendatario, por jardinero y por prudente. La suya es la timidez acomodaticia de quien nunca envidia ni se resiente. Pero sabe que su amigo Recasens está viviendo una pesadilla inadmisibile. Él también.

Las dos viejas murmuran un padrenuestro como con el zumbido de un panal adormecido.

Suena el *Yesterday* y el día es ventoso. El matrimonio ha escrito un texto en el que dejan claro que nadie les ha ayudado, que es por su propia voluntad y que no quieren vivir una degradación perentoria y radical. En el texto se despiden de sus tres hijos, cinco nietos y seis amigos.

Virginia Woolf, Gérard de Nerval y Alfonsina Storni han sido lecturas habituales de la anciana Michele. Los tres se quitaron la vida... Su esposo, Píper, siempre ha considerado que la vida no debe tiranizarnos con su tendencia a la más indigna exterminación. Ambos han moldeado su criterio convirtiéndolo en acción. Como Cesare Pavese, no más palabras. Un gesto.

Con requerimiento existencial estándar, el matrimonio ha tenido una vida entrelazando calma, semilogros y ciertas alegrías. La decisión que han tomado, siendo asumida por los dos, es más de una mujer que a sus ochenta y siete detecta que su marido se diluye mentalmente. El pacto nórdico consiste en que, si uno de los dos da el paso, el otro le sigue.

Hoy no es día para nostalgias ni rememoraciones; hoy no es día para titubeos ni cavilaciones..., hoy no es un día. Hoy es el día. La tragedia consiste en comparar este punto final con el pasado, mientras que el bálsamo es compararlo con el catastrófico futuro que les espera, si siguen viviendo. Todo prisionero tiene el derecho y la obligación moral de intentar la huida.

Este no es un suicidio de actor de Hollywood convertido en un muñeco roto. Este es un suicidio arbitrado, en tiempo y manera, para burlar los acontecimientos acechantes de un porvenir jibarizado.

Michele y Píper escuchan ahora a Miles Davis con *It never entered my mind*.

Él no recuerda cómo se conocieron, pero ella es como si lo viese ahora mismo. Era día festivo en Copenhague y el sol parecía discontinuo entre nubes de guata. Se cruzaron por la calle Stroget seis chicas y tres chicos, como tantísima gente se cruzaba a cada instante. Ellos dieron media vuelta y

preguntaron a las chicas por un buen lugar para merendar. Michele propuso que les siguiesen, ante la incertidumbre de las demás chicas. Ahí estaba él, con diecinueve años, dos más que ella. Eran bellos, jóvenes y con la década de los sesenta en ciernes. La atracción fue crepitante y creciente. Se sintieron en el otro.

A ella le fascinó la energía vigorosa y el porte deslindado de Píper, y él deseó desde el primer momento a esa adolescente habladora, inteligente, sensitiva y sensual.

Ella acabó siendo profesora de literatura clásica de una *efterskole* pública, y él, trabajando en una agencia de publicidad con clientes prioritarios como Tuborg.

Pasada la vida, y en «el Día», ella se pregunta cómo toleramos que los años se vayan sucediendo sin agarrarnos a cada minuto, con la perspectiva de nuestra finitud. Presente significa «regalo» y, sin darnos cuenta, lo rechazamos cotidianamente.

Cuando se retiraron, se vinieron aquí buscando el alma de lo meridional.

—Píper, vamos a irnos juntos.

—¿Dónde?

—Ya sabes..., donde dijimos que iríamos algún día.

—No sé dónde.

—Mírame, Píper..., mírame. Mírame..., así. Mírame.

—Voy a trabajar.

—Ya no trabajas. Hace muchos años.

—Ve tú, voy a trabajar.

—¿De verdad no te acuerdas?

—¿De qué?

—Te quiero.

—Sí. Quiero merendar y me iré a trabajar.

El pentobarbital no es fácil de conseguir porque dejó de usarse en humanos hace mucho. Se usa para anestesia y sacrificio indoloro de animales domésticos. En Tijuana, por lo visto, algunos veterinarios lo vendían a extranjeros a precios de suicida.

Michele mira el mar desde la terraza de su apartamento. El agua mantiene un color azul de lapicero infantil y siempre hay algún velero, que diríase acuarela, y el viento incesante va dictando o llevándose emociones. Michele mira el mar que nos trasciende como nunca antes lo ha sabido mirar. Oye la

voz rota y rompedora de Janis Joplin.

Todo está dispuesto. Michele corta el agua y la electricidad, como cuando se va de vacaciones. La mujer siempre tuvo claro que nada debía hacerse desde el desespero.

—No hay luz.

—Todavía hay sol.

—Quiero luz para afeitarme.

—Ya te has afeitado.

—Otra vez.

—Tranquilo.

El álbum de fotos está sobre la mesa.

—Mira, este eres tú cuando éramos jovencísimos. ¿Te acuerdas?

—No me he afeitado.

—Mira, aquí estamos en Suecia, de viaje. ¿Lo ves?

—Se hace de noche.

—Mira qué guapo eras... y yo también.

—Sí.

—Aquí estaba embarazada de Constance. ¿Sabes quién es Constance?

Nuestra hija.

—Nuestra hija.

—Mira estas fotos con ella.

—Me iré a buscar a mi madre.

—Y aquí con el pequeño Hans y su hermana navegando. Y tú aquí, sonriendo. Mírate. ¿Tienes sed?

—No.

—Pues tienes que beberte esto.

—No.

—¿Los dos a la vez?

—¿Nos moriremos?

—Nos dormiremos.

—¿Nos moriremos?

—Sí, amor.

Michele envía un whatsapp a sus hijos. La última imagen en la mente del hombre fue el instante en que se cruzaron en Stroget.



Todo sucede de improviso y en apenas tres segundos. En lo alto del elevador, Adel solo tiene que colocar un pie en el nicho, agarrarse vigorosamente al voladizo superior y desaparecer por el tejado del columbario. El joven conoce a la perfección la techumbre por la disposición de las fosas comunes. Se desliza como un gato y se deja caer por la tapia, en su punto más bajo.

Recasens hace descender la plataforma al mismo ritmo que aumenta su abatimiento; como si su declive anímico se acompasase al quedo sonido hidráulico. El comandante de la Guardia Civil alza la mano en dirección a la salida del cementerio.

—¿Pero qué coño hace este chaval?... Venga, hay que perseguirle. En coche y corriendo. Yo voy yendo, que el ácido úrico me mata. Me cago en los cojones y me cago en la puta que me hizo. Pues estamos jodidos, Recasens, estamos jodidos.

—¿Pero qué ha hecho?

—El hijo de las momias robadas. Se conoce que lleva un lío en la cabeza y dice cosas raras, y no descartamos que el chaval este, Adel, tenga algo que ver con el robo de los cadáveres. El hijo de los muertos dice que ha pagado diez mil euros para que le hiciesen el trabajito de robar a sus padres... Eso dice.

—Coño, pero si tanto lío tiene en la cabeza el robapadres..., a lo mejor Adel no ha hecho nada.

—Sí, pero mira tú cómo se ha escapado el tío. Si no tuviese nada que ver, no se larga como un conejo asustado.

—Es que ya ha tenido alguna mala experiencia con vosotros, que al final quedó en nada.

—Quedó en nada porque tú eres un buenazo, Recasens. Quedó en nada porque... porque mira, quedó en nada.

—Pero él pasó el susto de su vida.

—Ahora sí tendrá el susto de su vida. Además, ¿quién mejor que él para robarte la copia de las llaves? Ahora sí tendrá el susto.

—Bueno..., solo si se demuestra que ha cometido algún delito. No demos nada por hecho.

—Para mí, Recasens, y mira que llevo treinta años en esto, el que huye no es un santo. ¡Hostia!... ¡Putá mierda de ácido úrico, me cago en la putísima!

—A ver si el chaval va a pagar lo que no deba por culpa de tus dolores.

—Más respeto, Recasens, coño, más respeto.

El día rompe a ventisca de lluvia. Sin saber por qué, Recasens se fija en el panteón donde reposan el que fue presidente de la banca comarcal y su familia. La sepultura tiene esculpidas coronas de siemprevivas, de pasiflora, amapolas y hojas de palma. Incluso, entre tanta flora, hay un pequeño búho. Son muertos ricos con el patrimonio aún artero. Adel es un vivo pobre y sin suerte.

La esposa de Recasens, como algunas veces, le espera en el despachillo del cementerio.

—Vaya lío, Noe.

—Lo he oído, lo he oído. Fatal.

—De esta no se salva. Mira que se lo dije y se lo repetí. ¡Me cago en la hostia puta!

—Tranquilo. Tú has hecho todo lo que has podido y más. No te mortifiques.

—¿Cómo ha podido meterse en un lío tan bestia y tan tétrico?

—Qué sabemos. Siempre decías que tenía deudas con mala gente.

—Pero me juraba y me perjuraba que ya lo tenía todo solucionado. Yo, venga que si mírame a los ojos y que no me engañes, y él, que no pasa nada. ¿No pasa nada?... Mira tú si pasa. Son ocho años aquí, ¡hostia! ¡Lo único es que se haya asustado al ver que venían a por él y que en realidad no tenga nada que ver con lo de los muertos! No sé, Noe.

—Pero al escapar se ha complicado la vida. Bueno, a ver qué pasa. Qué sé yo. No sé qué puedo decirte, Reca. Para cualquier cosa, él tiene tu teléfono. Vamos a esperar acontecimientos.

—Vámonos.

\*

El tanatorio tiene capacidad para seis cadáveres, pero hoy solo hay dos salas ocupadas, una para Michele y otra para Píper. Los tres hijos charlan sentados, mientras sus parejas chismean con la cincuentena de amigos y conocidos. Serena reparte los recordatorios.

En el ambiente, el reflujó del modo en que el matrimonio decidió quitarse la vida.

Dos gais recién llegados de Dinamarca, con indumentaria de piratas del Caribe, sollozan hablando de *Borgen* con un jovencito rubio. Dos ancianas con

posibles desaprueban la eutanasia y, ya puestos, la socialdemocracia.

Serena coloca dos centros florales sobre cada una de las cámaras de conservación, que mantienen los cadáveres entre cero y cinco grados. Desde que se forjó su relación con el director del tanatorio, la griega hija del archimandrita se siente una mujer nueva.

Un señor trajeado, pero casi sin cuello, escribe en el libro de recordatorios: «Por tantos momentos —tachón— agradables. *Asta* siempre. Pues —incomprensible—».

Todos saludan al cirujano plástico Salem. A su llegada, es reverenciado por una docena de clientes extravagantemente rejuvenecidos vía cánulas, cincel y disectores. Él devuelve el saludo, calibrando futuras liposucciones de cuentas corrientes.

Traen una corona de la Asociación para una Muerte Digna y el hijo mayor pide unas tijeras para cortar la cinta. Le dan unas del tanatopráctico especializado en peluquería funeraria, y la corona deviene anónima en un segundo.

Llega un comisario cejijunto para preguntar a los hijos si saben cómo consiguieron sus padres el pentobarbital, y le dicen que no lo saben. Les da una tarjeta y ellos le dan un recordatorio.

Serena acompaña a la máquina de refrescos a una señora mareada, y en ese preciso instante entra su ex, Pedro Munes, el encargado del horno crematorio. El hombre va ostensiblemente bebido y le dice a Serena que la quiere y que el horno crematorio no es lo mismo sin ella, y que su vida está vacía desde que se marchó.

—Vete, por favor.

—Te quiero.

—Vete, te lo pido.

—¡¡¡Te quieeeeero!!! —exclama Pedro, alzando la voz—.

La señora mareada se mal sienta en el suelo. Al oír el grito, se acercan algunos curiosos capitaneados por los gais «piratas del Caribe».

—¿Qué pasa?

—Esta mujer, que no me quiere, y yo estoy desesperado.

—Márchate.

Ante tal tensión, los gais proponen que se vayan de vacaciones.

—Ustedes se callan y vístanse normal y váyanse a tomar por el culo, que es lo que les gusta, y a la mierda todo.

Los «piratas» no entienden casi nada, pero, por el tono del hombre, infieren que su idea no ha sido bien acogida.

—O te vas ahora o llamo a la policía.

—Eres una puta.

La señora mareada ha perdido el conocimiento y llega el director del tanatorio, actual pareja de Serena, que le pega un puñetazo seco a Munes. Serena no sabe cómo reaccionar, y los difuntos se han quedado solos, porque todo el duelo presencia la trifulca. El cirujano plástico atiende a la desmayada, que parece no estarlo tanto. Munes sangra pletóricamente por la nariz.

—Que sepas que no vas a incinerar ni un puto muerto nuestro. ¿Me oyes? Ni un puto muerto más, imbécil.

—¿Y fonde los guevarás?

—A la capital. Me cueste lo que me cueste.

Serena tercia buscando la calma.

—¡Que no, que este mamón no me incinera a nadie más, por mis cojones! Va a tener que hacer barbacoas.

—¡Te *quiego*, *Segena!*

—Vete a querer a otra, hijo de puta, que Serena está conmigo.

—¡Te *quiego*, *Segena!*

—Vete, anda.

A los pocos minutos, la calma vuelve al tanatorio. La calma abismal, vamos.

Tato llega a su casa con el ramo de flores y besa a su mujer que, inmóvil en su silla de ruedas, está siempre mentalmente deshabitada. Tato anhela vanamente detectar en el semblante de su esposa un levísimo trazo de sonrisa.

—¿Ha comido algo?

—Un yogur y mucho líquido.

—Gracias, puedes marcharte.

Tato cambia las flores viejas por las de esta semana. En el modesto balcón, los dichos geranios y, además, surfinias en tiestos azules.

Denia y él se conocieron en unas fiestas patronales en las que actuaba una orquesta de casi veinte músicos. Las trompetas, la percusión, la reverberación y las voces de la banda estremecían al público. Quizá se habían visto antes, pero ese fue el primer día que bailaron. Denia estaba exuberante y Tato intentaba no pisarla.

Recuerda el *Te quiero*, de Nino Bravo, Simon y Garfunkel, o *Cuando tú no estás*, de Raphael.

Lo que le maravillaba de la bella Denia era su permanente sonrisa de adolescente. Era la paz apasionada y la calma sin tregua. Era una sonrisa de nubilidad y perduración.

Incluso en sus tímidas noches de recién casada, después del deseo y el abrazo consistente, llegaba la rúbrica de su sonrisa y su juiciosa mirada.

Vinieron la rueda de la dicha y los dos hijos, y la siempre saludable frugalidad. La vida.

La sonrisa de Denia era para Tato hipnótica y sugestiva. Su sonrisa y sus siempre adecuadas reflexiones le libraban de toda dolencia anímica. Tato adoraba a su mujer. Tato la adora.

Fue un golpe seco del autocar de línea, y otro, al impactar contra el suelo. Así fue. Así y dos meses de hospital en los que ya le dijeron que la sonrisa de Denia se había desvanecido para siempre. Su sonrisa y su inteligencia, y sus

palabras de consuelo, y su comprensión y su mirada de aquiescencia, y su amor y... ella.

—No sabemos si oye.

—¿Podrá hablar algún día?

—No, casi con toda seguridad.

—¿Y andar?

—Es un milagro que pueda sentarse en una silla de ruedas.

—¿Sufre?

—Consuélese. Su cerebro ya no sufre como el nuestro.

Tato coloca las flores nuevas en la mesa, junto a Denia. Se sienta, le coge una mano y se la acaricia.

—Las plantas del cementerio están muy bien. Hoy han llegado unos pobres desgraciados que se ahogaron en el mar. Adel se ha escapado... No sé yo este chaval... Creo que se ha complicado la vida. ¡Ah!, he pagado dos alquileres de los retrasados. Por cierto, ha llamado tu hijo, que vendrán la próxima semana, que hoy no podían.

El accidente sucedió hace doce años y seis meses. Ha tenido tiempo para sentir y para pensar de todo, sabiendo que la frontera entre sentimiento y razón es borrosa, cuando no recóndita.

Trabaja en el cementerio y, en extrañas ocasiones, percibe que su esposa es un cadáver no resuelto. Ni vive ni muere, ni está ni no está..., corpórea pero vacua.

—Venga, que te tumbaré... A ver para cuándo la grúa para acostarte. Claro, que para eso me tendrías que ayudar agarrándote bien fuerte. Y no sé yo.

Mientras empuja la silla hacia el dormitorio, Tato se fija en la foto de boda en el comedor. Ella sonríe y sus ojos son el universo. Muchos instantes soberbios y uno solo irremediable. Oscurece y un perro ladra con pereza y alguien llama a gritos a sus hijos para que suban a cenar.

\*

La recepción del taller es funcional e indeterminada. Podría ser una gestoría o un taller de bicicletas invisibles. El pirotécnico es un sesentón miope y casi geoméricamente cuadrado. Elabora con carbón, azufre y nitrato potasio. La pólvora no le gusta porque el humo subsiguiente impide que los fuegos artificiales se vean con claridad. Él usa propelentes, como la nitrocelulosa o

la nitroglicerina, para crear la pólvora sin humo. A todo ello se le añaden sales metálicas que emiten luz al arder.

—Mire, si le ponemos cloruro de litio, será una explosión roja. Si la quiere dorada, pues es con esto, que es cloruro de calcio. ¿Quiere que los dos sean del mismo color?

—¿Qué le parece?

—Yo creo que, si son colores distintos, sabrán cuál es de quién. El amarillo con sales de magnesio es un color muy vivo..., bueno, entiéndame, con perdón.

—¿Y azul?

—Muy bonito. Con nitrato de cobre.

—Pues él en rojo y ella en azul.

—Hecho. ¿Me los ha traído?

—Sí, en el coche.

—Pues mañana estará todo listo.

La zona de elaboración exterior es un auténtico poblado con más de ochenta casetas separadas adecuadamente. En una de ellas, el pirotécnico miope prepara dos cohetes concienzudamente y con la potencia suficiente. En el rojo, y en la carcasa anexa, vierte las cenizas de Píper, y en el azul, cuidadosamente, las de Michele. Ese era el deseo de ambos: su gente, una copa, música de Mozart y dos cohetes sobre el mar. A los dos les satisfacía volar, hasta el punto de que pedían siempre dos asientos de ventanilla.

Dos vidas convertidas en cenizas que van a volar y a estallar, que es precisamente lo contrario de la quietud en la sepultura o de las cenizas convencionalmente esparcidas. No, volar y detonar como adiós definitivo. Subir y retumbar, y ser después lluvia de minúsculas partículas que el viento traiga o lleve sobre el mar. Tronar y reventar mientras el eco aún resuena.

Poco sabe el pirotécnico miope de los dos adolescentes que, como todos los menores de veinticinco años, fueron capaces de creer que tenían tiempo por delante. Píper y Michele ya ocupan sus proyectiles. Mañana será la noche de sus últimas y sonoras voluntades.

Adel sigue huido, los muertos desaparecidos, de nuevo en su sepultura, y su «maduro» hijo, ingresado en prisión. Ni rastro de las llaves. A Recasens, mustio y pesaroso, le echa una mano Tato y, con fastidio, alguno de los auxiliares funerarios.

El verano cede y la codicia del otoño le escatima el ciclo de la luz, asomando ya la deslealtad climática.

Las viejas han reanimado sus dos tocas negras de punto que tejieron hace tanto. Se sentarán a partir de ahora en el banco más soleado y, cuando no, en el más guarecido. Así mudarán también de perspectiva, evocando olvidadas historias de cuando los muertos no lo estaban. Recordarán la historia del señor Doménico, que llegó de Italia con su familia cuando no había cumplido los quince años. Está enterrado solo, y separado del nicho de su familia, porque su padre, doctor en medicina, se negó a compartir sepultura con él.

El señor Doménico murió hace casi cuarenta años, pero hay ancianos que aún recuerdan su elegancia, su buena educación y elegantísima afectación.

El señor Doménico, que fue un buen estudiante de derecho, abrió en la capital una gestoría llamada Tempo, a la que acudían pasantes, viticultores, viudas y discapacitados de guerra. Solucionaba eficazmente cualquier enredo procedimental, maraña burocrática o dislate episcopal.

El señor Doménico era, según dicen, alto, moreno, bien plantado, velado y juicioso. Cuando quería cambiaba alguna vírgula y la entonación para aludir a sus raíces italianas y revelar su universalismo esperantista. El señor Doménico siempre vestía trajes *fitting*, que enloquecían a las jovencitas. En la sastrería donde los encargaba tenían un lema: «La sastrería no es solo hacer un traje, es convertir un paño en arte».

Una o dos veces al año, dicen, el distinguido gestor viajaba a París para profundizar en las últimas tendencias del derecho administrativo —*ad*, «junto a», y *ministrare*, «manejar las cosas comunes»—. La temprana lectura del



«Vuelva usted mañana» le marcaría para siempre.

Naturalmente, los viajes a París tenían su repecho cultural y, para qué negarlo, también lúdico. Al regresar de sus estancias parisinas, el señor Doménico hablaba de lugares de gran sociabilidad, de enorme tolerancia y de lo que calificaba como los «años locos» de Pigalle y Montmartre. Dicen que volvía enardecido y admirado, como quien busca la conquista de la permanencia.

El señor Doménico era, ya a los treinta años, un gran conversador sobre los temas más diversos. Lo sabía todo de los jardines colgantes de Babilonia, del mausoleo de Halicarnaso y de los significados de sables, gules o sinoples en heráldica. En aquellos años de juventud era, según dicen, un liberal convencido.

Don Doménico era invitado a galas, *gaudeamus* y cenas, en las que siempre se reconocía su elocuencia y sus nítidas premisas. Dicen que se desenvolvía con aptitud, olfato y agudeza.

En una sesión vespertina en casa de unos marqueses secretistas, don Doménico conoció al joven matrimonio formado por doña María y don Serván. Dicen que destelló entre ellos enorme entendimiento y cordialidad, y que tanto fue así que, a partir de aquel día, la avenencia fue apreciable.

Don Serván era un señalado importador de materias primas para sectores productivos diversos. Dicen que era admirable su tenacidad negociando precios en mercados internacionales. Fornido y gallardo, iba y venía con fuerza y eficiencia. Doña María era bella y sabía que los hombres se sentían atraídos por su físico, pero también por su indómita capacidad oratoria. Cada mes recibía revistas y publicaciones de lo ultimísimo en Roma, Londres y París. Eventualmente, le llegaba un porfolio de Moscú, que se hacía traducir por una señora rusa tiradora de cartas.

La química entre don Doménico y doña María no tardó en producirse. Ambos se interesaban por los avatares sociales, la literatura y los viajes. Se prodigaron las cenas conjuntas de los tres leales y las largas sobremesas irrigadas de buenos vinos, licorería diversa y, cómo no, alguna copa de la absenta del diablo.

Flora y Matilde han oído decir que las envidias levantaron pronto el vuelo, y que más de una maledicencia pretendía acuciar a la terna. Lo cierto es que ellos proseguían con sus vidas, que, de vez en cuando, entrelazaban con el afán de hacer de la existencia un emplazamiento menos hostil.

Ahí está la sepultura de don Doménico, que en lugar de crucifijo ostenta un compás sobre una escuadra y en su seno la letra G. Las viejas, cuando vislumbran heterodoxias en las sepulturas, se miran y cualquiera de las dos profiere: «Genio y figura hasta la sepultura».

Don Doménico, doña María y don Serván viajaron juntos a Viena. Dicen que fue en el edificio barroco de la Biblioteca Nacional Austriaca donde se sintieron conmovidos como quizá nunca antes. Les hablaban de los ocho millones de documentos, entre libros antiguos, mapas y papiros de la Casa de Habsburgo, y... de repente, entraron en la gran Sala Imperial, rodeada de altísimas estanterías de castaño con doscientos mil libros de entre 1500 y 1850, estatuas imponentes, frescos policromados y enormes globos terráqueos... Ante tal magnificencia y una atmósfera lumínica cautivadoramente hipnótica, la bellísima María entrelazó una mano con la de su esposo y la otra con la de Doménico. Nadie rompió el silencio con expresión alguna, y los dos hombres se aproximaron a ella lentísimamente, hasta la exaltación del levísimo roce.

Esa noche, en el restaurante principal del elegantísimo hotel Bristol, hubo quien aseguró verlos a los tres. Sonreían, apenas si cenaban y brindaban cada dos minutos. El gallardo Serván, a un lado; su esposa, en el centro, y Doménico, resguardando el flanco derecho.

—¿Cómo está mi amado esposo?

—Contigo, siempre se está bien María. Siempre.

—¿Y tú, Doménico?

—¿Vosotros que creéis?

—Eso no vale... ¿Qué crees tú?

—Pues creo que sois adorables.

—Pero eso ya lo sabemos, ¿verdad, Serván?

—Cierto, María... Queremos que Doménico nos diga cómo está y, sobre todo, qué siente. Necesita una copa más... Aquí tienes...

Doménico los mira con delectación sensorial. Dos amigos, dos aliados, dos compañeros, dos... El pianista acaricia el *Adagietto*, de Mahler. Doménico siente que se ha abierto un portillo que, suceda lo que suceda, jamás se podrá cerrar. Serván insiste.

—¿Te has quedado mudo?

—Sí.

—Olvida el miedo y olvida que has olvidado el miedo.

—¿Qué sientes tú, María?

—Te preguntamos a ti. ¡Camarero! Tres absentas, por favor. Te preguntamos a ti.

Doménico se asoma al absurdo de intuir lo que quiere decir, pensar que quizá sea lo mismo que ellos quieren que diga, y neutralizarse por pudor o decoro. Es posible que sus sentimientos y sus prejuicios luchen en milicias distintas, lo cual sería perfectamente natural. Pero no tiene ni atisbo de contradicción. La absenta se diluye centelleando en una amabilísima emoción.

—Lo que siento...

—Te escuchamos.

—Lo que siento es el inmenso privilegio de estar con vosotros, y un deseo indomable...

—Sigue...

—Un deseo indomable de no reprimir el profundo enamoramiento que siento hacia vosotros.

\*

La vieja Flora usa su pañuelo para sacarle el polvo a la sepultura de Doménico.

—Mira tú, que vas a dejar el pañuelo bien sucio.

—Luego, a limpiar y listos. ¿Será verdad todo lo que se cuenta del italianete?

—Yo le vi. Era muy elegante. Mucho.

—Dicen que guapo.

—Lo era. Su familia no le perdonó, por inmoral y libertino.

—Eran otras épocas.

—Mira tú, lo comprensiva que me has salido.

—Pues sí, cada cual con sus tripas y su corazón, y los demás que respeten, que es lo más cristiano.

—Ave María Purísima.

\*

Esa noche no hubo quiénes. Esa noche, en la suite del Bristol, rebrotaron en instantes de éxtasis y a nuevos parámetros de goce. Esa noche los tres vivieron

el resurgir de la inocencia en su declinación más granada. Esa noche no hubo quiénes. En el reino de sus espasmos, María juntó sus cabezas y esa noche no hubo quiénes. Sus brazos y piernas fueron temblorosas y lentas aspas amatorias.

¿Qué podrá hacer la pobre memoria para recordar cada beso, cada abrazo, cada arañazo y tanto estertor? Imposible, la realidad supera toda limitación de la ínfima memoria. Vivieron su utopía entrelazando cuerpos y aromas en una espiral acuosa e inacabable. La belleza. Esa noche no hubo quiénes. Fueron uno, y fue solo el principio.

\*

Las viejas oyeron decir que el servicio de doña María y don Serván contaba, de manera nefanda, la historia de los tres amantes. Las murmuraciones y la difamación arreciarían muy pronto.

—Doña María quedó embarazada y dio a luz a una hermosa pequeña.

—La gente dijo que era hija del pecado. Que es lo que generalmente dice la gente que tiene el pecado siempre en mente.

Por archiconocidos dictámenes morales, entendemos que una historia de felicidad debe acabar siempre en desgracia. Este caso soslaya todo preaviso. Es cierto que hubo calumnias y padres desairados, es cierto que hubo escarnios y negocios truncados, pero ellos no cesaron porque no querían, y quizá porque no podían.

Estuvieron juntos veintitrés años, aprendiendo la más difícil de las lecciones. Aprendiendo a desaprender. La niña creció saludable y comprensiva, y todo resultó portentosamente deleitoso y satisfactorio, hasta que Doménico enfermó de tal forma que ni un eminente doctor parisino pudo hacer nada. Se fue apagando febril y nostálgico, rodeado de sus amores.

—Y aquí le tenemos. Dicen que cuando le sepultaron le colocaron entre las manos la petaca de don Serván y una blusa blanca de organdí de doña María.

—¿Y los otros dos, y la niña?

—Dicen que el dolor que sintieron fue tan sin reverso que se fueron a vivir a Viena. Se les vio a menudo, incluso ya ancianos, en la Biblioteca Nacional Austriaca, dicen.

—Esto nunca lo he oído.

—Pues yo sí. Y, además, parece que su hija es escritora, y dicen que ha

venido al cementerio un par de veces. Creo que la vi. Mayor, pero bellísima.  
—Sea.

Son las nueve de la mañana y tiene que ir a trabajar. La esposa de Recasens mira la calle desde el balcón. La misma gente que tantos días, con leves variaciones de armonía. La cofradía de lo habitual. Sorteando coches, obstáculos y viejos, los apremiados escolares van a clase. Dos señoras parecen competir con el carrito de la compra para llegar antes a ninguna parte, y tres operarios miran una alcantarilla abierta como si observasen un trasmundo. Noe no duerme bien. En una página sobre el insomnio encuentra una lista de ilustres desvelados: Vivien Leigh, Marilyn Monroe, Rita Hayworth, Kim Basinger, Albert Camus, Winston Churchill, Adolf Hitler, Jorge Luis Borges, Jessica Lange, Halle Berry, Leonard Cohen, Michael Jackson, Peter Gabriel, Elton John, John Lennon, Hillary Clinton..., cientos. Noe bromea con su instancia psíquica, consolándose al considerar que el insomnio es propio del talento. Se consuela, además, pensando que su dolencia es flamante y puede que efímera, pero el desaliento es tenaz.

\*

El profesor Airton Teixeira detestaba tanto a los profesores de su adolescencia que decidió ser maestro para no caer en la abulia, la insipidez mental y la anemia cultural de los responsables de su malformación cultural y personal. Vamos, que se hizo profesor por despecho y como experimento filosófico-científico. El profesor Teixeira quería demostrar que, a poco que uno se esfuerce, se puede llegar a ser un maestro egregio y eminente. Todo es cuestión de disposición, actitud y anhelo. Pasados los años pertinentes con su absolutismo cronológico, el profesor Teixeira se jubila hoy. Sus alumnos le han preparado una cena de despedida.

El profesor, que enviudó hace seis años, recuerda hoy a su esposa mientras encaja los pocos útiles que aún quedan en su despacho. Mira por la ventana

mientras descuelga su título de Magisterio, y observa el pavo real del campus, quizá hoy más flamígero y refulgente.

Recuerda a su obeso profesor de Historia del Arte, que en los exámenes no podía evitar chivarse o dar pistas. Para denotar la profundidad y luminosidad de un pintor, encendía y apagaba el interruptor de la luz y se ponía en «profundas» cuclillas. Era la risotada. Cuando aparecían diapositivas de esculturas desnudas, toda la clase pateaba y, como el cable del proyector pasaba por entre los pies de los alumnos, los trastornados tiraban de él, dejando el aula a oscuras. ¿Cómo alguien que sabía tanto de Brunelleschi podía ser un perfecto tullido mental como profesor y un lunático impasible a todo escarnio?

El pavo real expansiona su plumaje hasta el paroxismo ante la humilde presencia de una paloma común.

El profesor de Religión de Teixeira era un sacerdote delgado, pero su sotana denotaba una barriga como de embarazo sin pecado concebido. El clérigo insistía en que Dios creó el mundo en siete días, y cuando algún alumno le preguntaba cuánto tiempo había pasado desde que se produjo la tal creación, él era categórico:

—¿Es usted imbécil? Es la obra de Dios y, por lo tanto, no es comprensible en la esfera de los tiempos. Al que me haga preguntitas de imbécil le hago copiar el Misal tres veces... Pero ya que insisten tanto, les diré que, para nuestra torpe mentalidad, podemos hacernos la idea de que Dios hizo el mundo hace unos cien mil años.

—Pero hay fósiles de 3.700 millones de años...

—Obra del diablo para despistarnos... Obra del diablo, señores. ¡Santa inocencia!

El cura les endilgó algunos textos del siglo XVII:

El Ángel San Rafael le dio un consejo al joven Tobías: «Los que se casan —le dijo, por satisfacer brutalmente su sensualidad— están bajo la potestad del demonio. Pero tú, después de haber recibido a tu esposa, guarda continencia por espacio de tres días y, juntamente con ella, no has de emplearte en otra cosa más que en la oración». Y añadió: «En la primera noche se ahuyentará el demonio, en la segunda serás admitido a la unión de los Santos Patriarcas, y en la tercera recibirás la bendición del Señor para tener hijos».

Airton Teixeira nunca olvidará al profesor de Matemáticas y su tendencia a mezclar el teorema de Tales, o las ecuaciones de segundo grado, con el

abofeteo. Era la superación de la matemática teórica por la vía del baqueteo físico. Ciencia y masoquismo. Con la sangre que los alumnos perdieron por la nariz a lo largo de cuatro años de golpearles brutalmente contra la pizarra, podían haber salvado varias vidas en Vietnam. Los alumnos intentaban entender los problemas de matemáticas con el terror del subyugado y el vértigo del mortificado. El cura tenía razón, el infierno existía.

La literatura era para Teixeira y los alumnos de su generación cuestión de pura y estricta memoria. Los escritores podían ser de naturaleza enfermiza, o bien su vis cómica no tenía parangón en la literatura universal, o tenían un temperamento enrevesado... Luego estaban las figuras del pensamiento, que eran prosopografía, etopeya, topografía, epifonema, preterición, lítote... El mensaje global parecía consistir en que el alumno desistiese de toda lectura y aborreciese y execrase la literatura. Desde esta óptica el éxito era categórico.

A lo largo de sus años de profesión, Teixeira ha intentado inculcar mecanismos mentales que liberen al alumno de toda presión memorística. El profesor ha estado siempre atento a los sistemas educativos más avanzados. Le apasiona que en Finlandia los alumnos solo tengan cinco horas de clases y no se lleven tareas a su casa, por lo que los chicos tienen mucho tiempo para las actividades extracurriculares.

Teixeira se ha fijado también en Holanda. Entre los pilares de su sistema se encuentra la igualación de todos los sectores económicos y etnias a través de la tecnología —todos tienen acceso al mundo digital—. Además, el gran *leitmotiv* de Teixeira: más que memorizar, se enseña a «aprender a aprender».

Teixeira ha seguido también el ejemplo de Canadá. En este país, se da atención personalizada al alumnado inmigrante. La educación social y emocional tiene como horizonte prevenir las situaciones de agresión y acoso escolar. En este tema, el del acoso, Teixeira ha sido muy estricto, diligente y vigilante.

Teixeira, el heterodoxo, no siempre se ha llevado bien con el resto de los profesores. Pero hoy, en el día de su jubilación, le han regalado un álbum de fotos de final de curso con las firmas del claustro y los mejores deseos de los docentes.

Adiós, muy buenas.

El restaurante es de los de minuta, tableros toscos prolongados y luz mohína. El ambiente se pretende rústico, pero el efecto es cristalinamente grosero. Cuando Teixeira llega, los veintiséis ya están sentados bebiendo



cerveza y el saludo de todos ellos, levantando la jarra, invoca más al *Oktoberfest* que a un homenaje académico.

Para el profesor, la cena del día de su jubilación es un cierto viacrucis. Toma asiento como un Cristo rodeado por apóstoles recientes y algunos de cursos anteriores. En ciertos casos, el profesor impartió clases a los padres y a sus hijos, pero no vislumbra ningún duplo entre los asistentes. Teixeira aprecia una ínfima pero percutiente sensación de ridículo. Arrecia la charla entre los alumnos, y los que le flanquean se comportan con puritana impostura.

—Que sepa que no hemos tenido ningún profesor como usted.

—Nunca olvidaremos sus métodos, puede estar seguro.

—Los otros profesores le criticaban, pero lo hacían porque envidiaban su originalidad.

—Nosotros no podíamos elogiarle porque provocábamos recelos en el resto de los maestros y podían bajarnos la nota.

Entre recuerdos, bromas y veras, se hilvanan conversaciones múltiples e inconexas. Uno de los más jóvenes lanza la pregunta.

—¿Lo de interpretar a personajes históricos es nuevo o ya lo hacía con vosotros?

—Ya lo hacía... Pero acordábamos las tres o cuatro preguntas que nos harían los compañeros en clase. De este modo, todos quedábamos bien.

—Bueno, esto debe de ser tradición porque nosotros también lo hemos hecho. Si te tocaba Platón... pues tres preguntitas de la *Caverna* y una de la *República*, y fuera...

Risas en el resto de la mesa.

—A ver, Cervantes... ¿por qué escribiste un libro tan largo y soporífero?

—Y tú, César, ¿dónde vas con esta faldita de maricón?

—Lo de ser Napoleón, ¿ya era de manicomio?

—Pero para lío de la hostia de verdad, cuando nos obligaba a ser Einstein.

—No, peor Freud, el hijo puta. No sabíamos ni qué preguntas chivarnos.

A Teixeira, las bromas sobre esta cuestión le duelen en lo más íntimo. Cuantísima ingenuidad por su parte. En sus clases de Filosofía, Literatura y Sociología, los alumnos se convertían en cada uno de los personajes que tenían que estudiar.

—Señor Sócrates, mañana nos contará usted en que consiste la ironía. Le podrán hacer preguntas y solo aprenderán lo que usted les conteste. Hasta mañana a todos y hasta mañana, señor Sócrates.

—Usted, emperador Octavio Augusto, cuéntenos el miércoles la importancia de los acueductos, el arado, la estatua, el teatro, el circo, la lengua y el derecho.

—Usted será Jesucristo la próxima semana. Nos contará cómo acabó con los dioses del Olimpo, y cómo el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio romano.

Se ha enterado hoy de las preguntas pactadas entre los alumnos. Se ha enterado hoy de que su método no ha sido mejor que el del profesor de Historia del Arte, y se ha enterado hoy de que no hay frontera entre creerse alternativo y ser friki. Los estudiantes se alambican al ritmo de caldos y cervezas, y el tono conjeturalmente jocoso va en aumento, al tiempo que se acrecienta la fatiga del profesor. A medida que pasan los empalagosos minutos y las risas anclan en lo disparatado, Teixeira se siente puro lastre innecesario.

Hoy no han venido los estudiantes más sobresalientes. El maestro piensa ahora en el estudio del profesor Csíkszentmihályi, que entrevistó a noventa y un genios de todas las disciplinas, incluyendo a catorce premios nobel. Publicó el resultado en el libro *Creatividad*. La conclusión es que los creadores más destacados suelen ser personas tremendamente solitarias y sacrificadas, pero difícilmente felices.

Los estudiantes más preocupados son los que obtienen mejores notas, según un estudio de la Universidad de Ontario. Y es que la capacidad de estar preocupados les fue muy útil a nuestros antepasados.

El profesor Teixeira ha explicado siempre a sus alumnos que, desde un punto de vista evolucionista, los costes de preocuparse por una amenaza que finalmente no ocurre son menores que los que tiene fracasar, a la hora de trazar un plan para evitar una amenaza que sí se materializa.

Los estudiantes depredan el postre y piden orujo de hierbas. Brindan por Teixeira y le dicen que tiene que interpretarse a sí mismo y que le van a entrevistar como si estuviesen en clase. Granizan preguntas.

—¿Vive solo?

—¿Se enrolló con la profesora de Matemáticas?

—¿Cómo va de la próstata?

—¿Es usted gay?

Dicen que es broma y empiezan a deambular como sonámbulos hacia la calle. La fiesta-responso llega a su fin.

A los diez minutos, el jubilado llega a su casa. Es la primera vez que va a

entrar sin tener ninguna obligación al día siguiente. Recuerda *El jubilado*, de Benedetti.

*El torturador  
ya retirado  
se sienta frente al mar  
en los atardeceres*

*la gaviota planea  
y a él le molesta un poco  
una libertad  
tan arbitraria  
hay dos o tres barcos  
que ocupan todo  
el horizonte*

*quiere decir adiós  
a esos que parten,  
pero de pronto  
no sabe bien por qué  
su mano  
es  
un muñón.*

En el momento de introducir, casi litúrgicamente, la llave, oye la inopinada voz de alguien a quien no ve.

—Profesor Teixeira. Felicidades.

—¿Quién eres?

—Un alumno con mala suerte.

Teixeira se acerca a la esquina desde donde procede la voz. Al verlo, tiene una agradable sorpresa.

—Un alumno bueno.

—Pero con mala suerte.

—Es compatible.

—Todo me ha salido mal.

—Un alumno verdaderamente brillante.

—Pues ya ve usted.

—Pasa, Adel.

Hoy entierran al señor Pedro Beliz, el fóbico. Dicen que coleccionaba fobias propias y ajenas. Quizá por ingenio, o puede que con toda seriedad, se pasó muchos años de su vida recolectando temores intensos e irracionales. Los apuntaba en un papel y su distracción consistía en tratar de experimentarlos. Según él mismo dijo en vida, intentó descifrar qué le confiere la gente a lo que le causa temor. Por lo que parece, algunas de sus conclusiones han tenido cierto crédito en el ámbito académico.

Beliz, barbudo y elíptico, era funcionario ocioso del DAF, el Departamento de Atenciones Fluviales. Nunca le faltó tiempo para profundizar en su afición.

A su entierro no faltan sus dos hijos, ni funcionarios ociosos, ni, especialmente, pacientes fóbicos. Ahí están, en semicírculo alrededor del ataúd. No hay coronas porque hay una señora florofóbica. Dos jóvenes están alejados por su encelofobia a estar entre la gente, y varios de los asistentes no se pueden mirar a los ojos debido a su oftalmofobia. Nadie puede hablar porque una señora muy elegante tiene oralofobia. Dos de los funcionarios ociosos acabaron desarrollando sus propias fobias de tanto como Beliz hablaba del tema. Uno de ellos no puede cruzar puentes y el otro siente cosquilleo de plumas.

La señora elegante se pone tapones en los oídos y toma la palabra un hombre de inquietante viscerocráneo que es el presidente del GPPL, Grupo de Psiquiatras y Psicólogos Lacanianos.

—Gracias a nuestro amigo Beliz hemos pasado de la teoría a la práctica. Gracias a su disposición a sufrir fobias, con un solo paciente hemos llegado a cerrar el tan ansiado círculo fóbico. Gracias a su contacto con muchos de los que estáis aquí, él ha experimentado la batraciofobia, la pogonofobia, la teratofobia, la tapinofobia, la ritifobia, filematofobia, la dorafobia, y la cimofobia. Pero su gesta no acaba aquí, porque hoy nos deja un hombre que descubrió tres nuevas fobias jamás antes conocidas, como son la pnigerofobia,

la estigiofobia y la medomalacufobia. Descanse en paz nuestro amigo X... Recuerdo que también tenía fobia a que se pronunciase su nombre. Y tened siempre presente que al sol y a la muerte no se los puede mirar directamente. Que Dios le perdone y le tenga en su gloria.

Como la señora elegante tiene tapados los oídos, los asistentes hablan mientras van abandonando el cementerio.

—Parece que no pueda ser.

—Se le veía tan entero, tan... fóbico.

—Se ve que la hija mayor tiene ritifobia.

—Pero si no tiene arrugas.

—Pues ya ves..., ha salido al padre.

Los dos jóvenes con encelofobia mantienen la distancia en todo momento.

—A la que te descuidas, se te acerca alguien.

—Hay que estar siempre con cuatro ojos.

—Manía que tiene la gente de formar grupos.

—Cállense, por favor, que me destapo los oídos.

Tato y Recasens recogen el material. Hace días que Recasens, por desaliento, desgana y preocupación por Adel, no le pone música a su madre. Los pájaros parecen tomar el relevo. La esperanza de vida de un gorrión es de tres años. Cuando llegamos a los noventa, solo hemos vivido lo que treinta gorriones. ¿Cuántos gorriones-tiempo hemos devorado ya en nuestra vida? Hoy, los volátiles andan revueltos en el cementerio al notar el cambio de tiempo y que se alongan las noches. Recasens se fija en uno de ellos que sale de las entrañas de un ciprés y aletea hasta posarse en un nicho alto, en el que se queda inmóvil. Es la sepultura de la joven y bellísima Esther, fallecida a los veinticuatro años. Las de niños y jóvenes son las inhumaciones que ningún enterrador quisiera perpetrar jamás. Ni distanciamiento profesional, ni sursuncorda. Por pequeño que sea un cementerio, siempre es el escondrijo de nefandas truculencias y la madriguera de silenciosas atrocidades. Pero la muerte de los jóvenes es la impiedad inexcusable de lo fortuito.

El cementerio es silencio y reposo, pero cada tantos nichos hay uno que parece lamentarse y desvariar en silencio. Es la sepultura de un joven, con su foto y su infortunio o su desatino. Son ya muertos cuando solo eran alguien en ciernes. Parece que la lápida fría y el hueco negro no sepan hacia dónde encauzar a los muertos tiernos. Los que han tenido suerte no están aquí, como no están aquí los que se han salvado en última instancia o los que la

casualidad ha ceñido con firmeza. No están aquí la inmensa mayoría.

Recasens siempre bromea diciendo que el cementerio debería estar vetado para los menores de noventa años. Como si la muerte cerrase por vacaciones.

El gorrión hace pequeños saltos en el mismo nicho. Dicen que Esther viajó junto a dos compañeras de curso a la isla Nuqui, en Colombia. El objetivo era ver las ballenas en su hábitat y disfrutar de un paraíso natural. Un vampiro hematófago del lugar ignoraba que su próxima víctima estaba cruzando el Atlántico.

Recasens les pregunta a las viejas si tienen algún recuerdo esbozado.

—Ya lo creo... La trajeron muertecita hace seis años. A la niña la conocíamos de pequeña porque sus padres tienen un colmado de ultramarinos. Pues resulta que ella y dos amigas se fueron, maldito sea el momento, de vacaciones a Sudamérica.

—A Colombia.

—¿A Colombia o al Perú?

—Colombia. No sé qué sitio, pero de Colombia.

—Me parece que era una isla.

—Sería una isla, pero de Colombia.

—¿Cómo estás tan segura?...

—Porque fue así. Eres tú la que despilfarras la memoria.

—Bueno, donde fuese..., se ve que para dormir les dieron una red de estas de mosquitos para que se cubriesen todo el cuerpo y evitar picaduras.

—Por lo visto, les dijeron algo de los vampiros, que son como murciélagos que chupan la sangre a los animales y, a veces, a las personas también.

—Algo así de terrible les dijeron...

—Lo contaron las dos amigas cuando volvieron. Que se ve que sí. Se ve que cuando uno de estos vampiros elige un animal para morderlo, no lo deja en paz hasta que la res o el cerdo se queda sin sangre. Si es una persona, ya se puede esconder lo que quiera y donde quiera que el vampiro sabrá siempre dónde está y le perseguirá. A Esther, dicen, le quedaron los pies fuera de la mosquitera. La pobre chica, al estar dormida, poco imaginaba lo que le podía pasar.

—Se ve que cuando muerden los dedos de los pies mientras duermes ni te enteras, porque tienen anestésico en los dientes. Se ve que el vampiro dejó a la niña bañada en su sangre y no hubo manera de salvarla.

—Además, se ve que el animal te mete un venenillo que no deja coagular.

En una noche puede ir y venir siete veces.

—Sí, porque con la sangre que chupa va a alimentar a las crías y vuelve a por más. Así lo contaron. Lo que yo no tengo tan claro es si fue Colombia o Venezuela.

—¡María Santísima, dame paciencia!

Recasens no sabe si creer una sola palabra, porque es tendencia muy humana el convertir un supuesto en evidencia y un medio sueño en certeza. ¿Cuánto espanto necesita el espanto para que una historia sea espantosa? Él recuerda, eso sí, la delicadísima belleza de Esther. La familia pidió que se abriese el ataúd antes de sepultarla... Allí estaba ella, exanguinada y con el hermoso semblante cristalino de una perla translúcida. Ni la muerte había podido con sus facciones seráficas. Recasens no recuerda un caso igual en el que doliese hasta el alma. La belleza entera se sepultó aquel día, y compartir con ella todos estos años ha sido como estar cerca de lo eterno. ¿Puede un enterrador sentir el orgullo de velar por algunos de sus difuntos predilectos? ... Recasens siente hoy de nuevo el disparatado y doloroso desasosiego de no tener hijos.

El gorrión ha vuelto a las entrañas de su ciprés, y luce un sol destintado y friolero.



Darío Seteé es un conocido escritor ganador de varios galardones literarios y colaborador de prestigiosos periódicos. Seteé, soltero de oro a pesar de sus muchos romances célebres, tiene cuarenta y dos años y acaba de regresar de Los Ángeles, donde ha participado en la Semana Literaria sobre Hollywood y la Psiquiatría. El escritor luce barba populosa, gafas Marshall, que se deslizan sobre su enorme nariz, y trajes Gucci como guantes. Seteé, ante su ordenador tripantalla, escribe un texto creativo para una revista de moda:

Se trata de una iniciativa de Naciones Unidas para evaluar el factor hereditario de las actitudes dictatoriales. Los que aceptan la prueba, durante tres años, quedan exonerados de devolver los capitales y el patrimonio inmobiliario conseguidos fraudulentamente por sus déspotas ancestros. Si abandonan, lo pierden todo.

El Balneario consta de tres naves enormes y de un vasto jardín central. Las naves tienen amplios ventanales, elegantes dormitorios, salas de lectura, clases de idiomas, internet, juegos, deporte y *spa*.

Los hospedados se agrupan prácticamente por su procedencia continental, a pesar de que, si se solicita algún cambio, suele estudiarse con detenimiento. Los hospedados pueden convivir mezclados durante el día, en la observancia del código del buen comportamiento. El incumplimiento por tres veces de alguna de las normas implica reclusión por un periodo no menor a una semana ni superior a un mes. Todos están expuestos a ser expulsados definitivamente, con gravísimas sanciones de los pertinentes ministerios de Hacienda y Justicia.

Los hospedados acaban de desayunar. La sesentona nieta de Stalin, Chrese Evans, luciendo gafas de sol y fumando un pequeño puro, pasea por el jardín. Su madre fue Svetlana Alilúyeva, la hija crítica de Stalin, fallecida en 2011. A la nieta de Stalin, delgada y provocadora, le fascina la estética *punk*, hasta el punto de que hace tres años se hizo una foto presentándose como una chica de acción, sujetando sobre el hombro un fusil de juguete y dos pistolas, como si fuese Tank Girl de *El Vibora*.

Ha quedado en la glorieta de los conciertos con la nieta de Mussolini, que, por fin y para alegría de muchos, abandonó su carrera política. La relación entre la nieta de Stalin y la de Mussolini no resultó fácil al principio. Sobria y reconcomida la una y expansiva y carnal la otra, diríase que nada tenían en común. Solo les une la animadversión que

sienten contra Kong Dongmei, que es nieta de Mao y tiene un patrimonio de seiscientos veinte millones de euros. Kong va a su aire, se las da de nieta de un líder moral sin precedentes y mira por encima del hombro.

—No me vengáis con Mussolinitos ni con psicópatas rusos. Mao era *El Gran Timonel* y dejáros de hostias. Fue el fundador de la China socialista, y ¡chis pum!

A la nieta de Stalin y a la de Mussolini, la actitud de Kong, les indigna.

Suena el móvil, y Seteé contesta.

—Dime.

—Es por lo de la cena de esta noche.

—Joder, acabo de llegar de Los Ángeles.

—Es que quedamos hace dos semanas. Es un tema publicitario de primer nivel.

—Estoy agotado.

—Te voy buscar. A las ocho.

—Hostia... Ok.

Seteé sigue escribiendo en pleno *jet lag*.

Kong les indigna por su supremacía oriental y amarillenta.

En cambio, Marko, el hijo de Slobodan Milosevic, es para ellas un encanto. Casi siempre mantiene la boca un poco abierta, como si le faltase aire o a saber qué. Marko es la debilidad de la nieta del dictador ruso, que cree que por más genocidio que hubiese perpetrado su padre nada se puede comparar con la escabechina de su abuelo Stalin.

—Mira Marko, un abuelo es un genocida de verdad cuando las muertes que provoca se cuentan por millones, y cuando unos historiadores dicen diez millones y otros, cincuenta. Esa es la cuestión. Cuarenta millones pueden haber sido aniquilados, o no. Mi abuelo Stalin era un perfecto cabrón. Tu padre, Milosevic, fue un aprendiz. Y tú, Kong, vete a China y no vuelvas, monada de ojos rasgados.

—Mi abuelo Mao tenía a los líderes soviéticos cogidos por los huevos. Se los apretaba hasta el punto de hacer una tortilla retorcida.

—Mi abuelo Mussolini se reía de todos vosotros y, además, miradme a mí. Genética italiana pura y dura.

—Atención, llega un grupo nuevo.

—Los nietos de Franco.

La nieta de Mussolini se tapa la cara con ambas manos.

—Dios, qué aburrimiento, y eso que mi abuelo ayudó a Franco.

La nieta de Stalin adopta una actitud de chulería gótica.

—Pues a mí que no me jodan. Me han dicho que son soporíferos y cristianos.

Kong, la nieta de Mao, está despistada.

—¿Pero el franco no era una moneda?

Llega una camioneta de la que descienden Carmen, Francisco, José Cristóbal, Jaime

Felipe, María del Mar y María de la O. Son recibidos por el equipo directivo del parador.

Alexander Adolf, el sobrino segundo de Hitler, tiene sesenta y ocho años y sale a saludar a los Franco, especialmente a Carmen, a la que ha visto en concursos de televisión. Se saludan efusivamente y dicen que se verán en la cena.

La nieta de Stalin les pide tabaco con aires de indiferencia. Jaime Felipe le da un puro, que ella guarda en el bolsillo de su cazadora. Se da media vuelta, ignorando al resto de los nietos y al mundo entero.

Sar Patchata, la única hija del genocida camboyano Pol Pot, pasa a toda velocidad con su Segway saludando a diestro y siniestro. Los nietos de Franco se apartan *in extremis* para no ser atropellados.

—Es su forma de darles la bienvenida. Acompañenme, por favor.

La cena se sirve en el comedor de invierno. Raghad Hussein, que tiene cincuenta años y es la hija del dictador iraquí, es la jefa de cocina esta quincena. El hijo del dictador ugandés Idi Amin, que tiene cincuenta y un años y está vinculado a Qatar Airways y Hwansung, se encarga de poner las mesas y servir bebidas. El comedor ya está al completo.

—Amin, no te nos vayas a comer, como hacía tu padre con sus enemigos.

—Aprendió de tu abuelo, punki estalinista. No vayas de moderna a tu edad, que das puta pena.

Los nietos de Franco se han sentado en el extremo de una de las largas mesas. Junto a Carmen, el sobrino segundo de Hitler.

Carmen no se siente cómoda.

—Están todos chiflados, José Cristóbal.

—Nosotros tampoco es que estemos muy equilibrados.

Alguien grita. Es la hija de Pol Pot.

—¿Otra vez puta cocina occidental?

Alexander Adolf, el sobrino segundo de Hitler, ríe de forma desaforada y sincopada.

—Qué bueeenno..., cocina occidentaaaal. Qué bueno..., ahahaha. Por cierto, Carmen, muy triste lo de la tumba de tu abuelo Franco.

—Sí, lo es.

—Mi tío segundo Hitler se suicidó, lo quemaron, pero no pudimos conseguir las cenizas.

—Bueno, consuélate, dejó Alemania reducida a cenizas.

—¡El chiste es bueeeenísimoooo!... Reducida a cenizas... ¡Qué bueno!

Kong, la nieta de Mao, tiene hipo y la hija de Pol Pot se mete con ella.

—Para de hacer ruiditos pequeño burgueses, gilipollas.

Un vigilante reprende a la hija de Pol Pot, que está secretamente enamorada de la nieta de Mussolini, que, a su vez, se siente atraída por el hijo de Milosevic, que apenas si habla.

Suena el móvil.

—Dime.

—Estamos abajo.

—Voy.

Media hora después, el escritor Darío Seteé y dos creativos de su editorial entran en un prestigioso restaurante francés. Les esperan tres representantes de una entidad bancaria que quieren su imagen para un *spot* publicitario. Por lo visto, es un anuncio en el que el célebre autor literario confía en el banco porque su padre y su abuelo habían confiado siempre en la misma entidad. Ni que decir tiene que se trata de algo meridianamente falso. En la mesa, todos los ejecutivos visten con la elegancia adecuada para recibir el título de Míster Gimnasio CrossFit.

—Me parece muy bien, siempre que lleguemos a un acuerdo óptimo. Dispéñeme.

Seteé abandona la mesa para ir a la *toilette*, donde abre la botellita y esnifa con la fuerza y la determinación necesarias para subir dos peldaños en la grada emocional. Antes de salir se mira en el espejo, reorganizándose el cabello con ambas manos. Se mira y remira, recoloca el cuello de su camisa y reafirma su americana, liberando los gemelos Piaget. En ese preciso instante, la convulsión y el espasmo intestinal son de tal magnitud que el cólico toma su propia iniciativa y Seteé siente que el tsunami diarreico inunda sus pantalones, goteando sobre sus zapatos Tanino Crisci. Siente que pierde el conocimiento.

\*

Adel habla con su exprofesor, con la voz tenue del huido y el esmero del que implora credibilidad. Ha tomado una ducha y viste una camisa blanca de Teixeira tres tallas más allá de la suya. El maestro le sirve un bistec y una cerveza que, al verter en el vaso, espumetea alterada.

Teixeira recuerda a Adel como uno de los estudiantes de contrastada inteligencia pero autoestima lacerada. Tenía la sapiencia que solo otorga la infancia ácida y la adolescencia al traspíe. El suyo era el sentido común de los desmadejados.

—Aún recuerdo tu redacción sobre el patriotismo. Era escéptica, sobria y dolorosa, Adel. Bien escrita. Luego, el trabajo sobre las invasiones...

—Usted, que me valoraba más por ser inmigrante.

—Se puede ser inmigrante y no servir para los estudios. Tú fuiste brillante, independientemente de tu vida y de tu procedencia. No me vengas con complejos. Nunca fui paternalista contigo.

Adel le cuenta a Teixeira el laberinto en que anda metido.

—Pero si no tenías nada que ver..., ¿por qué huiste?

—Ya tuve un lío con la Guardia Civil por una tontería y me hostiaron; y que si antecedentes penales y que anduviese con cuidado, y toda la chulería de esta gente. Vamos, que me acojoné cuando el otro día me vinieron a buscar. No se puede explicar racionalmente. Vi que me caían encima los dos muertos. No hay derecho... Ser inmigrante es una puta desgracia, Teixeira, se lo digo yo.

—Ni por esas..., no puede ser. Tenemos que ir y explicar la verdad, y decirles que eres inocente y que andan equivocados.

—De momento, me meterían en el trullo, y luego, que si juicio y todo el tema. Y a saber qué diría el hijo loco de los muertos. Ese puede inventar lo que le venga a la cabeza. Además, al haberme escapado, la cosa se pone peor.

—Bueno, te quedas aquí los días que quieras y ya pensaremos qué se puede hacer. Pero, otra cosa... ¿quién sacó a los muertos?

—No lo sé. Alguien que sabía del loco y que le sacaría pasta. Ni idea. Algún chapuza, que los sacó de mala manera y puso dentro los putos juguetes y dejó la lápida del revés... Un desastre. Todos pensaron que yo tuve algo que ver. Es una putada, pero es así.

—Pero, quien fuese, tuvo que entrar en el cementerio a deshoras...

—Seguro, esto no se hace allí de día, así, para que te vean todos.

—¿Conoces a alguien que haría esto por dinero?

—No sé..., hay que ser bastante insensato. Seguro que más de uno, por pasta, lo que sea.

—Puede que alguien le encargase el trabajo a otro.

—Alguien que supiese lo loco que estaba el hijo de los muertos...

—¿Y cómo entraron al cementerio?... Porque por la noche deben de cerrar.

—Sí, cerrado con llave. Dicen que no se forzó la cerradura. Se ve que alguien robó una copia de las llaves que estaba en el despacho del jefe.

—Estoy pensando...

—Dígame.

—No sé. Espera... Se me acaba de ocurrir algo.

—Usted me dirá.

—Que tuve un alumno que hoy en día es juez. Trabaja en la capital. Sí, Llorach, creo se llama. Te voy a preparar leche caliente con galletas. ¿Y la familia?

—Aquí solo un hermano con su familia, y no nos hablamos.

Teixeira poco imaginaba que su primer día de jubilado sería tan chirriante y discordado.

\*

La muerte por paro cardíaco de Darío Seteé ha tenido repercusión internacional. La muerte de un joven rico, y en pleno esplendor profesional, tiene un magnetismo hechicero para la prensa. Seteé era un escritor de *best sellers*, famoso, además, por sus relaciones pasionales con varias actrices famosas, dos millonarias y su odontóloga, que, según los maledicentes, sería trans.

Un periódico publica un artículo supuestamente reflexivo sobre la muerte del joven talento, buscando un nexo con las súbitas desapariciones de Albert Camus y Antoni Gaudí. Una televisión recoge la noticia, evocando con dudosa pericia los fallecimientos de Michael Jackson y Elvis Presley. Una revista semanal se refiere a la muerte de Seteé como la del escritor que lo será de los ángeles. Un diario digital se refiere a la noticia sin metáforas y más prosaicamente, denotando la posible relación de la cocaína con la muerte del escritor.

*Ninfas posmodernas*, *Historia de insomnes* y *Bering* son algunas de las novelas más famosas de Seteé, el soltero de oro. El suyo será un sepelio intensivo y resonante, que tendrá como última vereda el mausoleo familiar que Recasens y Tato ya avían.

El agente literario del escritor fallecido le pide a la literata y amiga Donata Alegre que acabe el texto que Seteé estaba escribiendo.

—Pero es un trabajo muy personal.

—Erais amigos.

—Pero es un poco presuntuoso por mi parte.

—Diremos que era una solicitud de la editorial y que hemos tenido que convencerte.

—¿No es mejor publicarlo inacabado?

—No le des tantas vueltas. Si alguien acabó el *Réquiem* de Mozart..., tú bien puedes acabar un artículo. Los beneficios, al cincuenta.

Donata los imagina a todos en el entierro de Darío Seteé. Se deja llevar por un parecido estilo de realismo obtuso. Se dan cita todos ellos en la sede de la Real Academia de la Lengua, donde se ha ubicado la capilla ardiente. Están

sentados en tres bancadas señoriales. Hablan en voz baja.

La delgadísima nieta de Stalin, que va de luto riguroso y gafas negras, está sentada en la primera fila, junto a Alessandra Mussolini y Marko Milosevic, que no para de llorar.

—Pero Marko, hijo, no puedes estar todo el rato llorando.

—Es que me impresionan lo de la muerte y el ataúd.

La nieta de Stalin, admonitoria:

—Dos hostias bien dadas y se te pasaba a ti tanta lacrimosa.

—Deja al chico y no seas tan severa.

—Mira tú, la Mussolini. Oye, que el Milosevic ese, su padre, tampoco era Walt Disney. Mira, o yo le doy dos hostias o tú le echas dos polvos, pero que este niño deje de llorar y aprenda a tener la boca cerrada.

—A lo mejor la que quiere dos polvos míos eres tú, estalinita.

—Yo con dos, ni para empezar. Los que tú quieras y más. Vamos, que nos montamos el eje Roma-Moscú cuando tú lo digas, guaperas.

Kong, la nieta de Mao, le pide un poco de respeto, y la nieta de Stalin le replica.

—Tú, King Kong, cállate, que te has dejado la cabeza en la mesilla de noche.

—¡Maleducada!

La nieta de Stalin se tira lateralmente de los ojos.

—¡China, que eres una chinita pekinesa!... Tienes cara de flan de huevo Mandarín.

En la siguiente fila, casi todos los nietos de Franco se han instalado en un estado fronterizo entre la fase REM y los ejercicios espirituales. La única que no puede dormir es Carmen, debido al intensivo proceso de seducción desorbitada a la que la somete el sobrino segundo de Hitler.

—¡Carmen, no sabía que eras tan divertida!

—Ya.

Sar, la hija de Pol Pot, se mensajea, móvil en mano, con Kim Yo-jong, la hermana del líder norcoreano Kim Jong-un.

—«Por aquí, un rollazo de miedo. Los occidentales, insoportables.»

—«Ya te digo... Por cierto, que mi hermano, que no me deja ir.»

—«Dile que estoy yo.»

—«Ya se lo he dicho. Está tonto con un misil nuevo.»

—«Pene pequeño.»

—«Clarísimo. Micropene, maximisil.»

—«Ja, ja, ja.»

Entran los de servicios funerarios y levantan el ataúd para llevárselo. Mientras el féretro se aleja, los familiares de los dictadores van desapareciendo como si se tratase solo de un espejismo. Al final, se diluyen en la nada.

Donata Alegre clica y envía el artículo a la editorial. No quiere llegar tarde al funeral real.

Recasens no recuerda un entierro tan rebosante y abarrotado. Se han dado

cita familiares, amigos, policía, prensa y curiosos. Este último apartado del índice humano, el de los curiosos, merece atención preferente por tratarse de un censo híbrido y dispar. Las crónicas han discernido que la mayor parte de los humanos pueden sentir curiosidad, pero lo cierto es que solo una minoría se perita, profesionaliza y diploma.

Los curiosos lo son de cualquier hecho o circunstancia, y constituyen en realidad el esperanto del merodeo y la indagación. Los curiosos de todo el mundo se observan entre ellos a través de las redes y la televisión. El evento pivota entre la boda, el entierro, el asesinato o el atentado, da igual, porque los curiosos del mundo se sienten delegados por los del evento local. Son gente corriente de una amplia horquilla de edad, vestuario inapetente e ilimitada capacidad de resistencia al tedio y al desánimo. Son los curiosos. ¿Qué por qué no se contentan con verlo desde su casa? Por la misma razón por la que se llenan los estadios de fútbol, para asistir a partidos televisados.

Recasens y Tato trabajan hoy para el gran público. El mausoleo abierto semeja una boca de metro a la nulidad, y los presentes se arraciman fingiendo que nadie empuja. Varias señoritas parecen disputarse la titularidad de abatida amante del difunto. El lleno es saturante.

En el exterior del cementerio está todo el excedente de cupo que no ha conseguido entrar, además de las unidades móviles y los numerosos coches del séquito. Una señora está tan nerviosa que dice que la ayuden porque tiene un ataque de pereza psicoespiritual, y un señor amable le deja un pañuelo sin apenas mirarla. Un conductor fuma un puro pequeño y tira la ceniza en una lata de cerveza, lo que provoca la reprensión de un jesuita divorciado. Es tal la aglomeración que los policías municipales piden que cesen las risotadas convulsivas de un grupo de adolescentes desabridos.

En el interior del cementerio, aparece por fin la sofisticada urna cineraria de Darío Seteé, y se aplaude de forma súbita y puede que intempestiva. La ovación, fruto de la espera y la fascinación, parece más propia de la llegada de la Copa de Europa que de unos restos mortales. Los de la prensa hacen fotos hasta el desvarío y se percibe el éxtasis de un acontecimiento digno de casi un minuto en los informativos. El no va más.

Dos horas después, Recasens y Tato se consuelan del vacío existencial en el bar La Nao con dos cervezas y unas patatas bravas. Vuelta a la normalidad. Los gorriones reocupan posiciones. El día se deja caer, y el perro... hoy tampoco ladra. El tren suena a lo lejos como si siempre marchase para no



volver.

Noe es mujer paciente. Sabe que ella puede quedarse embarazada, pero no de su marido. Lo sabe desde hace poco tiempo y no ha querido decírselo. Prefiere quedarse en lo de la difusa «incompatibilidad» que afrontar la infertilidad de Recasens. Hoy se ha maquillado y viste pantalón negro y blusa amarilla. Se siente y está atractiva. Hoy libra de la cocina del centro terapéutico. En la sala de espera, repasa la documentación que le han brindado.

La inseminación consiste en depositar los espermatozoides en el interior del útero. La selección de los donantes de semen se realiza de acuerdo a las características fenotípicas e inmunológicas de las mujeres receptoras.

El día de la inseminación se descongela la muestra de semen de donante y se prepara en el laboratorio de andrología. Una concentración de estos espermatozoides se utilizará para la inseminación.

—¿Y después de la inseminación?

—Nada, en reposo aquí mismo un cuarto de hora, y listos. Lo único es que durante veinticuatro horas nada de baños de inmersión, ni relaciones sexuales.

En las últimas semanas, Noe ha oscilado entre dar el paso a lo azaroso o retroceder hacia la tranquilidad. Apaño o lance. Noe ha sido siempre una mujer de temperamento estable, que apenas ha tenido que bregar con la tiranía del estado de ánimo. Hasta hace poco más de dos años. Primero fue incipiente, pero después se incrementó un asfixiante sentimiento de culpa por no poder darle un hijo a su marido. Lidiar con la infertilidad ha socavado su paisaje emocional. Noe siente añoranza de la mixtificada normalidad. Casarse y tener hijos parece un todo totémico del que para Noe resulta difícil escabullirse. Ahora sabe que Recasens no puede tener hijos y quiere romper las amarras del destino. Quiere tener un hijo como si su marido la hubiese dejado embarazada. Todo en secreto. Quiere olvidar definitivamente los prolijos andurriales

burocráticos que les han impedido adoptar.

Nadie manda, en realidad, sobre su pensamiento cuando irrumpen los tañidos del desaliento, del mismo modo que nadie puede predecir o prevenir la cercanía del precipicio. Cuanto mejor estamos más difícil es vislumbrar un desánimo que se inocular lentamente en nuestra confianza. Noe se ha venido abajo como jamás habría podido presentir.

—Tranquila... Así. Muy bien. Listo. Ahora, quieta durante unos minutos. Puedes respirar mujer, que te has quedado contraída.

—Es la impresión.

—Ánimo.

—Gracias, doctor.

—Venga, ahora es cuestión de que esto prospere.

—A ver.

—Optimismo.

Pasadas varias semanas, lo que parecía sencillo no fructifica, y al tercer intento le dicen que van a extraerle óvulos para tratar de conseguir un embarazo *in vitro*. Casi siete mil euros, si todo va bien. Imposible.

Cuando Noe sale a la calle le parece que todo pesa más y que los árboles tienen las raíces más profundas, y que los coches son de plomo, y la gente, de cadmio, y de níquel, su propio corazón. Noe percibe que mentir, sin objeto ni provecho, es como pecar sin ganancia alguna, y que el agravio y la culpa pueden ser severos.

Tato lee el periódico en voz alta sentado junto a las viejas.

—Miren lo que dicen estos:

Nosotros no moriremos, viviremos cien, doscientos, miles de años. Es más, puede que dentro de unos siglos nos volvamos a encontrar para hacer otra entrevista.

—¿Qué les parece?... Son unos que están inventando tratamientos para que seamos inmortales.

—¡Madre del amor hermoso!

—Es gente que trabaja en empresas americanas, que dice que viviremos cientos de años.

—Eso es burlar a la naturaleza. Ave María. Lea usted más.

La evolución hizo un gran trabajo, pero existen unas siete causas relacionadas con el envejecimiento que podemos combatir.

—Nosotras tenemos las siete causas, Flora.

—Llegamos tarde, Matilde.

Pasaremos de la evolución biológica a la evolución tecnológica.

—Vamos, que al cementerio le quedan cuatro días si la gente acaba siendo inmortal.

—Venga, Tato, que eso es palabrería para llenar periódicos.

—Es un sin Dios, eso es lo que es.

—Señoras, la ciencia puede cambiar la vida de la gente... Igual dentro de poco las veremos a ustedes como dos jovencitas recicladas. Que bien guapas deben de haber sido en sus años...

—Mira tú qué zalamero.

—Esta era guapa, yo era más bien desairada.

—No digas eso, que tenías buenos pretendientes.

—Sí, pero más por la plática que por el palmito. Como los tímidos eran reservados y solo balbucían, pues yo cuchicheaba.

—Ya me hubiese gustado a mí ser tan recitativa.

—Ni falta que te hizo, que a ti sí te venían los gallardos. ¿Qué más dice el periódico Tato?

—Dice que en 2045 todo estará listo para la microtecnología, y que cada día viviremos más y la muerte estará más lejos, hasta que seamos «amortales».

—Mira tú por dónde, el extravío de la ciencia. Y nosotras reseca, ajadas y marchitas.

—Sí, pero muchos no han llegado a nuestra edad —dice señalando un nicho—. Mira tú Millán, el mal notario. Murió a ninguna edad.

—Murió bien joven y confuso, el pobre.

—¿Qué le pasó?

—¿No lo sabes, Tato?

—Le llamaban *El Mal Notario* porque no aprobaba las *posiciones*.

—Oposiciones.

—Estudiaba como un condenado día y noche. Su hermano era notario y su padre, juez, y se ve que, por tales parentescos, Millán se aprestaba con más ahínco para sacarse las notarías.

—Para no ser menos, Tato. Se quemaba las pestañas, dicen, y para Millán el reloj dejó de existir, y vivía de espaldas al mundo y sepultado por los libros y los papeles. Le creció el pelo y la barba, como si fuera un náufrago en una isla de libros.

—Si alguien le decía algo, ni contestaba ni levantaba la vista. Dicen que su novia le dejó y que él no se enteró hasta pasados seis meses largos.

Tato va barriendo las intermediaciones.

—Ustedes le ponen salsa inventada. A mí no me digan.

—Créanos, Tato, créanos. Los vecinos le oían recitar leyes y códigos como si fuera un loro gris. En tal medida era la cosa que un panadero del patio interior se las sabía de memoria y se hacía pasar por abogado vendiendo panecillos y tartaletas. Bromeando, le digo. Vamos, como broma.

—¿No os dais cuenta de que es imposible que sepáis tantas cosas de la gente?

—¿No se da usted cuenta de que la comarca es pequeña y que la gente habla

mucho? Yo le pregunto: ¿usted cree que podría vivir aquí muchos años sin que todo el mundo lo supiese todo de usted, Tato?

—Piensa que ahora la gente se entretiene con la tele y los *intrenets*...

—Internet.

—Pero antes no había más que curiosidad y murmuración por la gente de carne y hueso. Por cierto, que poca carne y mucho hueso es lo que tenía nuestro estudiante. Mire, entraron a robar a su casa y ni se enteró. Les dijo a los maleantes que buenas tardes, sin siquiera levantar la vista. Se conoce que los ladrones eran gente honrada, porque se llevaron sus cosas con educación, esmero y sin hacer ruido.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo estuvo así? Digo yo que aprobaría algún día.

—No corra, Tato, no corra. El padre del estudiante Millán falleció de repente en pleno juicio. Una mujer declaraba contra su marido, acusándole de jugarse sus joyas al remigio, cuando el juez cayó redondo.

—Aquí —dice una de las viejas señalando al nicho— se sepultó al padre de Millán, y aquí se sepultó, tres años después, a su madre, que murió de meningitis.

—No, peritonitis, creo. Pero el hijo no fue a los entierros.

—No, porque se conoce que tenía que estudiar. Pero lo de la madre era meningitis, que yo pondría la mano en el fuego.

—Señoras, ya he barrido este sector siete veces. ¿Cómo acabó el pobre Millán?

—La asistenta de la familia siguió cuidando de él, le llevaba purés, le metía bajo la ducha con los libros envueltos en plástico, le repeinaba... Así hasta los veintinueve años.

—Al final, le llevaron en taxi a examinarse y él seguía estudiando. Antes de entrar hizo un último repaso que duró seis días. Nadie le encontraba.

—Estaba en un bosquecillo cercano muy asilvestrado y hecho un eccehomo, estudiando, como siempre. Cuando lo llevaron de nuevo a su casa, el hombre iba de mal en peor. Le hospitalizaron con una infección mala en la pleura, y como última voluntad pidió que el tribunal ese de los notarios le examinase en el mismísimo hospital, oiga. Su hermano notario pidió compasión y tres magistrados, por respeto también a su fallecido padre, el juez, rodearon la cama del moribundo.

—El desgraciado Millán casi no tenía fuerzas para hablar de cómo se le iba la vida.

—Se acercaron los tres eminentes señores para escucharle mejor.

—¿Y qué les dijo?

—Que no estaba preparado. Que si podían volver en medio año. Se ve que quería remachar un par de temas.

—Aquella tarde noche se le fue la vida agarrado a los papeles de tal modo que aquí está enterrado con sus libros. Dicen que desde allí arriba ayuda a los que se presentan a *posiciones*. No sé yo.

—Oposiciones. Ya ves, Tato, que hasta lo más bueno, si es en desmesura, te avinagra hasta matarte.

Tato pasa cuidadosamente la escoba bajo el nicho de Millán, *El Mal Notario*, y coloca su mano sobre la lápida. Dos cotorras gorjean volando casi en espiral y tres nimbos eclipsan el cementerio. Frío novísimo.

En la amplia sala acristalada, el diputado Brenan está frente al ordenador, mientras su esposo Israel practica yoga ayurveda para vata.

—Mira lo que dice aquí:

Un equipo de científicos del Centro de Investigación Económica Ragnar Frisch en Noruega ha demostrado que la inteligencia humana está en declive, tras analizar las puntuaciones de cociente intelectual de aproximadamente setecientos treinta mil hombres nacidos entre 1962 y 1991.

Israel, psicólogo, tiene la cabeza metida entre ambas piernas, con el cuerpo completamente doblado como una mesa plegable.

—Ten en cuenta que la definición de inteligencia ha cambiado en la era digital esta que estamos viviendo. Seguro que no es tan grave como lo pintan.

—Puede, pero luego dice que: «Esta tendencia a la baja es una reversión del efecto Flynn, un término que describe la gran mejora del cociente intelectual desde los años treinta».

Israel ha cambiado a la postura del árbol, apoyado en su pie derecho y sintiendo, dicen, su conexión con la tierra.

—Mira, esto es fatalismo pseudocientífico y punto. Ni caso... Hostia, me arde el pie derecho.

—Debes de tener gota.

—No, es la conexión telúrica.

—¡Ah!, vale.

—¿A qué hora te vienen a buscar?

—En una hora.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Sí. Es un privilegio. Me hace mucha ilusión.

—Hace mucho frío y es mucho rato.

—Voy superabrigado.



—Te he dejado todo lo de interior encima de la cama.

—Eres un sol. Voy.

—¿Quién es mi rey?

—Servidor.

Israel se centra ahora en la paschimottanasana. Inhala y exhala, apoyándose en los glúteos.

Una hora y media después el diputado viste unos pantalones dorados de fantasía y una camisola no menos extravagante. Está nervioso. Es su primera vez. Obedece cada una de las órdenes que recibe sobre cómo debe hacerlo. Le impresionan los reflejos iridiscentes que la luz artificial genera al percutir en la indumentaria.

El maquillaje es muy teatral. Le cuentan que es muy importante que se vea desde lejos, y le marcan el contorno de los rasgos faciales con tonos claros y oscuros. El diputado acaece y sobreviene mezcla de actor de Kabuki y de Boris Karloff. Luego vienen la peluca, la corona y la capa mayestática. El diputado Brenan echa una ojeada a la Wikipedia:

La leyenda narrada en el Evangelio de Mateo cuenta que los magos vinieron de Oriente, guiándose por una estrella que los condujo hasta Belén.

Antes de llegar, visitaron al rey Herodes el Grande en la ciudad de Jerusalén, a quien interrogaron por el nacimiento del Rey de los Judíos. El monarca, después de consultar a los escribas versados en la Biblia, les aseguró que el niño debía nacer en la pequeña ciudad de Belén, como establecía la profecía de Miqueas. Agregó astutamente que, de regreso, hablaran con él para darle noticia del sitio exacto donde se encontraba el niño, y, así, poder ir él también a adorarlo. En realidad, según el relato bíblico, su intención era darle muerte.

Después de un prolijo almuerzo, los tres Reyes Magos ya se dirigen en coche a la zona portuaria, donde embarcarán en un velero con el que supuestamente llegan por mar desde Oriente. El diputado es Melchor, Gaspar es hijo del difunto y devoto alcalde Bryson, y Baltasar lo interpreta cada año un señor guineano y podólogo. El diputado nota que quizá ha comido demasiado y siente un cierto nerviosismo en el estómago. En realidad, siente que se le ha cortado la digestión. Piensa que deben de ser los nervios.

Cuando bajan de la camioneta, les esperan los treinta pajes y carteros que los acompañarán en la embarcación. Brenan siente una acidez lacerante. Los organizadores llevan un distintivo rojo y tratan a los reyes con el respeto

debido a su mayestática dignidad.

—Por favor, los reyes, por aquí. ¿Ya han ido ustedes al lavabo? Si no, vayan ahora. Piensen que si después tienen una impedimenta tendrán que aliviarse encima.

—A ver, por favor, primero suben los pajes y después, los reyes.

—Espera, que igual quieren ir al lavabo.

—Venga, tres minutos.

El diputado Brenan siente unas repentinas ganas de orinar, lo cual moviliza a tres funcionarios en estado de *shock*.

—¡Melchor quiere orinar!

—Que alguien le acompañe. ¡Que no vaya solo!

Desde un *walkie* alguien grita:

—¡Tienen que subir al barco ya, y ya es ya! Gggggg. ¿Me oís? Gggggg. ¡Ya es yaaa! Gggggg.

Baltasar, el guineano podólogo, bosteza tranquilamente.

El diputado Brenan entra al lavabo sin siquiera mirarse en el espejo y se baja los pantalones, arremangándose como puede el vestido real hasta quedar con la cara tapada y prácticamente sin respiración. Le resulta difícil mantenerse en esta situación con una sola mano, pero, con sudores y escalofríos, consigue liberarse del *slip* y se aventura en una micción bidireccional de la que ignora los resultados tácticos. Sigue sintiendo un enorme malestar digestivo. Quizá debería deponer, pero es imposible. El diputado se pregunta si en la Biblia cagaban.

—Majestad, le esperan ya, pero ya.

Mientras Brenan recompone su vestuario, siente la orina caliente que en buena parte ha caído en los bombachos. Las fuerzas vivas consideran un honor participar en la Cabalgata de los Reyes Magos, pero Brenan se da cuenta, en este preciso instante, de que él no sirve.

—Melchor viene al barco. Repito, Melchor viniendo. ¿Me copiáis?

—Ya..., que venga, pero ya.

Al acercarse al velero clásico atracado en el puerto, Brenan comprueba que la nave asciende y desciende debido al molesto frescachón. Aprovechando el ascenso, pone un pie en la goleta sin poder mover el que todavía tiene en tierra. Al descender el barco, el Rey Melchor cae a bulto en cubierta, ante el espanto de los organizadores que lo ven desde el puerto. El diputado es asistido por siete pajes y dos carteros, que hacen cuanto pueden para dejar al

monarca oriental en perfecto estado de revista. El guineano podólogo que hace de Baltasar sonrío con la sapiencia que dan los años. El Rey Gaspar se rasca la nariz con la bocamanga. El barco se mueve y los reyes toman asiento. Al desamarrarlo, el viento lo abate en una ingrata escora.

A los veinte minutos llegan al puerto de la capital, donde una gran multitud espera a los Reyes Magos. Familias enteras con sus pequeños, que, tapados hasta las orejas, están frenéticos. Entre el público están Pedro y Serena, del crematorio, que vuelven a estar juntos y han llevado a un sobrino a la cabalgata. El diputado Melchor tiene que dirigir su discurso al alcalde. Saluda al público moviendo la mano como si parase un taxi. Rebusca en un bolsillo. Rebusca en el otro. El discurso no está. Definitivamente no está. Al ir al lavabo se le habrá caído. El Rey diputado entra en un estado de angustia inverosímil que apenas logra controlar mentalmente. El alcalde le mira y se hace un silencio. Varias televisiones están transmitiendo en directo.

—Melchor va a hablar. Quiero primer plano. Cámara dos.

—No habla.

—¿A qué espera? Plano general, cámara tres, y cara de niños, cámara cinco.

El diputado Melchor está básicamente indispuerto y aturdido. Le sobreviene una angustia entre el vahído y la arcada.

—No habla. Solo saluda con la mano.

—Plano del alcalde. ¿Qué hace?

—Abraza a Melchor y le dice algo al oído. Melchor se agarra al cuello del alcalde y los dos están a punto de caerse. ¡Hostia, hostia, hostia...! Al separarse, el alcalde se ha llevado la peluca de Melchor y no sabe cómo arrancársela del traje. Ahora sí. Se la devuelve y Melchor se la recoloca y recoge la corona del suelo. ¡Plano general, y entra vídeo historia de los putos Reyes Magos! ¡Cuidado, no... que Melchor habla!

—Señor alcalde y queridos niños. Aquí estamos. Os traemos el pan y la sal, y os deseamos una feliz noche.

—¿Qué dice este hombre?... ¡El pan y la sal se lo da el alcalde a él!

—Pues bienvenidos, Reyes Magos, a nuestra ciudad y que podáis trabajar en paz y armonía.

Ya en su carroza, el diputado saluda con su mano. Al vomitar, la barba de Brenan queda como la de un perro schnauzer saliendo del agua. Es una de las peores noches de su vida. Los cientos de niños que ve a lo largo del recorrido le parecen el mismo. Brenan, ya febril, baja de forma convulsa de la carroza, y

un motorista de la policía municipal, para no atropellarle, se lleva por delante a tres pajes que acaban en urgencias. Un cuarto de hora después, Melchor es detenido por nudismo.

La carrera política de Brenan cae en picado. Abandona su acta de diputado. Las imágenes del Rey sin peluca y del diputado desnudo se hacen virales en el mundo entero, y Brenan entra en una depresión anoréxica. Su esposo psicólogo decide abandonarle, según dice, como mejor terapia de autoayuda para Brenan. A los dos meses, el diputado, conduciendo en estado de indisimulada embriaguez, mata a un abogado que circula en patinete eléctrico. El único que le visita en la cárcel, de vez en cuando, es el podólogo guineano.

—¿Qué hay, Melchor?

—¿Me traes carbón, Baltasar?

Cuando Recasens entierra al abogado, piensa que la vida es esencialmente curiosa. El Rey Melchor mata al abogado de una infanta con problemas judiciales. Los Reyes Magos no existen, pero los otros sí.

Algunos de los que acuden al entierro, no saben si llorar o reír. El abogado atropellado era soltero, francmasón y maquetista. Hace un frío benévolo.

Empujando las varillas de los relojes existenciales, relativo e implacable, el tiempo nos ha llevado a la primavera. Dicen que envejece más el miedo que el reloj. Hace un día ventolero e insurrecto, pero también cadencioso. El cementerio guarda hoy la inactividad de una de las treguas que brinda la muerte.

Recasens se gira y ve a Noe. El viento mueve los cabellos de la mujer, aunque hoy bien podría ser lo contrario. De pie, bella, mirando y sin decir nada.

—¿Tú aquí?... ¿No trabajas hoy?

Apartándose el pelo de la cara y mirando fijamente a su marido, sigue sin decir ni una sola palabra.

Recasens deja caer una corona de flores marchitas en el suelo.

—¿Pasa algo malo?... Dímelo.

Noe había pensado tantas veces en un momento como este que la conversión del deseo en realidad le produce vértigo y una leve cuota de desfallecimiento. Noe siente que quizá las más crueles de las mentiras son las piadosas. La mentira piadosa es el engaño con descargo, justificación y pretexto. Es una mentira con supuesta indulgencia plenaria. Lo peor. Por otro lado, la verdad es un arma y depende de cómo se utiliza. Ella va a mentir a Recasens haciéndole creer que el hijo es de los dos. Piensa que el mayor acto de amor y consideración a su marido es hacerle creer que lo imposible ha sucedido. Los doctores siempre habían dejado esta puerta abierta. Aunque muy remotamente, pero podía producirse un embarazo. Ella se dice que a pesar del tratamiento *in vitro*, no es imposible científicamente que su embarazo haya sido posible carnalmente con su marido. Jamás lo sabrá. Jamás se sabrá.

—¿Me vas a contar lo que te pasa?

Pero la levadura de la infidelidad instila también sus enzimas en el entendimiento de la mujer, que todavía no ha oralizado la palabra «embarazo».

Le hace sentir alevosa el haber tenido más sexo con su marido para anidar verosimilitudes. La alegría que le va a dar a Recasens es, no obstante, de tal dimensión que está dispuesta a sufrir el oprobio ante sí misma. El que miente soporta el suplicio de la falsedad, que solo se hace más llevadero por el gozo del engañado.

Recuerda a su larguirucho profesor de Filosofía: «El secreto de la felicidad no se encuentra en la búsqueda de más, sino en el desarrollo de la capacidad para disfrutar de menos».

Pues resulta que Noe no se ha conformado con el «menos». Está ahora mismo aspirando a fascinar y a deslumbrar al «más». A cualquier precio. Su depresión persiste a pesar de estar embarazada, pero piensa que se diluirá conforme se mezclen de nuevo las cartas de lo ordinario. Todo cuanto ha hecho puede ser fruto del desánimo, pero al objeto de prosperar emocionalmente.

—Noe, no sé si estás a punto de reír o de llorar.

—Ni yo. Yo tampoco lo sé.

—¿Me dirás lo que te pasa?

Sus piernas elegantes sostienen la suave feminidad de Noe, y su belleza y su mirada, clavada sobre Recasens, con su pelo aventado, hacen que el hombre se embeba de la hermosa humanidad de su mujer. Se abrazan.

—¿Me lo dirás?... ¿Me oyes? ¿Hay alguien ahí?

\*

A lo largo de los siguientes meses, la efusión de los acontecimientos los convierte en memorables.

El primer entierro de Recasens sabiendo que va a ser padre le resulta conmovedor. Ha fallecido a los setenta y dos años Rita, la señora del quiosco de «Caramelos y similares» de la Calle Mayor. Era una mujer de la que solo se conocía la cabeza, rodeada siempre por los productos que vendía. La menina de las menudencias. Rita era la cara de una caseta saturada y atestada de baratijas, dulces, bebidas, pipas, maíz tostado, caretas de demonio, tortugas de plástico y revistas para jovencitas. Era como si la caseta fuese su vestido, con miriñaque incluido. Al sepultarla, Recasens advierte, como quizá nunca, que algún día Rita había estado en el vientre de su madre, se había gestado, nacido, sido niña, vivido y hoy, precisamente hoy, adiós, muy buenas. Lo

obvio le parece a Recasens trepidante. ¿Fue Rita una alegría para sus padres? ¿Cómo fue su infancia?, ¿tuvo ilusiones callejeando y riendo?, ¿zapatos nuevos de su gusto?, ¿tenía lapicero de madera, con sus colores y su goma de borrar?, ¿se enamoró?, ¿hizo el amor con plenitud? Nunca se supo si estaba bien o mal en su comercio. Vivió como una náufraga entre «Caramelos y similares», para fascinación de los pequeños, y agraviada por algún canalla que le tomaba el pelo. Adiós, pequeña Rita. Adiós, Rita. Adiós, señora Rita. Hoy la acompañan tres vecinas y su hermano.

—Mira tú qué forma de morirse, la pobrecilla...

—No lo vio venir. Se apagó y fuera.

—Para mí que notaba algo, porque hace una semana que no abría. ¿Y tú qué, Antonio?

—Pues ya me quedo solo. Soy el último hermano.

—Tú eras el pequeño, ¿no?

—Sí, el pequeño.

—Que no, Antonio, que no, que la pequeña era tu hermana Asunción.

—No le lieis, que el pequeño era el que se fue a Alemania. ¿No era Donato el pequeño?

—¿Qué?

—Que no le lieis, que no sabe. Tú tranquilo, Antonio. Mira, que ya ponen a Rita dentro, la pobrecilla.

—Mira, Antonio, para lo que necesites, tú nos llamas. Coraje.

—Valor, Antoñito.

Las dos viejas están vivificadas, tonificadas y como alentadas con el buen tiempo, como si saliesen del letargo de una hibernación senil. A Recasens le han regalado una cestilla con babero, peúcos, chupetes, colonia y un vestidito de ganchillo confeccionado por Flora. Desde su banco, le ven entrar.

—Mira, mira, mira, mira.

—¿Quién es?

—¿Es que no lo ves?

—Está lejos.

—¡Madre del amor hermoso!

—¿Quién puñetas es?

—¡La Virgen de los Remedios!

—Ya me dirás, chica.

—Verás cuando lo sepa Recasens.

—A ver si se acerca.

—¡Nuestra Señora de los Desamparados!

El recién llegado camina tranquilamente, exprimiendo y recreándose en cada uno de sus pasos.

—¿Dónde está Recasens?

—Con Tato, peleándose con las palmeritas de la zona vieja.

—Gracias.

—Las que usted tiene.

—¡Vaya, si es el fugitivo!

—¡Calla, Matilde!, hay que ver lo desacorde que eres a veces.

—¿Qué quieres?, me ha salido de los temperamentos.

Tato y Recasens, sudorosos como pordioseros, quitan las hojas muertas de las seis palmeras de mediana altura, para favorecer la cuestión clorofílica y potenciar su verdor. Cada uno con su márcola bien afilada parecen emisarios menores de la muerte y su guadaña.



El recién llegado, a diez metros, silba para llamar la atención.

—¡La madre que te parió! ¿Qué haces aquí?

—Ya lo ve, Recasens. Hola, Tato.

—Hola, chico.

Se abrazan, palmeándose la espalda.

—Adel, aquí te puede pillar la Guardia Civil...

—Que no, que se lo cuento. Resulta que mi profesor del bachillerato, el señor Teixeira, se ha enrollado y hemos ido a ver a un juez, que resulta que hace años también fue alumno suyo.

—¿Y qué te han dicho?

—Bueno, el maestro le pegó una perorata sobre la confianza y la capacidad de la sociedad de dar otra oportunidad, y que si patatín y que si patatán. Bueno, pues que estoy en provisional, que ha tomado nota de todo y que ya se verá. Solo tengo que presentarme cada quince días, pero en principio me ha creído, y dice que las pruebas son frases inconexas del loco ese. Vamos, que le he dicho que yo no tengo nada que ver con lo que pasó.

—¿Pero por qué te escapaste, cojones? Es lo que yo no entiendo.

—Miedo, señor Recasens. Puto miedo de ver que venían a por mí. Vamos, que no tiene más explicación.

—Bueno, pero así has acabado delante de un juez, que de otro modo se te hubiesen llevado y a saber.

—Eso mismo, Tato. Bueno, si aún quieren que les ayude aquí, por mí, señor Recasens, lo que usted diga.

—La madre que te parió. Me matarás a disgustos.

—No le disgustes que va a ser padre.

—¡No...!

—¡Sí...!

—¡No...!

—¡Que sí!

—¡Bravo! ¡¡¡Felicidades, Recasens!!! Me alegro mucho. La hostia.

Se abrazan, golpeándose de nuevo los espaldares.

—¿Pero la Guardia Civil está al tanto de todo esto?

—Sí, el comandante estaba ahí. Con no muy buena cara, pero estaba cuando lo del juez.

—¿Y siguen sin tener ni idea de quién se coló aquí? Me pillaron la copia de las llaves y nunca más se supo. Bueno, dejémonos de puñetas. Mañana

empiezas y estarás aquí hasta que tú quieras.

—No, empiezo ahora y sigo cortando yo las palmeras. Váyanse los dos a descansar. El papá y Tato.

—Que será abuelo pronto.

—Abuelo ya lo soy, pero lo seré todavía más.

—Cojones, de sorpresa en sorpresa.

A los pocos minutos, suenan los boleros que Recasens, de nuevo, hace sonar en la sepultura de su madre.

*Al mar,  
espejo de mi corazón.  
Las veces que me ha visto llorar  
la perfidia de tu amor.*

Las dos viejas sienten la complacencia del curso favorable de los acontecimientos. Puede que ambas tengan menos agudos los sentidos, pero no la entraña espiritual. Sentadas en su banco, y apoyando la barbilla en sus bastones, mueven levísimamente la cabeza con la cadencia del bolero.

*Y así pasan los días,  
y yo, desesperando,  
y tú, tú, contestando,  
quizás, quizás, quizás...*

*Estás perdiendo el tiempo,  
pensando, pensando,  
por lo que más tú quieras,  
hasta cuándo, hasta cuándo.*

Recasens y Noe son otros tras el nacimiento de la pequeña Miriam. La vida ha emprendido el rumbo hacia los anhelos y las esperanzas. El presente se ha convertido, literalmente, en una ofrenda, y en Recasens palpita un apogeo vital pleno y amniótico. Se nace de nuevo. Un perturbador complejo de anfitrión emerge en el recién estrenado padre, que codicia dejarle a su hija Miriam un mundo mejor. Recasens observa el amanecer y el mar en este preciso instante, y lo ve sin obstrucciones. Imagina cómo lo verá su pequeña y cómo percibirá los aspectos más aciagos y hostiles de la existencia.

Noe le da el pecho a Miriam, y solo se oyen las voraces succiones ante el devoto silencio de los padres. La manita de la pequeña se posa sobre el seno materno, en un instinto de moldearlo a su gusto y aumentar los niveles de oxitocina. Cuestión de naturaleza y ansia de prominencias. Para Recasens, todo es nuevo y palpitante, como si la existencia anterior hubiese sido anémica y disminuida.

Por su parte, Noe baraja el día a día con su bajada de niveles hormonales y las incertidumbres medulares de su verdad oculta. Pero la mirada de Miriam es para su madre el mejor bálsamo y consuelo rotundo.

De repente, acentos de neorrealismo.

—Vaaaya, me ha puesto perdida. Ha vomitado. Claro, no me extraña que se atragante, si mama casi sin respirar... Ayúdame, mira en el segundo cajón, en mi lado del armario, y tráeme otro sujetador de estos de dar el pecho..., de los que se abren. Como este, vamos.

La historia está formada, dicen, por causalidad y casualidad. En este caso, puede que ambas se hayan entreverado tejiendo el infortunio. A veces pasamos fugazmente de la gesta al traspie y de lo mítico a lo azaroso. Ignoramos aquello que, pudiendo no suceder, sucederá.

El universo nació cuando Marduk mató a la diosa madre Tiamat y cortó en dos su cuerpo para hacer con ellos el cielo y la tierra, decían los antiguos

babilonios; o cuando el huevo cósmico Brahmanda comenzó a expandirse desde un punto central llamado Bindu, sobre el cual colapsará de nuevo. Fuerzas fluctuantes. Nuestro universo, también inestable, puede colapsar y no lo sabemos. Un gesto. Un simple gesto.

Recasens abre el cajón erróneo, lleno de ropa interior de Noe, y rebusca con ambas manos. Explora, palpando y tanteando, como quien olvida por un instante lo que ha venido a hacer. Un dedo da con un bulto al fondo del cajón. Lo resigue, retoca, soba e imagina. Saca el cajón y ve un paquete del tamaño de un puño pegado con cinta Chesterton. ¿Qué es y que hace ahí? ¿Qué se supone que es y qué hace ahí?... Nada importante, seguro. Excepto, quizá, porque está escondido, velado, oculto y disimulado. Cosas de su esposa. Cualquier cosa. ¿Joyas?... claro, para evitar robos. Nada de especial valor monetario, pero sí sentimental. Debe de ser eso. Los nanosegundos se hacen eternos. Puede preguntárselo: «Noe, ¿qué es ese paquete que hay pegado al fondo del cajón?». Es una pregunta tan perfectamente lógica que ignora por qué no se la va a formular. Recasens está extrañado por estar intrigado y aturdido, por turbado. Es sencillamente ridículo.

—¿No lo encuentras?

—Voy.

Abre el cajón correcto del que extrae el sujetador correcto. Escucha a la pequeña Miriam, con sus somnolientos gorjeos correctos, y hay una paz tan correcta que a Recasens se le hiela el ánimo. Quizá es que, a veces, el cuerpo y su núcleo andan disparatados.

—Aquí tienes.

—Gracias. Me ha puesto perdida. Acércame las toallitas.

—Aquí las tienes.

—Gracias.

—¿Necesitas algo más?

—No, esta se duerme. Tendremos un poco de calma. ¿Estás bien?

—Sí..., ¿por qué?

—No sé. Te veo mala cara. Como de cansado.

—Estoy bien. No tan guapo como tú, pero estoy bien.

—Sí, hombre..., qué voy a estar guapa con todo este jaleo.

—Pues lo estás. Te lo digo yo. Mejor dicho..., lo estáis.

—Sí, chico, a partir de ahora, las mujeres somos mayoría en esta casa.

—Y yo, a vuestras órdenes.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Que sí, pesada. Te digo que estoy bien. ¿Cómo voy a estar mal con dos soles como vosotras?

Recasens se encierra en el lavabo, se mira fijamente en el espejo y se ve súbitamente desalentado. Saca de su bolsillo derecho el paquete. Abre el agua encubridora y lo desenvuelve procurando no hacer ruido. Quita la cinta intentando no romper el papel. Imposible. Al final lo abre a las bravas, libera el contenido y primero no entiende gran cosa. Primero le parece una tontería haberse preocupado tanto. Sigue mirando y durante unos instantes su estado de ánimo parece tonificarse..., hasta que se da cuenta de que su vida da un giro. Primero es un impacto visual desconcertante y después, una conmoción. Durante unos segundos, su cerebro no ha querido captar la realidad. La ha negado. Hasta el justo momento de la sacudida. Taquiarritmia. Lo tiene en sus tiritonas manos. Mira y remira para intentar que, por ocultismo o sortilegio, su visión se modifique y lo que encierra entre sus dos manos desaparezca. Aquí está. Es la copia desaparecida de las llaves del cementerio.

Faulkner escribió que «un erizo, una vez que se ha preparado y ha sacado las púas, puede permitirse una voz fría, tranquila y mesurada». Recasens no ha leído *La mansión*.

Adiós, muy buenas.

## **MI AGRADECIMIENTO A**

Jordi Subirá, operario de brigadas del cementerio de Les Corts, Barcelona.  
Joan Martínez y Tarek Goerligh, del cementerio de Canet de Mar.

## LISTADO DE CANCIONES Y AUTORES

*El tiempo que te quede libre*

José Ángel Espinoza Aragón

Editorial Mexicana de Música Internacional S. A. / Peer International Corporation

*Caminemos*

Herivelto de Oliveira Martins; Alfredo Bojalil Gil

Editorial Mexicana de Música Internacional S. A. / Peer International Corporation

*Espérame en el cielo*

Francisco López Vidal

Peer International Corporation

*Perfidia*

Alberto Domínguez

Peer International Corporation

*Si Dios me quita la vida*

Luis Demetrio Traconis Molina

Editorial Mexicana de Música Internacional S. A. / Peer International Corporation

*La hija de Juan Simón*

Concepción Camps Molins; Daniel Montorio Fajo; Mauricio Torres García

Peermusic Española, S. A. U.

*Loca pasión*

Edmundo Domínguez

Editorial Mexicana de Música Internacional S. A. / Peer International Corporation

*Amor de la calle*

Fernando Zenaido Maldonado Rivera

Promotora Hispano Americana de Música S. A. / Peer International Corporation

*Quizás, quizás, quizás...*

Letra y música de Osvaldo Farrés.

© Warner / Chappell Music Spain

*Amorcito corazón*

Manuel Esperón González; Pedro de Urdimalas

Promotora Hispano Americana de Música S. A. / Peer International Corporation

*Gracias a la vida*

Puente Jiménez

Edimusa / Concord. Autorizado por Peermusic Española, S. A. U.



*Adiós, muy buenas*

Xavier Sardà

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño e ilustración de la cubierta: © Juan Carlos Ortega

© Xavier Sardà, 2019

© Santiago Segura por el prólogo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Fundación Mario Benedetti, por «El jubilado»

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria ([www.schavelzongraham.com](http://www.schavelzongraham.com))

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-670-5549-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

# Xavier Sardà

Adiós, muy buenas



Prólogo de Santiago Segura

  
ESPASA